Cuentos Infantiles para Contar y Jugar



antroposofica

$ 230

Contar un cuento
al niño
antes dormir.



Fortalece su alma
y
alimenta su espiritu.

Cuentos Infantiles
para Contar y Jugar

Cuentos Infantiles para Contar y Jugar

EDITORIAL ANTROPOSOFICA

Título: Cuentos Infantiles para Contar y Jugar.

Primera edición: Editorial Antroposófica 2006

© Reservados todos los derechos a favor de
Editorial Antroposófica

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

I.S.B.N. 987-9066-95-2
978-987-9066-95-9
CDD 398.2

Editorial Antroposófica
El Indio 1837
(1607) Villa Adelina
Buenos Aires, Argentina
Tel/Fax 4700-0947
E-mail: info@antroposofica.com.ar
www.antroposofica.com.ar

Este libro se termino de imprimir
en los talleres gráficos ALMAGRAFICA
4713 4398 en el mes de julio de 2009

Indice

Las tres preguntas 7
Los cisnes salvajes 11
Una historia de Micael 17
Cuento para el tiempo de Micael 19
Pimpinel 23
Los duendecillos 29
¿De quién eres tú? 35
Cuento para el Adviento 39
El burrito blanco 41
La niña de nieve 45
La liebrecita y la zanahoria 51
Shingebiss 53
El becerrete pajoso de costado resinoso 57
Semillas 63
La liebre 65
Juan y la mata de habas 67
El magnífico gallo y la pequeña hormiga 75
El girasol 83
La gallinita roja 85
Digitalito 89
La gallinita roja y el grano de trigo 93
El señor del bosque y su mujer 95

La Cenicienta 103
El caballito blanco 113
El ratoncito que perdió la colita 119
La zanahoria 121
Los tres cabritillos 123
Madre Nieve 125
Los músicos de Bremen 129
Las bodas del tío Perico 135
El lobo y las siete cabritas 139
El rey rana o el fiel Enrique 143
Terioska 149
La pulguita y el piojito 155
Llega un cisne volando 159
El viaje a la Tierra del pequeño ángel 161
Historia de un cumpleaños 165
Los gnomitos 167
Plumita 173
Hace mucho tiempo en Belén 177
Familia de patos salvajes 179
Pedro Guillermo Soplo de Mantequilla 181
El libro de las buenas noches 187

Las Tres Preguntas

Cuento español

Fue en aquellos tiempos cuando uno podía convertir la paja en plata, que vivía una princesa bella y bonita como no era posible encontrar otra igual. Un príncipe joven y apuesto se enamoró de ella y pensó que había nacido de rango bastante alto como para pedir su mano. Pero la princesa dijo: "Sólo me casaré con aquél que me pueda contestar tres preguntas: ¿qué es el alimento más alimento? ¿Qué es la bebida más bebida? Y ¿Qué es la especia más especia? Si no lo sabes, no me casaré contigo.

El pobre príncipe se quedó muy triste porque no podía contestar ninguna de las preguntas. Y como estaba muy enamorado de la princesa, decidió ir a recorrer el mundo para encontrar la solución a las tres preguntas. Anduvo y anduvo, visitó un país tras otro, atravesó miles de reinos, pasó montañas, atravesó profundos ríos y torrentes, pero allí donde preguntaba no encontraba ninguna respuesta.

Una mañana encontró a un pastor que tocaba su flauta y guardaba un rebaño de ovejas El príncipe le quiso preguntar por una gran ciudad, en la que vivía un hombre sabio y bueno, y el pastorcillo contestó a la pregunta del príncipe amable y hábilmente. Al final quiso saber también su nombre.

–¿Cómo te llamas, pequeño pastor?

–Diablito.

–¡Qué raro! ¿Cómo es que te llamas diablito?

–Porque soy hijo de un diablo y una diablesa.

–¿Cómo es eso?

–Sí señor, soy un diablo, pues mi madre dice a menudo a mi padre: "eres el diablo en persona", y él contesta: "y tú eres una auténtica diablesa". Con lo cual, yo soy un diablillo.

Toda esta explicación la dio con tanta gracia, que el príncipe tuvo que reírse y, puesto que pensaba que el zagalillo era bastante listo, le preguntó:

–Escucha pues, diablillo, ¿me puedes decir cuál es el alimento de los alimentos?

–Pero ¡qué pregunta! Eso lo sabe cualquier niño. El pan es el alimento de los alimentos, pues todos los hombres lo comen, tanto paganos como cristianos y judíos. Y cada vez que un hombre tiene hambre, ¿no reclama siempre pan?

El príncipe estaba convencido de que el pastorcillo había acertado en su respuesta, y por eso siguió preguntando:

–¿Y cuál es la bebida de las bebidas?

–¡Cómo! ¿Tampoco lo sabéis? Todo el mundo sabe que el agua es la bebida de todas las bebidas. Los hombres, los animales y las plantas tendrían que morir si no hubiera agua. Y cada vez que un hombre tiene sed... ¿no reclama siempre agua?

La respuesta le gustó al príncipe tanto como la primera y por eso preguntó por tercera vez:

–Ahora me gustaría saber ¿cuál es la especia de las especias?

–Pero ¿es que hay alguien en el mundo que no lo sepa? La especia de las especias es la sal. Sin la sal las comidas no

tendrían sabor, ni siquiera mis ovejas y mis cabras querrían vivir sin sal.

Entonces el príncipe reconoció que también esta respuesta era la mejor explicación y no podía entender cómo no se le había ocurrido a él y que tampoco los sabios ancianos hubieran encontrado esta fácil solución. Regaló al pastorcillo una bolsa llena de ducados de oro, y lleno de esperanza tomó el camino hacia casa.

Cuando llegó a la ciudad donde vivía la princesa, preguntó enseguida si aún seguía soltera y si se había casado. Pero a pesar de haber llegado muchos pretendientes, no habían encontrado las respuestas y la princesa había perdido la esperanza de casarse algún día. De forma que el príncipe llegó al palacio y dio a la princesa respuestas a sus preguntas y ella quedó muy satisfecha. El más feliz era el rey, que al fin había conseguido casar a su hija. Y así pues celebraron una brillante boda.



Los Cisnes Salvajes

Cuento ruso

Había una vez un padre y una madre que tenían dos hijos: una hija algo mayor y un hijito que aún estaba en la cuna. Un día, los padres dijeron a la niña: "Queremos ir a la ciudad para hacer compras, quédate en casa con tu hermano y cuídalo bien. Te traeremos un bonito pañuelo." La niña lo prometió encantada. Los padres se fueron y la niña bailó alrededor del hermanito, cantando alegremente.

De tanto cantar y bailar se olvidó de su promesa y corrió a la calle para jugar, alejándose cada vez más.

Desde lejos vinieron volando los cisnes salvajes.

Música

Bajaron hasta donde estaba la casa de los hermanos y se llevaron al hermanito.

Cuando la niña volvió y no encontró a su hermanito, se asustó mucho y empezó a llorar. Pero luego se fue corriendo a buscar al niñito. Corrió y corrió hasta llegar a un horno, al cual preguntó:

-Horno, querido horno, ¿por casualidad has visto a mi hermanito?

-Primero come de mi pan de cebada -dijo el horno.

–¡Ni hablar! –exclamó la niña– ni siquiera comería pan de trigo fino, mucho menos aún pan de cebada oscuro.

–Pues yo no te diré dónde puedes encontrar a tu hermanito –dijo el horno.

Entonces la niña se fue caminando y llegó a un manzano silvestre.

–Querido manzano silvestre –exclamó la niña– ¿por casualidad has visto a mi hermanito?

–Primero come mis manzanas –dijo el manzano.

–¡Ni hablar! –exclamó la niña– ni siquiera como fruta de mesa exquisita, mucho menos aún tus ácidas manzanas.

–Pues yo no te diré dónde puedes encontrar a tu hermanito –contestó el manzano silvestre.

La niña siguió su camino hasta que llegó a un riachuelo de leche, que corría entre riberas de miel y gelatina clara.

–Riachuelo querido –dijo la niña– ¿por casualidad has visto a mi hermanito?

–Primero toma leche, miel y gelatina clara –dijo el riachuelo.

Pero la niña no quiso, y como el riachuelo tampoco quiso decirle nada, la niña se fue saltando de piedra en piedra, hasta llegar al otro lado.

Entonces llegó a una casita que estaba sobre un jardín, al lado había una rueca y la abuelita Yaga hilando en ella, cantando:

Rueda, rueda, rueca…
Hilo cálamo en cuerda.
¿Dónde estará la hermanita
buscando al hermanito?
¿Lo podrá encontrar?
¿Lo podrá encontrar?

–Buenas tardes madrecita –dijo la niña– ¿puedo descansar un poco aquí? De lejos vengo, atravesando pantanos y ciénagas, y ahora mis pies están mojados.

–Siéntate e hila –dijo la vieja– y se metió detrás de la casita.

La niña se sentó a la rueca e hiló.

Canta:

Rueda, rueca, rueca…
Hilo cálamo en cuerda.
¿Dónde estará la hermanita
buscando al hermanito?
¿Lo podrá encontrar?
¿Lo podrá encontrar?

Entonces vino un ratón y le pidió un grano de trigo. La niña se lo dio amablemente y el ratón empezó a hablar y le dijo:

–Muchas gracias. Te diré dónde está tu hermanito. Lo tiene la bruja y se lo quiere comer, y a ti también.

La niña empezó a llorar.

–No llores –dijo el ratón– me has dado un grano de trigo, yo también te quiero ayudar. Entra en la casa de la bruja y busca a tu hermanito, y luego corre veloz a casa con él. Mientras tanto, hilaré por ti.

–Muchísimas gracias, querido ratón –dijo la niña.

Entró en la casa y encontró a su hermanito. Lo tomó en sus brazos y se fue corriendo.

–Hijita, ¿qué estás haciendo? –preguntó la vieja bruja.

–Estoy hilando.

Canta:

Rueda, rueda, rueca…

Pero a la tercera vez, la bruja se dio cuenta de que era el ratón el que cantaba, y ordenó a los cisnes salvajes que fueran por los niños.

Justo en ese momento, los niños estaban llegando al riachuelo, cuando oyeron el aleteo de los cisnes.

Música

–Riachuelo de leche, escóndeme, los cisnes salvajes vienen por mí y me quieren llevar, y a mi hermanito también.

–Toma leche, miel y gelatina –contestó el riachuelo. La niña comió y bebió y el riachuelo los escondió bajo sus olas, y cuando los cisnes salvajes llegaron no los encontraron.

–Gracias, querido riachuelo –exclamó la niña, y rápida se marchó.

Mas cuando estaban llegando donde el manzano silvestre, de nuevo oyó el aleteo de los cisnes salvajes.

–Manzanito silvestre, por favor escóndeme, y a mi hermanito, los cisnes salvajes están detrás de nosotros y me quieren llevar, y a mi hermanito también.

–Come de mis manzanas –dijo el arbolito.

La niña comió las manzanas ácidas y el árbol los escondió debajo de su follaje. Cuando los cisnes salvajes llegaron, no los encontraron.

–Gracias, querido arbolito –dijo después la niña, y siguió corriendo para su casa.

Cuando por fin estaban llegando al horno, oyó por tercera vez el aleteo de los cisnes.

–Horno, querido horno –exclamó la niña– escóndeme, que los cisnes salvajes vienen por mí y me quieren llevar, y a mi hermanito también.

–Toma de mi pan de cebada.

La niña comió el pan oscuro y se deslizó en el interior. Los cisnes salvajes dieron vueltas por encima del horno, y como otra vez no vieron nada, volvieron donde la abuela y nunca más se los volvió a ver.

–Gracias, querido horno –dijo la niña, y rauda se fue a su casa.

Justo en ese momento volvieron los padres. ¡Cómo se alegraron de encontrar tan bien a sus hijitos! Regalaron un pañuelito a la niña y juntos bailaron y cantaron:

¡Qué alegría, qué alegría! Tra la la la.
¡Qué alegría, qué alegría! Tra la la la.



Una Historia de Micael

Del Jardín de Infancia de Washington, USA

Bella Schauman

Un día, al final del verano, un niño pequeño se fue con su padre a pasear por los campos y los huertos. El aire era fresco y cristalino, y la luz como el oro. El sol brillante había llenado todos los granos de trigo con luz de verano. Los granos de trigo en la espigas estaban a punto de reventar sus cáscaras. Las manzanas en los árboles estaban gordas y coloradas, a punto de caer al suelo.

Durante el día, el niño y su padre estuvieron trabajando. El padre afilaba su guadaña una y otra vez. Silbaba y cantaba mientras cortaba el tigo dorado. El niño tuvo que subir por una escalera alta para recoger de los árboles las manzanas amarillas y rojas.

Al principio tenía miedo de subir por la escalera. Pensaba que podía caerse, pero luego se llenó de valor y subió. Subido a lo alto de la escalera del huerto, llenó cestas y cestas de manzanas maduras y coloradas.

Finalmente se hizo tarde. El padre y el niño habían trabajado mucho y bien. Volvieron a casa, donde les esperaba la madre con una deliciosa cena, y luego se fueron a la cama.

Aquella noche, mientras el niño estaba durmiendo, el Arcángel Micael tomó al niño de la mano y juntos subieron alto y más alto, hasta que llegaron al reino de las estrellas. Las estrellas irradiaban y brillaban, y cuando Micael pasó por delante de ellas las tocó con su espada luminosa. Tanto amor y fuerza emanaban del toque de la espada que hizo estremecer a las estrellas, dejando brillante luz y deslumbrantes trazos de fuego al pasar ante ellas.

Siguieron adelante, y Micael le contó al niño lo contento que estaba de haberle visto cosechar manzanas durante todo el día en la huerta. Había visto al niño subido a la escalera, llenando las cestas con manzanas maduras y coloradas todo el día entero. Entonces Micael tomó su espada brillante y la transformó en una lira y se puso a tocar con ella una canción. La canción era tan pura, buena y verdadera, que el niño se quedó mucho tiempo escuchando.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, el niño le habó a su padre de Micael, de su espada luminosa y de la música de la lira.

–Me gustaría ir otra vez a ver las estrellas –dijo.

Su padre le dijo:

–Ven conmigo, te enseñaré algo especial. Hoy no iremos a cosechar en los campos y los huertos. Hoy trabajarás en la casa.

Durante toda la mañana, el padre, la madre y el niño abrillantaron las manzanas amarillas y rojas que el niño había cosechado el día anterior. Pulieron y pulieron hasta hacer brillar todas las manzanas. Cuando terminaron, era hora de comer. La madre tomó un cuchillo y cortó en dos una manzana brillante y roja. Y adentro encontró una estrella…

Cuento para el Tiempo de Micael

Contado por Bronja Zahlingen a sus niños
en el Jardín de Infancia, en Viena

Adaptado de un cuento polaco

Había una vez un rey que gobernaba un país muy grande. Vivía con su hija en un alto castillo ~~desde el cual~~ que se divisaba ~~hasta~~ desde muy lejos. Delante del castillo había una plaza muy grande, donde se celebraban las fiestas más hermosas, con música y bailes. A la hija del rey le encantaba mirar desde su balcón los coloridos festejos que se hacían cada año al final del verano, cuando la cosecha había concluido. Los campesinos llegaban desde todas partes con coronas de cereales, con manzanas, peras y otras frutas; con tomates y zanahorias y otras verduras. Todo eran regalos para alegrar al rey y a su hija.

Los campesinos llevaban vestidos festivos y alegres cintas colgaban de sus sombreros. Cantaban y bailaban los bailes de la cosecha. Cada año, cuando se acercaba el tiempo de la fiesta de la cosecha, la princesa subía al balcón, llena de esperanza, para saber si podría oír ya las primeras canciones, ver los primeros colores. ¡Qué alegría!

Pero un año no vino nadie. La princesa esperó y esperó inútilmente. Por fin vio que unos campesinos se acercaban. Pero ¿qué pasaba? No llevaban cintas de colores ni cantaban alegres canciones. Caminaban lentamente, con las manos vacías, con las caras tristes

¿Qué había ocurrido? El rey mandó a sus mensajeros y los campesinos le contaron lo siguiente.

-Este año no pudimos cosechar nada, porque un dragón vino a nuestro pueblo. Es tan salvaje que se traga y aplasta todo lo que encuentra en su camino, y lo que no destruye de esa forma, lo quema con el fuego que sale de su boca. Así que este año no podemos celebrar la fiesta de la cosecha, y si no tuviésemos reservas de otros años, pasaríamos hambre.

El rey, deseoso de ayudar, mandó inmediatamente a sus caballeros a luchar contra el dragón. Pero cuando llegaron a su cueva, sus espadas de hierro y sus lanzas se torcían y se ablandaban por el calor del fuego y no podían luchar contra él.

Después, el rey mandó a sus mensajeros y le ofrecieron al dragón oro, tesoros y todo lo que quisiera, con tal de que dejara el país. El dragón no quería ni oro, ni tesoros, sólo quería una hermosa doncella. Si se la daban, se marcharía. Todos se asustaron y nadie quería ofrecer su hija al dragón. Entonces, la joven princesa se acercó a su padre:

-Déjame ir donde el dragón, yo no tengo miedo, quizás pueda salvar al país.

Pero el rey le contestó:

-¡Ni hablar, querida hija, no puedo entregarte al dragón! ¿Quién sabe lo que te hará?.

Nadie quiso dejar marchar a la princesa, pero ella no dejaba de insistir:

-Déjame ir, Dios me protegerá. Si no voy, el dragón seguirá destruyéndolo todo y tendremos que morir de hambre.

El rey al fin respondió:

-Hija mía, anda con Dios.

La princesa se puso un vestido y un velo blancos y subió a la montaña donde estaba la cueva del dragón.No miraba ni a la derecha ni a la izquierda, sólo miraba de frente al cielo, que estaba cubierto de nubarrones negros, mientras soplaba un fuerte viento.

Los caballeros acompañaron a la princesa hasta el pie de la montaña. Allí se detuvieron, porque sabían que con sus armas no la podrían ayudar.

El dragón de fuego salió de la cueva, y en el instante que la princesa miró hacia arriba, las nubes se abrieron y pudo ver el centro del cielo. Allí había más claridad que en el sol, y desde esa luz radiante apareció el Arcángel Micael con su brazo derecho estirado, y desde cada estrella le llegó a su mano un rayo de luz.Un meteorito le formó una espada de hierro celestial.

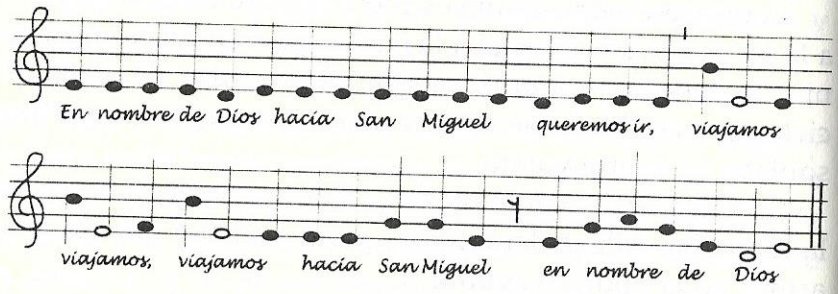
El dragón no pudo aguantar y cuando Micael lo apuntó con su espada celeste, cayó a tierra y no se volvió a mover. Su poder se había terminado.

Las gentes se acercaron y llevaron a la princesa junto a su padre el rey. Después corrieron a sus casas a buscar frutas, verduras y los más hermosos cereales de sus despensas.

-Ahora podremos celebrar una nueva fiesta de la cosecha y será la fiesta de San Miguel. Ya no tendremos miedo al dragón.

Así hablaron, y fueron con sus regalos al castillo cantando:

En nombre de Dios, hacia San Miguel queremos ir,
viajamos, viajamos, viajamos hacia San Miguel,
en nombre de Dios.



Pimpinel

Hermanos Grimm

Adaptado para Jardín de Infantes

Había una vez un hombre y una mujer que tuvieron un hijito. Era tan chiquito como un dedo pulgar, pero tan alegre y vivaracho como un pececillo.

El padre y la madre querían muchísimo a su pequeñín y le llamaron Pimpinel. Le llevaron al bosque y allí Pimpinel muy pronto empezó a mirar todo a su alrededor con sus ojos claros, y al oír cantar a los pájaros lanzaba gritos de alegría.

Cuando la madre se ocupaba de los quehaceres de la casa, el padre jugaba con Pimpinel. Cuando el padre se iba al trabajo, la madre mecía y cantaba a su pequeño hasta que se quedaba dormido.

Canción de cuna

El tiempo fue pasando, Pimpinel ya saltaba alegremente de un lado a otro, y aunque se había quedado muy chiquitito, era ágil y despabilado como un mosquito.

Cuando el padre se iba al bosque se llevaba consigo a Pimpinel y allí subía al pequeño sobre un arbolito todavía joven y el niño se mecía en su rama de un lado al otro, rién-

dose y silbando alegres tonadillas, y así ayudaba a su padre y le hacía el trabajo más ligero.

Al llegar la tarde, decía el padre:

-Ven, Pimpinel, volvamos a casa, seguro que la madre ya está en la puerta esperándonos.

En casa, Pimpinel se colgaba del delantal de su madre y quería estar con ella en todas partes. Cuando la madre preparaba una deliciosa sopa, allí estaba Pimpinel bien cerca, rodeando la olla hasta que ella lo levantaba para poder mirar dentro.

Una vez había salido la madre. Pimpinel estaba jugando con el gatito. De pronto un aroma muy dulce le entró por la nariz. ¡De buena gana echaría un vistazo en la olla! Así que se estiró, se puso de puntillas, trepó al taburete, hasta que por fin la nariz le llegó al borde de la olla. Pero de la sopa subía un vapor muy fuerte, y como él se inclinó demasiado, el vapor de la olla le tomó al subir y se lo llevó chimenea arriba.

El pequeño fue cabalgando por el aire, sobre el vapor, cada vez más alto, hasta que por fin logró agarrarse de la rama de un abeto y se sujetó bien fuerte. Allí, sentado en la copa del árbol, empezó a gritar, pidiendo auxilio.

-¡Padre, madre, bajadme de aquí! -Pero nadie le oía.

-¡Ay, ay, ay, tengo frío! ¡Tengo hambre, ay, ay, ay!

Por fin una ardilla escuchó sus gritos y lamentos y subió saltando hasta él.

-Siéntate sobre mí y agárrate bien fuerte -le dijo. Y en un abrir y cerrar de ojos bajó por el tronco.

¡Uf, qué alivio sintió el pequeño al tener de nuevo tierra firme bajo sus pies! Buscó una nuez y se la regaló a la ardilla.

Pero ahora Pimpinel empezó a sentir su tripita vacía y exclamó:

-¿Vive alguien por aquí que me pueda dar algo para comer?

No pasó mucho tiempo cuando le entró por la nariz el olor de pan recién cocido. Fue siguiendo el rastro hasta que llegó a la casa del panadero.

La panadera miró por la ventana.

-Señora panadera, ¿no tenéis trabajo para mí? -gritó el niño.

La panadera miró por todos lados, a ver de dónde salía esa voz. Por fin vio a Pimpinel, y le dijo:

-¡Tú, piojillo de nada! ¿En qué vas a trabajar? ¿Para qué me va a servir un enano chiquitajo?

Pero Pimpinel empezó a cantar una cancioncilla muy divertida, y esto atrajo a los hijos de la panadera. Se pusieron a cantar y a saltar, y no querían soltar a Pimpinel.

-¡Vaya! -se dijo la panadera- éste podría ser una buena niñera, además comerá y beberá bien poco. -Y permitió que Pimpinel se quedase.

La panadera era una mujer avara, y sólo le daba pan duro a Pimpinel. Cuando preparaba tortitas dulces, las guardaba todas en la despensa y cerraba la puerta con llave. Pimpinel percibió el dulce olorcillo y entonces se enfadó mucho, exclamando:

-¡Caramba, señora panadera, usted es una avariciosa, se lo lleva todo a su propia tripa!

La panadera se puso roja de rabia y tomó un trapo para zurrar al pequeño. Pero él era rápido como un ratoncillo y ya estaba debajo del dedal.

¡Ji, ji, ji,
gran tacaña estoy aquí!
¡Guarda todo para ti,
y por la mañana, ki ki ri ki!

Por fin Pimpinel desapareció por la rendija de la puerta.

¡Hala, tacaña,
hasta la vista!

Muy lejos estaba ahora, en medio del gran bosque, y solo, completamente solo.

-¡Ay, ojalá alguien viniera y me llevara! -se decía.

También estaba sintiendo mucha hambre. Entonces vio una fresa entre la hierba.

-¿Quién me ha puesto la mesa? -gritó Pimpinel, y se encaramó al tronco de un árbol para darse un banquete. Y después se puso a silbar una cancioncilla...

Pero entonces el tronco empezó a moverse, un enorme gigante se levantó de la hierba y dijo:

-¿Dónde está sentado este pajarito que canta tan bien? ¡Lo cazaré y lo llevaré a casa para mis hijos!

Pimpinel siguió silbando, hasta que el gigante le vio y quiso atraparlo.

-¡Para, para -dijo Pimpinel- me aplastas con tus manotazos! Siéntate y yo subiré solito.

El gigante se agachó en la hierba y rápidamente Pimpinel subió sobre sus hombros. Eso sí que le gustó. Silbaba y trinaba como un pajarito.

-Hum, hum, tengo hambre -rezongó el gigante.

-Pues yo te puedo dar un consejo -exclamó Pimpinel- llévame a casa de la panadera y yo podré satisfacer tu hambre. Ella tiene cientos y cientos de deliciosas tortitas en su despensa.

Al gigante se le hizo la boca agua. Chasqueó la lengua de placer y corrió lo más rápido que podían moverse sus largas piernas. Cuando se hizo de noche llegaron a la casa de la panadera. Pimpinel se deslizó en la despensa por la cerradura.

-¡Cuidado! -gritó- ¡viva! -y empezó a lanzar ricas tortitas por la ventana. El gigante casi no podía tomarlas y meterlas en su bocaza.

Cuando la despensa estuvo vacía saltó Pimpinel por la ventana.

-¡Qué bien me han sentado! -dijo el gigante- pídete el deseo que quieras, que lo tendrás.

-Quiero volver a mi casa, con mi padre y con mi madre -dijo Pimpinel- ¡si yo al menos supiera el camino!

Entonces sí que se rió el gigante.

-Vuestra casa la conozco yo muy bien! Siéntate en mis hombros, que pronto estarás en casa.

Y enseguida avanzaron por el bosque a pasos gigantescos. Pimpinel desde su alto asiento miraba atentamente. De pronto vio su casa paterna.

-¡Allí está, allí está! -gritó, y saltó como el viento, justamente a los brazos de su madre. El padre vino hacia ellos y la alegría fue inmensa.

Entonces el gigante se rió, y a su montaña volvió.

De nuevo Pimpinel estaba seguro en su casa, abrigado por su madre, y se durmió tranquilo.



Los Duendecillos

Hermanos Grimm

Teatrillo de mesa adaptado por Heidi Bieler

Un zapatero se había empobrecido de tal modo, y no por culpa suya, que al fin no le quedaba más cuero que para un solo par de zapatos. Los cortó una noche, con el propósito de coser y terminarlos al día siguiente.

El zapatero cuero pico
corta zapatos grandes y chicos.
El zapatero cuero pico
corta zapatos grandes y chicos.

Luego rezó sus oraciones y, con la conciencia tranquila, se acostó plácidamente.

Por la mañana, después de sus oraciones, fue a ponerse a trabajar. Y he aquí que encontró los zapatos terminados. Se asombró el hombre y no sabía ni qué decir ni qué pensar. Tomó los zapatos y los examinó bien por todos lados. Estaban confeccionados con tal pulcritud que ni una puntada podía reprocharse. Una verdadera obra maestra.

Al poco tiempo el magistrado
se admiró ante el calzado.
Jamás vio cosa tan bien cosida
y lo compró enseguida.

Pagó más de lo acostumbrado, con lo que el zapatero pudo comprarse cuero para dos pares de zapatos. Los cortó al anochecer, dispuesto a terminarlos al día siguiente.

El zapatero cuero pico
corta zapatos grandes y chicos.
El zapatero cuero pico
corta zapatos grandes y chicos.

Luego rezó sus oraciones y se acostó... Al día siguiente, después de orar, se dispuso a trabajar. Pero no fue preciso hacerlo, pues allí estaban los dos pares de zapatos terminados.

Ya entró el parroquiano
en busca de calzado llano.
Jamás vio cosa tan bien cosida
y lo compró enseguida.

Pagó por ellos al zapatero y se marchó.

Un muchacho que corre mucho
busca zapatos a su gusto.
Botas para caminar,
botas para patinar.

Pagó por ellas al zapatero y contento se marchó. Así el zapatero pudo comprar cuero para cuatro pares de zapatos. Al anochecer los cortó y los dejó para terminarlos al día siguiente.

El zapatero cuero pico
corta zapatos grandes y chicos.
El zapatero cuero pico
corta zapatos grandes y chicos.

Después de rezar sus oraciones se acostó tranquilamente. Por la mañana se levantó y pronunció sus oraciones. De nuevo encontró los cuatro pares de zapatos terminados como los días anteriores.

Llegan vecinas pizpiretas
buscando cómodas chancletas.
Jamás vieron cosa tan bien cosida
y las compraron enseguida.

Pagaron al zapatero y contentas se fueron.

Tú y yo, yo y tú
somos gemelas de Moscú.
Zapatillas para ti,
zapatillas para mí.

En adelante, lo que dejaba el zapatero cortado al irse a dormir, lo encontraba cosido al levantarse, con lo que pronto el hombre tuvo una buena renta y finalmente pudo considerarse casi rico. Una noche, poco antes de Navidad, el zapatero, que ya había cortado los pares de zapatos para el día siguiente, antes de ir a dormir le dijo a su mujer:

–¿Qué te parece si esta noche nos quedamos para averiguar quién nos ayuda de este modo?

A la mujer le pareció bien la idea, dejó una vela encendida y luego los dos se ocultaron en un rincón, detrás de unas ropas colgadas. Al sonar las doce de la noche se presentaron dos minúsculos y graciosos hombrecillos desnudos

que, sentándose en la mesa del zapatero y tomando todo el trabajo preparado, se pusieron, con sus distintos dedos, a punzar, coser y clavar con tal ligereza y soltura, que el zapatero no podía dar crédito a sus ojos.

Tipi, tape, tipi, tape,
tipi, tape, tipi, ton.
Zapa, zapa, zapatero,
zapatero remendón.

Luego desaparecieron de un salto.

Por la mañana, dijo la mujer:

-Esos hombrecillos nos han hecho ricos, y deberíamos mostrarnos agradecidos. Deben morirse de frío, yendo así desnudos por el mundo. ¿Sabes qué? Le coseré a cada uno una camisita, una chaquetita, un jubón y unos calzones, y además les haré un par de medias, y tú a cada uno, le haces un par de zapatitos.
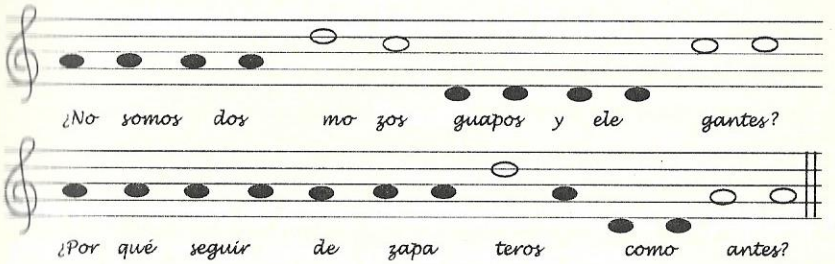
Al anochecer, ya terminadas todas las prendas, las pusieron sobre la mesa, en vez de las piezas de cuero cortadas, y se ocultaron para ver cómo los enanitos recibirían el obsequio. A medianoche llegaron ellos saltando, y se dispusieron a emprender su labor habitual; pero en vez de cuero cortado encontraron las primorosas prendas de vestir. Primero se asombraron, pero enseguida se pusieron muy contentos. Se vistieron con presteza y, alisándose los vestidos, se pusieron a cantar:

¿No somos dos mozos guapos y elegantes?
¿Por qué seguir de zapateros como antes?

Y venga saltar y bailar, brincando por encima de las mesas y los bancos, hasta que al fin, siempre danzando, pasaron la puerta (susurrando la misma melodía):

¿No somos dos mozos guapos y elegantes?
¿Por qué seguir de zapateros como antes?

Desde entonces, ya nunca más volvieron, pero el zapatero lo pasó muy bien todo el resto de su vida, y le salió a pedir de boca cuanto emprendió.



¿De Quién Eres Tú?

Juego de mesa
adaptado de una historia de Robert Kraus

Teatrillo

Haz siete ratones de fieltro de diferentes tamaños, de pequeño a grande, y de varios colores, con la colita de cuero

Presentación:

Hola mamaíta, hola papaíto, abuelito, abuelita,
y aquí viene mi hermana y aquí vengo yo.

Canción:

Somos ratones, ratoncitos,
vámonos todos a bailar.
Pero cuidado, cuidadito,
si viene el gato nos va a atrapar.

¿De quién eres tú ratón:
De nadie.
¿Dónde está tu mamaíta?
Dentro del gato metidita.
¿Dónde está tu papaíto?

En la trampa cogidito.
Y el abuelo ¿se marchó?
En un hoyo se cayó.
¿Dónde está tu abuela amada?
En el lago muy mojada.
¿Y dónde está tu hermanita?
Lejos, lejos de casita.
¿Dónde ha ido tu hermanito?
No tengo hermano chiquitito.

¿Qué vas a hacer?
a mi madre buscaré,
del gato la soltaré.
De la trampa a mi papá
voy muy pronto a liberar.
A mi abuelo he de sacar
del agujero en que está.
Salvaré del lago
a mi abuela con cuidado.
Encontraré a mi hermanita
para traerla a casita.
Y deseo un hermanito
Que sea guapo y chiquito.

Ahora ¿de quién eres tú?
Soy de mi madre, me quiere
Y siempre a mí prefiere.
Soy de mi padre también
De la cabeza a los pies.
Igual que soy de mi abuelo
Pues él piensa que soy bueno.
Mi abuelita es toda mía
Y yo la quiero, mía, mía.

Me quiere mucho mi hermana,
De besarla me dan ganas.
Y tu hermanito ¿ya llegó?
¡Sí, aquí lo traigo yo!

Termina con la canción:

Somos ratones, ratoncitos,
vámonos todos a bailar.
Pero cuidado, cuidadito,
si viene el gato nos va a atrapar.



Cuento para el Adviento

Cuento alemán

Hace mucho, mucho tiempo, la Virgen María se estaba preparando para Navidad. Y había llegado el tiempo de que empezara a tejer la mantilla para el Niño Dios que nacería muy pronto.

Se fue caminando entre las estrellas, y ellas le dieron hilos radiantes de cristal para la mantilla del Niño. La luna le dio hilos de plata. El sol le dio brillantes hilos de oro. Y así la Virgen María juntó todos los hermosos hilos y empezó a tejerlos juntos. Paro ¡ah!, los hilos se deslizaban y se separaban todo el tiempo, y ella no podía tejerlos juntos. Continuó su camino, e iba buscando y buscando.

-¡Ah, queridas piedras! -dijo la Virgen María- vosotras que sois tan fuertes y firmes, ¿podéis ayudarme a tejer todos los hilos y convertirlos en una mantilla para el Niño Jesús?

-No, madre María, nosotras señalaremos tu camino hacia el establo, y haremos un suelo fuerte y firme para tus pasos, pero no te podemos ayudar a tejer los hilos.

-¡Ah, queridas plantas! -dijo la Virgen María- vosotras que sois tan hermosas y verdes, y alguna de vosotras sigue siendo verde durante todo el invierno, ¿podéis ayudarme a tejer todos los hilos y convertirlos en una mantilla para el Niño Jesús?

–No, madre María, nosotras te haremos un jardín donde crezca la flor de Nochebuena, los lirios y las rosas de Navidad, pero no podemos ayudarte a tejer los hilos.

–¡Ah, queridos animales! –dijo la Virgen María– vosotros que sois tan ágiles y alegres, ¿podéis ayudarme a tejer todos los hilos y convertirlos en una mantilla para el Niño Jesús?

–No, madre María, nuestro hermano el burrito te ayudará y te cargará durante tu largo viaje, pero no podemos ayudarte a tejer los hilos.

La Virgen ya no sabía adónde ir a pedir ayuda, pero entonces vino un Angel hacia ella y muy suave le dijo:

–Madre María, tienes que pedir a los niños amor de sus corazones y, cuando los niños de la Tierra te envíen su amor, entonces podrás tejer la mantilla del Niño Jesús.

Y eso fue lo que sucedió. Y desde entonces, cada año en la época de Adviento, viene ese Angel y nos trae luz en la oscuridad, y cada niño puede tomar esa luz Y con ella, su amor podrá llegar a la Virgen María para que pueda tejer la mantilla del Niño Dios.

Canción:

Sobre estrellas, sobre sol
van los pasos de María.
Oro fino, luz divina
lleva para su niño.

El Burrito Blanco

Cuento boliviano

Una vez nació en una pradera un burrito blanco. Su mamá lo miró extrañada: –¿Por qué mi burrito nació sin color? –le preguntó al padre del burrito.

–Tú eres gris, yo soy color de plomo y todos nuestros parientes, en las praderas y en los pueblecitos, son de color plomizo – dijo el padre, inclinando sus largas orejas con preocupación.

–Es verdad, a nuestro nuevo hijito le falta algo. Esperemos que crezca –dijo la madre del burrito– Aparte del color no le falta nada, tiene dos largas orejas, una colita larga y suave y cuatro patas esbeltas. No es feo. Tal vez cuando crezca el color le aparezca.

Pero al burrito no le gustó ser diferente de los demás. Estaba triste por no tener la piel gris como sus primos y sus hermanos de la pradera, como su papá y su mamá.

Y apenas sus delgadas piernas le sostuvieron bien, decidió marcharse.

Cuando sus padres dormían se levantó, miró a su alrededor y vio el campo silencioso. La luna blanca bañaba en plata las piedras y las flores, y el burrito se veía más blanco aún en la noche clara.

-No importa -se dijo- todos duermen y nadie me verá. Mañana buscaré una cueva donde ocultarme.

El pequeño burrito no sabía que algunos animales despertaban de noche. Y así fue como, al caminar por la hierba, se encontró con una mariposa nocturna que buscaba savia de las hojas para beber.

Al ver al burrito blanco, susurró:

¿Adónde vas, burrito blanco,
como la nieve parece tu manto,
como la nube es tu andar,
¿un color vienes a buscar?

-Qué triste -pensó el burrito- ¿acaso no puedo encontrar un lugar donde nadie me vea ni pueda burlarse de mi falta de color?

Al pasar por un muro de piedras se encontró con una lechuza de grandes ojos luminosos, que buscaba algún ratoncito para comer. Al ver al burrito blanco abrió sus anchas alas y suspiró:

¿Adónde vas, burrito blanco,
como la escarcha parece tu manto,
como neblina es tu andar,
¿un color vienes a buscar?

El burrito bajó la cabeza y la lechuza se deslizó por el aire para atrapar un ratón que había salido de su agujero.

Siguió caminando el burrito, y la luna redonda estaba ya muy arriba en el alto cielo. Al pasar por un viejo árbol, un puma negro que aguardaba allí lo divisó y lo miró con sus malos ojos amarillos. El burrito se asustó y pensó que habría llegado su fin, cuando escuchó gruñir al puma desde el árbol:

¿Adónde vas, burrito blanco,
como la espuma parece tu manto,
como el aire es tu andar...
¡Nada que pueda mi hambre saciar!

-Al menos no me quiere devorar el puma malo -pensó el burrito, cuando a lo lejos vio a alguien caminar a la luz de la luna.

-Buenas noches, hermoso burrito blanco -dijo acercándose un extraño niño.

El niño llevaba una camisita alba como flores de naranjo y a su alrededor irradiaba una luz excepcional. Llevaba una carga pesada que apenas podía alzar.

-Muchas gracias -dijo el burrito- ¿quién eres tú que no me dices feo como todos los demás?

-Soy el Niño Jesús y del mundo voy por todos los caminos, para llevar a cada niño de esta Tierra un regalo, porque pronto será Navidad. ¿Quieres venir conmigo para poderme ayudar?

El Niño Jesús se acercó al burrito y le acarició entre las orejas diciendo:

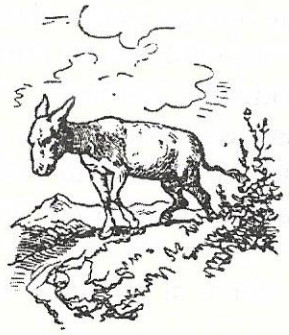
Tu piel es de nubes,
y tus ojos son estrellas,
tu andar es ligero,
no hay cosa más bella.
Tus atentas orejas son de terciopelo
¿Pareces venir del mismísimo cielo!

El burrito blanco sintió latir su pequeño corazón como un martillito, y pensó que estallaría de tanta alegría.

El Niño Jesús le puso en el cuello una rienda hilada de luz de luna y la adornó con cascabeles de oro.

Y así fue como el Niño Dios ya no tuvo que ir a pie a repartir los regalos de Navidad.

Desde ese día, siempre llega montado en su burrito blanco.



La Niña de Nieve

Cuento ruso

Lejos de aquí, en la lejana Rusia, vivían un anciano y una anciana en una aldea a la orilla del bosque, pero no tenían hijos. Lo único que tenían eran perros, gatos y bastantes gallinas, pero ¿qué es eso cuando no se tienen hijos?

–¡Ay! –decían, suspirando– en todas las otras casas es tan divertido, todos sonríen y llaman a las pequeñas Sashas, Mashas y Natashas, Petrushkas y Mishutskas, y con otros nombres que tienen, pero con nosotros todo está muy quieto. ¡Ay! Si tuviéramos también una hija.

Y una vez, mientras todos los niños jugaban afuera y construían un muñeco de nieve, el anciano y la anciana se dijeron:

–¿Qué pasaría si saliéramos y construyéramos una niñita de nieve? ¿Quién sabe? Dios existe y ella podría tener vida. ¿Quién puede saberlo?

Y dicho y hecho. Cuando cayó la tarde, el anciano y la anciana salieron al patio y empezaron a construirla. Hicieron rodar y juntaron cuidadosamente la nieve, delicadamente formaron la cabeza, la tripita, los bracitos y las piernecitas. ¡Y ahí estaba ya la más primorosa niñita de

nieve, muy tranquila a la luz de la luna, con los ojitos y la boca cerrados.

–¡Ay! –suspiraron– tú eres nuestra querida hijita, nuestra palomita blanca, abre pues tus ojitos, háblale a tu viejo papaíto y sonríele a tu vieja mamaíta.

Y Dios oyó a los ancianos. La niñita de nieve abrió sus claros ojitos y su boquita y sonrió; y se oía como campanitas; sacudió su cabellera y empezó a bailar y cantar así:

Los copitos de nieve caen silenciosos
y en la Tierra también me poso,
brillando como una estrellita
soy de la nieve su hijita.

Bailo en ronda muy alegre
sobre el hielo y la nieve.
Giro ágil yo en el viento;
soy la querida hijita del invierno.

Pero si no me pueden querer,
vuestra hijita no voy a ser,
al cielo, a casa volveré
la amada hijita de la nieve no seré.

–¡Nosotros te queremos mucho, nuestra buena hijita, nuestra palomita blanca, quédate con nosotros!

Así decían los ancianos, cuando la levantaron y la llevaron dentro de su choza.

–¡No tan caliente, no tan caliente! –gritó la niñita de nieve cuando la llevaban hasta la chimenea. Y la sentaron entonces en un banco cerca de la ventana.

–Dadme de comer, por favor, una papilla de hielo.

Eso era muy fácil de preparar, sólo hacía falta un trozo

de hielo y un platito de madera para hacerlo y cortarlo en trocitos. ¡Eso le supo exquisito! Después tenía que ir a la cama, pero enseguida gritó:

–¡No, no, yo soy una niñita de nieve y no duermo, quiero bailar en el patio en la noche temprano. Por las mañanas jugaré con los niños en el parque; id a dormir, que yo me quedaré con vosotros!

Finalmente se acostaron los ancianos, pero a cada rato se levantaban y miraban por la ventana, y veían cómo bailaba su hijita a la luz de la luna.

Música

Tempranito entró en la casita para comer su papilla de hielo. Después esperó afuera a los niños de la aldea. Y ahí venían ya, las pequeñas Sashas, Mashas y Natashas, las Petrushkas y Mishutskas y con otros nombres que tenían, y grande era su alegría cuando veían a la niñita de nieve. La rodeaban, jugaban con ella, paseaban con el trineo y patinaban sobre el hielo. Bailaban y cantaban así:

Los copitos de nieve caen silenciosos
y en la Tierra también me poso,
brillando como una estrellita
soy de la nieve su hijita.

Bailo en ronda muy alegre
sobre el hielo y la nieve.
Giro ágil yo en el viento;
soy la querida niña del invierno.

Y así sucedió todo el invierno. Por las noches bailaba sola la niña de nieve, y durante el día jugaba con los niños. ¡Eso sí que era un placer!

Cuando terminó el invierno, iban a menudo un poco más allá de la aldea. Y una vez fueron mucho más lejos, hasta el bosque. Allí jugaron al escondite hasta muy tarde. Luego quisieron volver a casa y dijeron:

-Ven, niñita de nieve, hemos de volver a casa como mamá y papá lo pidieron.

Pero ella gritó:

-No, no, yo no he de dormir, tengo que bailar toda la noche -y se alejó.

Las niñitas esperaron y esperaron un buen rato, y finalmente se fueron muy tristes a casa. Estas niñas eran buenas amigas.

Cuando se puso bien oscuro, volvió la niñita de nieve y buscó y buscó, y llamó y llamó a sus amiguitas, pero nadie contestó. Se subió a un árbol y miró si las veía, pero no se veía a nadie y empezó a llorar amargamente.

Dando grandes zancadas por el bosque, llegó un oso y se detuvo bajo el árbol.

-Niñita de nieve, ¿por qué lloras? -le preguntó.

-¡Ay, ay, ay, lloro por mis amiguitas, y quisiera regresar a casa con mi buen papaíto y mi buena mamaíta!

-Baja del árbol y siéntate sobre mi lomo, yo te llevaré a tu casa.

-¡No, no! -gritó la niña de nieve- me das un poco de miedo, a lo mejor me aplastas.

Entonces el oso se alejó. Pero pronto llegó un lobo rastreando, se detuvo debajo de la niñita y preguntó:

-Niñita de nieve, ¿por qué lloras?

-¡Ay, ay, ay, lloro por mis amiguitas, y quiero regresar a casa con mi viejo papaíto y mi vieja mamaíta!

-Baja del árbol y siéntate sobre mi lomo -dijo el lobo- yo te llevaré a tu casa.

-¡No, no! -gritó la niñita de nieve- me das un poquito de miedo, a lo mejor me comes.

Y rastreando, se alejó de nuevo el lobo. Enseguida llegó un zorrito saltando, y se detuvo bajo el árbol.

-Niñita de nieve, ¿por qué lloras?

-¡Ay, ay, ay, lloro por mis amiguitas, y quisiera regresar a casa con mi viejo papaíto y mi buena mamaíta!

-Baja del árbol y siéntate sobre mi lomo, de verdad yo quiero llevarte a tu casita..

-¡Sí, sí! -gritó la niñita de nieve- de ti no me asusto, tú me llevarás a casa.

Con mucho cuidado bajó del árbol, se sentó sobre el lomo del zorrito y éste brincó con ella a través del bosque hacia la choza. Allí estaban el anciano y la anciana, que así se quejaban:

-Hijita, nuestra blanca palomita, ¿dónde estarás?

-¡Aquí estoy! -gritó la niñita de nieve- el zorrito me trajo a casa, ahora le tenéis que dar algo de comer, seguro que estará muy hambriento.

-Pues claro -dijeron los ancianos- una corteza de pan podrá recibir.

-Una corteza de pan es muy poco para mí -dijo el zorrito- quisiera tener yo una gallina bien gorda, pues es su niñita de nieve quien traje a casa de nuevo.

-Está bien -dijeron los ancianos, y fueron tras la casa.

Pero una vez allí empezaron a cuchichear:

-Ya tenemos de vuelta a nuestra niñita de nieve. ¿Tenemos que dar todavía una buena gallina gorda?

Y después dijeron algo que no era bueno. Volvieron y dejaron salir del corral a la gallina gorda, pero cuando el zorro la quiso agarrar, también dejaron salir al perro negro y éste espantó al zorrito, que regresó corriendo al bosque.

-Eso sí que lo hicimos bien -dijeron los ancianos- todavía tenemos la gallina y también a nuestra niñita de nieve.

Pero cuando entraron en la casa, la niñita se había ido al fuego de la chimenea, y bailaba y cantaba:

Ay, no amabais a vuestra niña,
y queríais más a la gallina.
Al cielo la niñita vuelve
pues soy la hijita de la nieve.

-¡Quédate, por favor, nuestra querida hijita, nuestra palomita blanca, quédate con nosotros! -gritaban ellos, pero ella flotaba ya como una nubecita en el aire.

¿Hacia dónde, pues, voló? Hacia el padrecito frío y la madrecita nieve, sobre las estrellas hacia el Norte, allí baila todo el verano sobre el hielo del mar.

-Eso no estuvo bien, no estuvo bien -decían los ancianos- ¡Ay! Si ella volviera nos portaríamos mejor.

Y la niñita de nieve vino de nuevo al siguiente invierno, pero ya no vino sola, pues trajo muchas niñitas de nieve. Todas bailaban y cantaban:

Los copitos de nieve caen silenciosos
y en la Tierra también me poso,
brillando como una estrellita
soy de la nieve su hijita.

Bailo en ronda muy alegre
sobre el hielo y la nieve.
Giro ágil yo en el viento;
soy la querida niña del invierno.

La Liebrecita y la Zanahoria

Cuento chino

Los campos y las colinas estaban cubiertas de nieve alta, y la liebrecita no tenía nada que comer. Encontró dos zanahorias amarillas. La liebrecita se comió una y dijo:

-Cae mucha nieve y el frío es duro, seguro que el burrito no tiene nada que comer, le voy a llevar la zanahoria.

Inmediatamente, la liebrecita se fue a la casa del burrito, pero éste no estaba. La liebrecita le dejó la zanahoria y se fue saltando.

El burrito se había ido también en busca de comida. Encontró unas patatas y volvió contento a casa. Cuando abrió la puerta se encontró la zanahoria.

-¿De dónde vendrá esta zanahoria? -se asombró el burrito. Entonces comió sus patatas y dijo:

-Cae mucha nieve y el frío es duro. Seguro que la ovejita no tiene nada que comer. La zanahoria será para ella.

El burrito empujó la zanahoria a casa de la ovejita, pero la ovejita no estaba en casa. Con mucho cuidado, el burrito dejó la zanahoria allí y se fue.

También la ovejita se había marchado a buscar comida. Encontró una col y se fue contenta a casa. Cuando abrió la puerta, vio la zanahoria:

–¿De dónde vendrá esta zanahoria? –se preguntó asombrada. Entonces se comió la col y dijo:

–Cae mucha nieve y el frío es duro. Seguro que el pequeño ciervo no tiene nada que comer. Le llevaré la zanahoria.

La ovejita tomó la zanahoria y la llevó a casa del pequeño ciervo. Pero la casa estaba vacía. La ovejita le dejó la zanahoria y se fue rápidamente.

También el pequeño ciervo se había marchado en busca de comida. Encontró hojas verdes y regresó contento a su casa. Cuando abrió la puerta, vio la zanahoria:

–¿De dónde vendrá esta zanahoria? –se dijo con sorpresa. Luego se comió las hojas verdes y dijo:

–Cae mucha nieve y el frío es duro, seguro que la liebrecita no tiene nada que comer. Le regalaré la bonita zanahoria amarilla.

Y rápidamente el pequeño ciervo se fue corriendo a casa de la liebrecita, pero esta se había hartado de comer y se había dormido. El pequeño ciervo no la quiso despertar y silenciosamente hizo rodar la zanahoria dentro de la casa.

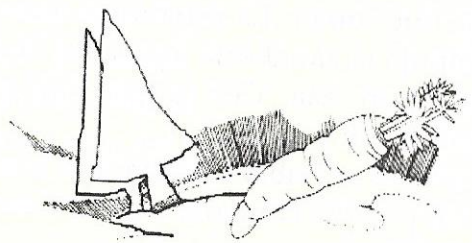
Cuando la liebrecita despertó, se frotó los ojos asombrada:

–¡Otra vez está aquí la zanahoria!

Durante un instante reflexionó y luego dijo:

–¡Seguro que un buen amigo me trajo la zanahoria!

Y entonces se la comió. ¡Estaba deliciosa!



Shingebiss

Cuento indio de Chispea

En su cobijo en las orillas del lago Hurón, vivía un patito marrón, Shingebiss. Cuando el feroz viento del Norte bajaba veloz del país reluciente de nieve, Shingebiss, el patito marrón, tenía preparados cuatro buenos leños para el fuego de su chimenea.

Shingebiss era valiente y animoso. No le importaba de qué manera bramaba el viento del Norte, él siempre andaba como andan los patos, a través del hielo, y encontraba el alimento necesario. Rompiendo la superficie del hielo que se formaba en su pequeño estanque, buceaba a través de los agujeros que quedaban abiertos y se procuraba sus peces para cenar. Luego volvía a su cobijo, arrastrando una ristra de peces detrás de sí. Sentado al lado de su resplandeciente fuego, se preparaba su pescado para cenar y se instalaba cómodo y calentito.

Finalmente, Viento del Norte gritó:

–¡Hu, hu! ¿quién se atreve a desafiar al Gran Jefe Viento del Norte?

Todas las criaturas le temían, excepto Shingebiss, el patito marrón, que trataba al Viento del Norte como si fuera un vientecito de nada. Así que el Viento del Norte mandó ráfagas frías, heladoras, formando altos montones de nieve,

hasta que ningún pájaro o animal se atrevía a ir en socorro de Shingebiss. Sin embargo, Shingebiss salía igual todos los días, sin dejarse molestar por el tiempo. Cada día encontraba pescado, cada noche preparaba su cena y se calentaba al lado del fuego.

–¡Ah! –se encolerizó el Gran Jefe Viento del Norte –el pequeño pato marrón, Shingebiss, no hace caso de la nieve ni del hielo. Viento del Norte congelará sus agujeros, así ya no encontrará alimento, y entonces Gran Jefe le conquistará.

Así que Viento del Norte congeló las aberturas donde el patito marrón pescaba, y cubrió su estanque con nieve. Pero cuando Shingebiss encontró sus agujeros cerrados, impidiéndole llegar al agua, ni siquiera refunfuñó. Simplemente siguió su camino animadamente hasta encontrar un estanque donde no hubiera nieve. Entonces apartó el hielo y abrió nuevos agujeros para zambullirse y pescar.

–¡Pato marrón, ya verás quién es el jefe! –aulló Viento del Norte lleno de ira. Y durante días y días siguió al patito marrón. Helaba sus agujeros en el hielo y cubría los estanques con nieve.

Pero Shingebiss seguía adelante sin miedo, como había hecho siempre. Todas las veces conseguía atrapar un par de peces antes de que estuviera helado cada agujero. Y, como siempre, volvía animado a su casa, arrastrando los peces detrás de sí.

¡Hu, hu! –bramó enfurecido Viento del Norte– Gran Jefe irá al cobijo del pequeño pato marrón, Shingebiss; Gran Jefe soplará en su puerta, se sentará a su lado y le soplará con aliento helado, hasta que se congele.

En ese mismo instante, Shingebiss había terminado su cena y estaba cómodamente sentado al lado de su ardiente fuego, calentando sus patitas.

Cuidadosamente, conteniendo la respiración para que Shingebiss no oyera, lenta, muy lentamente, Viento del Norte se deslizó hacia el cobijo de Shingebiss. Pero éste sintió el frío que le llegaba a través de las rendijas de la puerta.

–Ya sé quién está aquí –pensó, y empezó a cantar.

Ka–neej, Ka–neej,
Bee–in, Bee–in,
Bon–in, Bon–in,
Ok–ee, Ok–ee,
Ka–weya, Ka–weya.

Y Viento del Norte oyó lo que cantaba.

Viento del Norte, viento feroz,
por mucho que soples eres como yo.
Sopla lo que puedas, inténtame helar,
yo no tengo miedo, tengo libertad.

Viento del Norte no podía contenerse de rabia, pero bajó su voz hasta susurrar, y dijo:

–¡Jefe Grande te congelará!

Y así, Viento del Norte se deslizó por debajo de la puerta hasta llegar donde estaba Shingebiss y se sentó al lado del fuego. Shingebiss supo que estaba allí, pero no se inmutó ni lo más mínimo. Siguió cantando:

Ka–neej, Ka–neej,
Bee–in, Bee–in,
Bon–in, Bon–in,
Ok–ee, Ok–ee,
Ka–weya, Ka–weya.

–El Gran Viento del Norte no se irá hasta que estés congelado –murmuró Viento del Norte, y sopló su aliento más helado. Pero en ese mismo momento Shingebiss se inclinó

y agitó su fuego. Se levantó una lluvia de chispas que iluminó su refugio de rojo dorado. Y de repente, el pelo encharcado de Viento del Norte empezó a gotear, lágrimas corrían por sus mejillas, su respiración poderosa se fue debilitando. Pero Shingebiss seguía calentando sus patitas con las llamas y cantaba:

Viento del Norte, viento feroz,
por mucho que soples eres como yo.
Sopla lo que puedas, inténtame helar,
yo no tengo miedo, tengo libertad.

Ka-neej, Ka-neej,
Bee-in, Bee-in,
Bon-in, Bon-in,
Ok-ee, Ok-ee,
Ka-weya, Ka-weya.
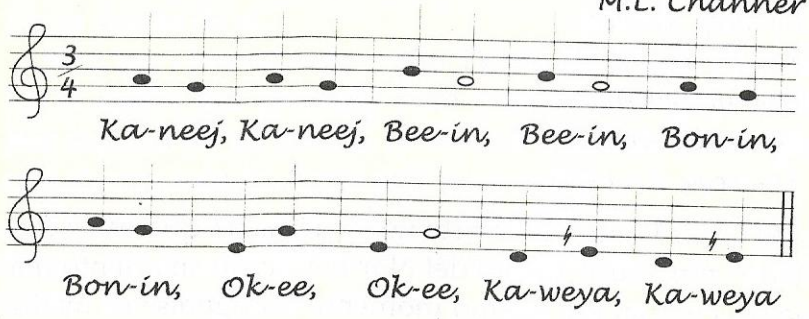
Súbitamente, Viento del Norte aulló:

-¡Gran Jefe se está derritiendo! -y salió precipitadamente por la puerta, cayendo encima de un montón de nieve.

-Extraño patito marrón -susurró para sí mismo- Gran Jefe Viento del Norte no lo puede helar, no lo puede asustar.

¡Hu, Viento del Norte le dejará tranquilo! ¡El Gran Espíritu está con él!

M.L. Channer



El Becerrete Pajoso de Costado Resinoso

Cuento popular ucraniano

Vivían pobremente unos abuelos,
sin terneros, gallinas ni polluelos.

El abuelo extraía de los árboles resina.
La abuelita hilaba y atendía la cocina.

Mas la abuelita empezó a incordiar al abuelete:
–Aunque sea de paja, hazme un becerrete.

–¡No seas pesada! –refunfuñaba el viejo,
¡qué vas a hacer con un becerrejo?

–¿Qué voy a hacer?
¡Lo llevaré a pacer!

El abuelo, para quitársela de encima,
tejió un becerro de paja y le untó resina.

Por la mañana la abuela tomó lana para hilar
y se llevó el becerro al prado, a pastar.

Está la abuela sentada en un altito,
y mientras hila, le dice al becerrito:

–¡Come, come, becerrete pajoso,
de costado resinoso!

Hiló la abuela, hiló…
e hilando se durmió.

Mas del bosque umbrío, del alto pinar,
sale de pronto un oso a todo caminar.

Al ver al becerrete tan airoso,
–¿Quién eres tú? –le preguntó el oso.

–Yo soy el becerrete pajoso
de costado resinoso.

–Dame tu resina para cubrir mi costado
que los perros con sus dientes
me han despellejado.

Pero el becerrete pajoso
permanece silencioso.

El oso, enfadado, al becerro
le da un zarpazo
y se le queda la garra
pegada en su costado.

Se despierta la abuelita
y al ver al oso grita:

–¡Corre, ven corriendo, esposo,
que nuestro becerrete ha cazado un oso!

Toma el abuelo al oso y se lo lleva,
y lo tira sin remilgos en la cueva.

Continúa al día siguiente
la abuela con su hilado,
mientras el becerro
pasta alegre por el prado.

La abuela está sentada hilando en el altito,
y mientras hila le dice al becerrito:

–¡Come, come, becerrete pajoso,
como becerrete de costado resinoso!

Sigue la abuela hila que te hila,
e hilando se ha quedado dormida.

Del bosque umbrío, del alto pinar,
sale entonces un lobo con su rápido andar.

–¿Quién eres tú? –pregunta,
al ver que el becerrete no se asusta.

–¡Yo soy el becerrete pajoso
de costado resinoso!

–Dame tu resina para cubrir mi costado
que los perros, fieramente, me han despellejado.

–¡Tómala tú mismo, bobo!
le dice el becerrete al lobo.

Pone el lobo su zarpa al becerrete
en el costado
y le ocurre lo que al oso,
que se queda pegado.

Se despierta la abuelita,
y al ver al lobo grita:

–¡Ven corriendo esposo, déjalo todo,
que nuestro becerrete ha cazado un lobo!

Toma el abuelo al lobo y se lo lleva,
y lo tira, como al oso, dentro de la cueva.

Al tercer día, apacienta la abuela al becerro
y sigue hilando e hilando, sentada en su alto cerro.

Sigue la abuela, hila que te hila,
e hilando se ha quedado dormida.

Del bosque umbrío, del alto pinar,
sale astuta una zorra, buscando qué cazar.

–¿Quién eres tú, pajizo mozalbete?
le pregunta, ladina, al becerrete.

–¡Yo soy el becerro pajoso
de costado resinoso!

–¡Dame tu resina, palomo,
que los perros me han desgarrado el lomo!

–Puedes tomarla. Yo no la necesito para nada.
Y también la zorra se queda allí pegada.

Se despierta la abuelita
y, al ver a la zorra, grita:

¡Corre esposo, corre, esto tampoco sobra,
nuestro becerrete ha cazado una zorra!

Toma el abuelo a la zorra y se la lleva,
y, como al oso y al lobo, la tira en la cueva.

¡Mira cuántos han caído!
dice el abuelo divertido.

Se sienta a la entrada de la cueva,
y, como si hablara consigo, agrega:

–Le quitaré la piel al oso
y me saldrá un abrigo hermoso.

El oso, que todo lo ha escuchado,
le suplica al abuelo, muy asustado:

–¡Abuelito, no me quites la piel,
déjame en libertad y te traeré miel!

–Si me engañas, ándate con cuidado!
y deja pasar al oso por su lado.

Mientras tanto, el abuelillo
sigue afilando su cuchillo.

–¿Para qué afilas el cuchillo?
le pregunta el lobo al abuelillo.

–Te quitaré la piel a ti
y me haré un gorro para mí.

–¡Si en libertad me dejas
yo te traeré ovejas!

–¡Bueno, pero te tendrás que cuidar,
no me engañes, porque te vuelvo a agarrar!

Deja marchar al lobo el abuelillo
pero sigue afilando su cuchillo.

–¡Abuelito! ¿por qué continúas afilando?
pregunta la zorra al viejo, ya temblando.

–Tú tienes muy fina la piel,
de ella saldrá un cuello de abrigo para mi mujer.

–¡No, por favor, no me quites la piel.
Yo te traeré gallinas, patos y gansos a granel!

–Acepto, ¡que no me vayas a engañar!
y también la deja marchar.

A la mañana, cuando la luz del día era aún incierta,
se sintieron unos golpes en la puerta.

–¡Parece que llaman a la casa!
¡Levántate, marido, a ver qué pasa!

Abrió el abuelo, y ante él
estaba el oso con un panal de miel.

No tuvo tiempo de guardar la oferta
cuando volvieron a tocar la puerta.

El lobo, frunciendo sus peludas cejas,
estaba ante la casa con las ovejas.

Y la zorra, muy ladina,
traía gansos, patos y gallinas.

Y la abuela y el abuelo, llenos de contento,
empezaron a vivir como en un cuento.



Semillas

Cuento inglés

Érase una vez un niño que vivía en una casa rodeada de un gran jardín. Los árboles y las flores del jardín eran amigos. Un día, su madre le dio un puñado de semillas y le dijo:

–Vamos al jardín a sembrar estas semillas en la tierra. Si las cuidamos mucho, y con la ayuda de todos los amigos, veremos cómo crecen.

Los primeros ayudantes serán las hadas de la lluvia, que cantarán:

–¡Ya es hora de despertar!

Luego vendrán las hadas de la tierra y ayudarán a las raíces para que crezcan y se arraiguen con fuerza. Luego vendrán las hadas del viento, jugarán con las hojas y ayudarán a las plantas a crecer hacia el sol. Y al fin, un día las plantas notarán que algo brilla en sus capullos; abrirán sus pétalos y... ¿a quién verán? ¡al sol!

El niño llevó las semillas al jardín y las plantó en la tierra. Las cuidó con mucho cariño, y juntos, las plantas y el niño, rectos y fuertes crecieron.

La Liebre

Cuento inglés

En el tiempo en que el Niño Jesús vivía entre los hombres, la Tierra empezaba a morirse; los fuertes robles ya no podían aguantar las tormentas y los delicados juncos se tambaleaban hasta romperse. Las flores apenas abrían sus capullos para mirar al sol. Hombres y mujeres vagaban por la Tierra con el corazón muy triste y la mirada sin esperanza.

Sólo el Niño Jesús sabía que la Tierra no iba a morir, porque él había venido para traer la vida y la esperanza. Entonces llamó a los animales y les dijo:

–Uno de vosotros será mi mensajero, y viajará por todo el mundo diciendo a cuantos encuentre: la Tierra volverá a la vida, pues ha venido el Niño Jesús.

Entonces todos los animales se apresuraron a decirle:

–¡Mándame a mí, mándame a mí!

El Niño Jesús vio que la elección iba a ser muy difícil y dijo:

–Aquél que pueda dar la vuelta a la Tierra y volver más rápido que ninguno, será mi mensajero elegido.

El ciervo salvaje pensó:

–Yo tengo los pies más ligeros que nadie, ganaré la carrera –y se fue dando saltos a través de las colinas, pero

al llegar a las tierras altas y rocosas, no pudo resistir la tentación de jugar entre las rocas. Y estaba tan contento jugando, que se olvidó de que el tiempo pasaba.

El salmón se dijo:

-Puedo nadar por el agua y flotar en la corriente, e iré mucho más rápido que las pesadas bestias -pero cuando vio los rayos del sol brillando en el agua, pensó que eran moscas de oro. Todo el día estuvo tratando de cazar a los brillantes insectos y así estuvo hasta el anochecer.

El halcón dijo exultante:

-Soy el más rápido de toda la Tierra -y salió disparando como una flecha hacia el cielo azul. Pero de repente sus ojos vieron un pequeño ratón campestre por entre los maizales. Derecho como el plomo descendió, y olvidó su viaje en la alegría de la persecución.

Sólo la liebre se mantuvo firme en su camino, sin ir a izquierda ni a derecha, mirando siempre hacia delante. Rápida emprendió su carrera, y justo cuando el sol empezaba a ponerse, acabó su vuelta a la Tierra. Así fue como la liebre fue elegida mensajera del Niño Jesús.

Pero cuando el Señor le dijo que llevara las buenas nuevas a todos los hombres, la liebre se sobresaltó:

-¿Cómo podré hacer que me crean?

Y entonces el Niño Jesús le pidió al cuervo que le regalara uno de sus huevos:

-Enséñales este huevo -dijo nuestro Señor- y diles: así como la yema dorada brilla en el huevo, así el Niño que vino del cielo trajo la luz del sol a la Tierra, y la Tierra no morirá, sino que vivirá de nuevo.

Y entonces la liebre emprendió su camino con alegría.

Juan y la Mata de Habas

En tiempos de Maricastaña, una pobre viuda vivía en un pueblecito a gran distancia de la capital. Tenía un hijo único, llamado Juan, que era malgastador y perezoso y que, poco a poco, derrochó todo lo que ella poseía. La pobre mujer sufría en silencio, pero un día no pudo más y le echó en cara al hijo su mala conducta.

-¡Hijo malo y cruel! -dijo. Por tu culpa ya no tengo dinero, ni siquiera para comprar un pedazo de pan. ¡No me queda más que esta vaca escuálida!

Juan pidió a su madre que le dejase ir a vender la vaca al pueblo vecino; la buena mujer se hizo rogar un poco, pero al fin accedió.

Mientras marchaba camino adelante, Juan encontró a un matarife que llevaba unas habas dentro del sombrero. Se las ofreció al muchacho a cambio de la vaca, y el muy bobo no acertó a disimular el placer que le proporcionaba la oferta. Cambió, pues, la vaca por un puñado de habas, volvió a su casa y se lo contó a su madre.

Cuando la pobre mujer oyó su relato y vio las habas, perdió la paciencia y las arrojó lejos de sí. Cayeron bajo la ventana, en el jardín. Después, la madre de Juan se tapó la cabeza con el delantal y lloró amargamente. Juan trató, en vano, de consolarla, y como no tenían qué comer, aquella noche se acostaron sin cenar.

Juan se despertó a la mañana siguiente muy temprano y advirtió que algo, no sabía qué, tapaba la luz de la ventana de su habitación. Cuando, después de bajar la escalera, salió al jardín, descubrió que las habas habían echado raíces y que crecían de manera sorprendente. Sus gruesos tallos formaban una especie de escalera ininterrumpida; la mata era tan alta, que iba a perderse entre las nubes. Juan tenía un espíritu aventurero y decidió llegar hasta allá arriba.

Trepó y trepó, durante varias horas, por la mata de habas arriba, y al fin se encontró en un país extraño. Echó andar y poco después le salió al paso una dama muy hermosa. Iba elegantemente vestida y en la mano llevaba una varita blanca rematada por un pavo real de oro puro. Sonriendo, le preguntó a Juan cómo había podido llegar hasta allí, y él le contó la historia de la mata de habas que le cambió el matarife por la vaca.

–¿Te acuerdas de tu padre, Juan? –le preguntó con suave y dulce voz, la dama desconocida.

–No, señora. Mi madre llora siempre que lo nombramos, pero nunca me ha contado nada de él.

–No se atreve; por eso voy a hacerlo yo. Soy hada, y fui madrina de tu padre. Pero también las hadas estamos sujetas a leyes, como los mortales, y una vez que cometí un error, perdí mi poder por espacio de varios años. He aquí por qué no pude servir de ayuda a tu padre cuando más me necesitaba, y por eso murió dejándoos a los dos tan pobres.

El hada interrumpió su relato, y se puso tan triste que Juan sintió por ella gran afecto y le suplicó que le contara más cosas de su padre.

–Tu padre era un hombre excelente –siguió diciendo el hada–. Tenía una buena esposa, servidores fieles y mucho

dinero. Pero tenía un falso amigo –un gigante desagradecido– a quien había hecho grandes favores. Este gigante pagó los buenos servicios de tu padre asesinándole y apoderándose de todos sus bienes. Luego hizo prometer a tu madre que jamás te contaría nada de esto, amenazándola, si lo hacía, con mataros a los dos. Yo no pude ayudarla en nada, pues no recuperé mi poder hasta el día en que tú vendiste la vaca. Por eso te inspiré el deseo de cambiarla por las habas; fui yo también quien hizo crecer la mata y quien te incitó a encaramarte por ella hasta llegar a este extraordinario país. El malvado gigante vive cerca de aquí, y sólo tú puedes liberar al mundo de un monstruo capaz de tantas maldades. Puedes tomar, legalmente, posesión de su casa y de sus bienes, porque todo lo que posee perteneció antes a tu padre; por consiguiente, tuyo es. Sólo te recomiendo que tu madre no sepa que conoces la triste historia de tu padre.

Juan preguntó qué debía hacer.

–Sigue por este mismo camino hasta que veas la casa en la que habita el gigante. Procede luego de acuerdo con tu buen sentido. Y ahora, ¡adiós!

El hada desapareció y Juan siguió andando hasta que se puso el sol. Entonces, con gran alborozo, divisó una hermosa mansión. A la puerta estaba una mujer de aspecto sencillo y bondadoso, y el muchacho le rogó que le diera un pedazo de pan y alojamiento por aquella noche. Ella se sorprendió mucho, pues no tenía costumbre de ver a ningún ser humano por aquellos alrededores. Todo el mundo sabía que su marido era un gigante poderoso y cruel, al que le gustaba comer carne humana.

Juan se asustó mucho, pero confiaba en vencer al gigante, así que volvió a rogar a la mujer que le diera hospedaje por

una sola noche y que le ocultara donde estimara conveniente. Finalmente, ella cedió. Entraron en un hermoso y amplio vestíbulo y la mujer le guió hasta una habitación donde le dio de comer y beber en abundancia. Juan comenzaba a sentirse a sus anchas, cuando le sobresaltó un golpe tremendo asestado a la puerta de calle que hizo temblar toda la casa.

–¡Ah, es el gigante! ¡Si te ve nos matará! –exclamó la pobre mujer temblando de pies a cabeza– ¿Qué podríamos hacer?

–Ocúlteme en el horno –contestó Juan.

Y diciendo esto, se metió en él, pues no estaba encendido el fuego. Enseguida pudo oír la voz atronadora del gigante, que reñía a su mujer.

Por fin se sentó a la mesa y Juan aplicó el ojo a una rendija del horno. Le sorprendió la gran cantidad de alimentos que el gigante devoraba. Parecía como si nunca fuera a concluir de comer y beber, pero por fin terminó. Recostándose en el respaldo de la silla, dijo a su mujer con voz de trueno:

–¡Tráeme la gallina!

Ella obedeció al punto y colocó sobre la mesa una hermosa gallina viva.

–¡Pon, gallina! –rugió el gigante.

Inmediatamente, la gallina puso un huevo de oro macizo.

–¡Pon otro!

Cada vez que el gigante se lo mandaba, la gallina ponía un huevo de mayor tamaño que el anterior.

Así se divirtió un rato el hombrón con la gallina. Después mandó a su mujer a la cama. El se quedó dormido junto al fuego. Sus ronquidos semejaban cañonazos.

En cuanto vio dormido al gigante, salió Juan del horno, tomó la gallina y se escapó con ella. Corrió carretera adelante hasta llegar junto a la mata de habas, por la que bajó sin ninguna dificultad.

Su madre, que estaba muy triste, creyendo que su hijo había tenido un mal fin, tuvo una gran alegría cuando le vio bajar, sano y salvo.

–Nada de eso, madre –repuso él.

Y narró su aventura, cuidando de no mencionar para nada el nombre de su padre. Luego le enseñó la gallina.

–Ahora, ¡pon, gallina! –ordenó.

Y la gallina puso tantos huevos de oro como el muchacho quiso.

Vendieron aquellos huevos y Juan y su madre tuvieron dinero abundante para mucho tiempo.

Y vivieron felices por espacio de varios meses. Luego, Juan experimentó el deseo de volver a trepar por la mata para arrebatarle más riquezas al gigante. Tenía preparado un disfraz y una sustancia para colorearse la piel. Un buen día, se levantó muy temprano, antes que su madre, y por segunda vez se encaramó por la mata de habas. Al atardecer llegó junto a la casa del gigante. También estaba, en esta ocasión, la mujer a la puerta y Juan le rogó que le diera algo de comer.

Ella le explicó lo que él sabía muy bien: que su marido era un gigante cruel y poderoso. Díjole también que una noche había admitido en su casa a un pobre muchacho, hambriento y desvalido, pero que el ingrato había robado al gigante uno de sus tesoros. Su marido la culpaba a ella de tal desgracia, y desde entonces, la trataba aún más cruelmente. Juan se compadeció de la mujer, pero puso en juego toda su astucia para conseguir que le dejase entrar en la casa. Y ella accedió por fin. Le condujo a la cocina y cuando el muchacho acabó de comer y beber, lo escondió en un armario viejo.

A la hora de costumbre regresó el gigante, que entró furioso diciendo:

Uno, dos, tres,
huelo carne de burgués.
Lo voy a descuartizar
y hacer con sus huesos pan.

La mujer le explicó temblando que los cuervos habían traído un pedazo de carne cruda y que lo había dejado en el desván. Mientras ella preparaba la cena, el gigante dio rienda suelta a su mal humor, y con frecuencia levantaba la mano para pegar a su pobre mujer, porque no se daba bastante prisa en servirle. También la acusó, repetidas veces, de la pérdida de la gallina.

Cuando concluyó de cenar, ordenó:

–Quiero entretenerme con algo. Tráeme las talegas del dinero.

Su mujer fue a buscarlas y regresó tambaleándose bajo su peso. Era dos: una estaba llena de monedas de oro; otra de monedas de plata.

La mujer las vació sobre la mesa y el gigante comenzó a contar, alborozado, su fortuna.

–Bueno, vieja loca –dijo– ya puedes irte a la cama.

La mujer se retiró, con aspecto de cansancio.

Desde su escondite, vio Juan cómo el gigante contaba las monedas. Sabía que pertenecían a su difunto padre y deseaba recuperarlas. Finalmente, sin darse cuenta de que le espiaban, el gigante volvió a guardar el dinero en las talegas, las ató fuertemente y las dejó en tierra, junto a su silla, encargando de su vigilancia a un perrillo que tenía. Pronto se quedó dormido, como la primera vez, y roncaba con tal fuerza, que Juan comparó el estrépito que hacía con los bra-

midos del mar en noche de borrasca. Salió de su escondite y puso la mano sobre las dos talegas, pero el perro se despertó y salió de debajo de la silla del gigante. Empezó a ladrar con tal furia, que Juan se detuvo, temiendo que el enemigo despertase de un momento a otro. Pero por fortuna, seguía durmiendo a pierna suelta. En este preciso momento, Juan vio un trozo de carne sobre la mesa y se lo arrojó al perro. El animal cesó de ladrar para devorar la carne y Juan se llevó las talegas, echándoselas al hombro. Pero pesaban tanto que tardó dos días enteros en descender por la mata de habas y llegar a su jardín.

En cuanto llegó a casa, entregó las talegas a su madre. Luego, reedificaron la propiedad y compraron bonitos muebles nuevos, y vivieron mucho más contentos y felices que en los años anteriores.

Durante tres años no mencionó Juan para nada la mata de habas, pero no dejaba de pensar en ella. Por fin comenzó a hacer, en secreto, los preparativos de una nueva ascensión. Esta vez adquirió un disfraz mejor y más completo que el anterior. Y en un hermoso día de verano, se levantó con el alba y, sin despedirse de su madre, subió pro la mata de habas, llegando al atardecer junto a la casa del gigante.

La mujer estaba, como de costumbre, a la puerta. Juan iba tan bien disfrazado, que ella no lo reconoció. Pero cuando el chico fingió ser muy pobre y tener hambre para que le diera entrada, halló dificilísimo convencerla. Por fin, la mujer le ocultó en la caldera.

Cuando regresó el gigante, dijo furioso:

Uno, dos, tres,
huelo carne de burgués.
Lo voy a descuartizar
y a hacer con sus huesos pan.

Luego comenzó a registrar la habitación. Juan estaba aterrorizado. Cuando el gigante se aproximó a la caldera hizo ademán de levantar la tapa. Pero no llegó a hacerlo. Se sentó junto al fuego y comenzó a engullir una copiosa cena. Luego ordenó a su mujer que le trajera el arpa. La puso sobre la mesa y dijo:

–¡Toca, arpa!

El arpa comenzó a tocar. Su música era tan exquisita, que Juan sintió un deseo ardiente de poseer también aquel tesoro. Juan esperó oír los ronquidos del gigante, y creyéndose seguro salió de la caldera, tomó el arpa y echó a correr. Pero el instrumento estaba encantado y llamó con voz fuerte:

–¡Amo mío! ¡Amo mío!

El gigante despertó y echó a correr detrás del muchacho.

Pero el gigante había comido tanto que apenas podía correr; en cambio, él era joven y tenía buenas piernas. Así, después de una loca carrera, siempre perseguido por el gigante, consiguió llegar el primero hasta la mata de habas, por la que descendió rápidamente mientras el arpa tocaba un aire lleno de melancolía.

Al llegar al pie de la mata, llamó a su madre y le pidió:

–Madre, dame un hacha, ¡pronto!

Sin perder un segundo, Juan tomó el hacha y cortó la mata por el pie, junto a la raíz. El gigante cayó al jardín y quedó muerto en el acto.

Inmediatamente apareció el hada, que explicó lo ocurrido a la madre de Juan; al fin la pobre mujer veía acabadas todas las penas. En cuanto a la maravillosa mata de habas, nadie ha vuelto a verla jamás ni tan sólo se ha oído hablar de ella.

El Magnífico Gallo y la Pequeña Hormiga

Cuento norteamericano

Había una vez un magnífico gallo, un héroe orgulloso y poderoso. Una mañana soleada iba jactancioso, con sus espléndidos pantalones, de aquí para allá en el corral, picoteando granos y gusanos. Se topó con una pequeña hormiga que estaba luchando por llevar un grano de semilla que era mucho más grande que ella. El magnífico gallo le dijo:

–¡Bueno, bueno, pequeña hormiga, yo podría comer todo tu grano y comerte a ti también!

A pesar de que el gallo magnífico era tan orgulloso y espléndido, la pequeña hormiga no le temía en absoluto. Ella le replicó con calma:

–Por favor, no te comas mi pequeño grano de semilla, porque mis hijos lo necesitan. Mis hijos me necesitan a mí también, así que no me comas tampoco a mí. Sería mucho más amable si me ayudases a llevar este grano de semilla. Estoy luchando por ello, porque es mucho más grande que yo.

Esto divirtió al magnífico gallo, y le preguntó:

–¿Por qué debería yo, héroe poderoso, llevar para ti, una pequeña hormiga, este grano de semilla?

La pequeña hormiga le replicó nuevamente, con calma:

–Porque unos deben ayudar a otros.

Entonces el magnífico gallo cacareó y rió, tomó el grano de semilla en su pico y lo llevó al hormiguero para la pequeña hormiga.

Cuando ella le dio las gracias, se inclinó majestuosamente ante ella. Luego, en sus espléndidas plumas, jactancioso, siguió yendo de aquí para allá en el corral.

Ocurrió que delante de la puerta del corral, había escondido en la hierba alta, un zorro muy astuto que observaba al magnífico gallo.

De repente el gallo oyó una voz que le murmuraba de alguna parte:

–Héroe poderoso, ¿no te gustaría cacarear la hora del día para nosotros. Tal vez aquí abajo, en la puerta del corral, donde todos te podamos admirar.

El gallo se sintió especialmente soberbio y poderoso, y voló hasta la puerta del corral, aleteando y cacareando orgulloso:

–¡Ki ki ri ki!

Entonces oyó la misma voz de alguna parte, diciendo:

–¡Maravilloso!, pero ¿no sabías, héroe poderoso, que los héroes más poderosos y orgullosos cacarean con los ojos cerrados?

El magnífico gallo volvió a aletear sus alas, cerró los ojos y cacareó, aún con más orgullo y poder:

–¡Ki ki ri ki! –y mientras sus ojos estaban cerrados, el astuto zorro se lanzó sobre él, agarrando sus espléndidos pantalones de pluma, y corrió como el viento a su guarida, con el magnífico gallo entre los dientes.

Pero la pequeña hormiga lo había visto todo desde su hormiguero. Corrió tan rápidamente como pudo a la querida gallina del gallo:

–Querida gallina, el astuto zorro ha capturado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces la gallina llamó al pato:

–Pato, la pequeña hormiga me ha dicho que el astuto zorro ha capturado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces el pato llamó al ganso:

–Ganso, la querida gallina me ha dicho que la pequeña hormiga le dijo que el astuto zorro ha capturado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces el ganso llamó al perro:

–Perro, el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha capturado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces el perro llamó a la oveja:

–Oveja, el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha capturado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces la oveja llamó al caballo:

–Caballo, el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha capturado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces el caballo llamó a la vaca:

–Vaca, la oveja dice que el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha capturado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces la vaca llamó a la lechera:

–Lechera, el caballo dice que la oveja dice que el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha capturado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces la lechera llamó al granjero:

–Granjero, la vaca dice que el caballo dice que la oveja dice que el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha capturado a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Cuando el granjero oyó esto, abrió la puerta del corral y corrió tras el astuto zorro, y la lechera corrió tras el granjero, y la vaca corrió tras la lechera, y el caballo corrió tras la vaca, y la oveja corrió tras el caballo, y el perro corrió tras la oveja, y el ganso corrió tras el perro, y el pato corrió tras el ganso y la querida gallina corrió tras el pato y la pequeña hormiga corrió tras de todos.

Y el granjero llamó, y la lechera gritó, y la vaca hizo mú, y el caballo relinchó, y la oveja baló, y el perro ladró, y el ganso graznó, y el pato hizo cuác, y la querida gallina cloqueó y la pequeña hormiga estaba en silencio porque necesitaba su aliento para correr tras los otros.

Y el magnífico gallo dijo al astuto zorro, mientras colgaba de sus dientes:

–Astuto zorro, nunca llegarás a tu guarida conmigo. ¿No has oído que el granjero, la lechera, la vaca, el caballo, la oveja, el perro, el ganso, el pato, la querida gallina ya están bastante cerca, y que detrás de todos corre también la pequeña hormiga?

Y el astuto zorro replicó:

–¡Ay, yo puedo correr mucho más rápido que el granjero, la lechera, la vaca, el caballo, la oveja, el perro, el ganso, el pato, la querida gallina y la pequeña hormiga que está corriendo detrás de todos!

Pero mientras el astuto zorro tenía abierta la boca para hablar, el magnífico gallo huyó, voló hacia un árbol, aleteó sus alas y alzó su voz para cacarear el ki ki ri ki más orgulloso, poderoso y triunfante ¡qué jamás se había oído!

Entonces llegaron todos: el granjero, la lechera, la vaca, el caballo, la oveja, el perro, el ganso, el pato, la querida gallina y, detrás de todos, venía aún corriendo la pequeña hormiga. El astuto zorro se fue corriendo hacia su guarida con las manos vacías. El magnífico gallo bajó del árbol volando y dio las gracias al granjero, pero el granjero le dijo:

–No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da gracias a la lechera, porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la lechera, pero la lechera le dijo:

–No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da gracias a la vaca, porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la vaca, pero la vaca le dijo:

–No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da gracias al caballo, porque él es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias al caballo, pero el caballo le dijo:

–No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da gracias a la oveja, porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la oveja, pero la oveja le dijo:

–No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da gracias al perro, porque él es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias al perro, pero el perro le dijo:

–No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da gracias al ganso, porque él es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias al ganso, pero el ganso le dijo:

–No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da gracias al pato, porque él es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias al pato, pero el pato le dijo:

–No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da gracias a la querida gallina, porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la querida gallina, pero la querida gallina le dijo:

–No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da gracias a la pequeña hormiga, porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el magnífico gallo dio las gracias a la pequeña hormiga, y la pequeña hormiga lo saludó cortésmente con sus patas delanteras y le dijo:

–De nada, magnífico gallo, ¡unos deben ayudar a otros!

Y entonces la querida gallina le dijo al magnífico gallo:

–Vuelve mi héroe poderoso, vuelve a casa querido, y deja que remiende tus espléndidos pantalones de pluma!



El Girasol

Cuento alemán

Dos gallitos paseaban por el corral. Encontraron dos semillas. –¡Co - co - co! –dijo Cresta Dorada– ya he comido y no quiero más.

–¡Co - co - co! –dijo Cresta Roja– yo tampoco quiero, vamos a esconderla.

Cresta Dorada escondió su semilla en una cajita vacía. Cresta Roja hizo un hoyito al lado de la tapia y puso allí la semilla. Apenas tapó el hoyito con tierra, empezó a llover.

–¡Co - co - co! –rió Cresta Dorada– se mojará tu semilla. ¡Mira cómo la has escondido! Da risa.

Cresta Roja quiso responder, pero prefirió callar. Pasó el verano, llegó el otoño, crecieron los gallitos y se convirtieron en hermosos gallos.

–¡Co - co - co! –gritó Cresta Dorada– comeré la semilla que guardo en la cajita. Lástima que es sólo una, no me llenaré.

–También iré a comer –sonrió Cresta Roja, y se acercó a la tapia donde había enterrado su semillita.

Allí había crecido un gran girasol, y en lugar de una, tenía muchas semillitas.

–¡Venid! –gritó Cresta Roja.

Invitó a gallinas, pollitos, patitos... convidó a todos a semillas, hubo para todos y hasta sobraron.

La Gallinita Roja

Cuento irlandés

En alguna parte, en una casa pequeña al lado del bosque, vivían un gatito, un ratoncito y una gallinita roja. Allí el gatito tenía una cesta blanda, el ratoncito un agujero profundo y la gallinita roja una alta barra de gallinero.

Una mañana la gallinita roja se despertó y dijo:

–¿Quién se levantará y encenderá el fuego en el horno?

–Yo no –dijo el gatito.

–Yo tampoco –dijo el ratoncito.

–Pues lo haré yo –dijo la gallinita roja. Y se fue a encender el fuego.

Cuando el fuego estaba encendido, dijo la gallinita roja

–¿Quién barrerá la salita?:

–Yo no –dijo el gatito.

–Yo tampoco –dijo el ratoncito.

–Pues lo haré yo –dijo la gallinita roja. Y se fue a barrer la salita.

Cuando la salita estaba barrida, dijo la gallinita:

–¿Quién preparará el desayuno?

–Yo no –dijo el gatito.

–Yo tampoco –dijo el ratoncito.

–Pues lo haré yo –dijo la gallinita roja. Y se fue a preparar el desayuno.

Cuando el desayuno estuvo preparado, dijo la gallinita:

-¿Quién tomará este desayuno?

-Yo-dijo el gatito.

-Yo también -dijo el ratoncito.

-¡No! Lo tomaré yo solita -dijo la gallinita roja- a no ser que me prometáis que desde ahora me ayudaréis siempre.

-Lo haremos -dijo el gatito.

-Lo haremos -dijo el ratoncito.

Así la gallinita roja sintió compasión de sus amigos y compartió con ellos el desayuno.

Cuando terminaron con el desayuno, la gallinita roja miró por la ventana. ¿Y a quién vio en la calle? ¡Al zorro!

-¡Viene el zorro! -gritó, y corrió a su barra del gallinero.

-¡Viene el zorro! -gritó el gatito, y se enrolló en su cesta.

-¡Viene el zorro! -gritó el ratoncito y se metió en su agujero.

El zorro entró en la casita.

-Buenos días, ratoncito. Buenos días, gatito. Buenos días, gallinita roja. ¿Quién de vosotros me rascará la piel?

-Yo no -dijo el gatito.

-Yo tampoco -dijo el ratoncito.

-Pues te rascaré yo -dijo la gallinita roja.

Le rascó y le rascó, desde el rabo hasta las orejas. Cuando llegó a las orejas, el zorro le dio un zarpazo y metió a la gallinita en un saco.

-¿Quién me ayudará? -gritó la gallinita roja desde el saco.

-Yo no -dijo el gatito, y se agachó aún más en su cesta.

-Yo tampoco -dijo el ratoncito, y se encogió aún más en su agujero.

Ellos creyeron que de esta forma se podrían salvar. Pero no era así. El zorro dio un salto, sacó al gatito de la cesta,

atrapó al ratoncito en el agujero y los metió en el saco, junto a la gallinita roja. Se colgó el saco en la espalda y se fue hacia su casa.

Era un día muy bonito y caluroso, cuando la gallinita roja sacó una tijeras muy pequeñas de debajo de su ala, una aguja y un hilo, y dijo:

-¿Quién cortará con las tijeras?

-Yo -dijo el gatito.

-Yo también -dijo el ratoncito.

Y así, con fuerzas unidas, cortaron el saco y salieron de él. Cuando estaban libres, dijo la gallinita roja:

-¿Quién me traerá piedras?

-Yo -dijo el gatito.

-Yo también -dijo el ratoncito.

Y así, con fuerzas unidas, trajeron tres piedras y las metieron en el saco. Cuando las piedras estaban en el saco, dijo la gallinita roja:

-¿Quién coserá el saco?

-Yo -dijo el gatito.

-Yo también -dijo el ratoncito.

Y así, con fuerzas unidas, remendaron el saco y se fueron corriendo a casa. Desde aquel día, el gatito y el ratoncito ayudaron siempre a la gallinita roja. ¿Y qué pasó con el zorro? Se despertó después de un rato, tomó el saco, se lo puso por encima de los hombros y se fue a su casa.

-Me he dormido una buena siesta -se dijo- pero este saco es pesado, muy pesado.

Cuando llegó a su casa, gritó desde lejos:

-Señora madre, ponga la olla de cristal en el horno, ¡traigo la cena!

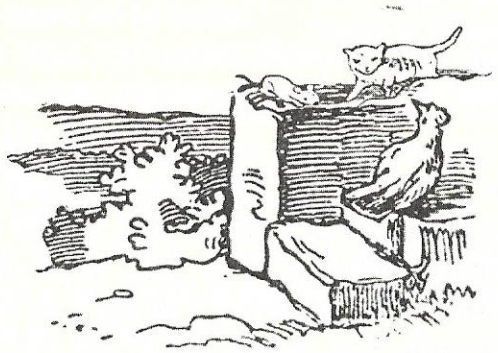
La vieja zorra puso la olla de cristal en el horno, la llenó de agua y encendió el fuego.

Cuando el agua empezó a hervir, el zorro subió con el saco al tejado, lo volcó justo encima de la chimenea y lo abrió:

–Gatito, ratoncito, gallinita roja, ¡hala, a la olla!

Y sacudió a través de la chimenea todo lo que había traído. Pero... ¡en vez del gatito, el ratoncito y la gallinita roja, se cayeron las tres grandes piedras! ¡La olla de cristal se rompió en mil pedazos! Cuando la vieja zorra lo vio se enfureció, salió de la cocina, atravesó el patio, se quitó un zueco y lo lanzó al zorro. Y éste se cayó del tejado.

Así, el zorro, en vez de una cena tenía dos chichones. Uno por el zueco, y el otro porque se cayó al suelo.



Digitalito

Cuento irlandés

Había una vez, lejos de aquí, una pequeña casa en medio de las montañas. El techo llegaba casi hasta el cielo. En esta casa vivían, totalmente solos, un niño pequeño con su madre. El niño había nacido con una joroba, pero la madre quería a su hijo como sólo una madre puede querer a su hijo.

Cuando el niño se hizo más grande, también creció su joroba, lo que le impedía mirar al cielo cuando paseaba. Tenía que mirar a la tierra, y por eso encontraba hierbas raras y flores. Tampoco podía trepar y saltar como otros niños en el pueblo. Muy a menudo, su madre se iba al bosque con él para buscar hierbas y bayas. Una vez se encontró en el bosque una flor bella con muchas campanitas. Se llamaba *Digitalis*. Le gustó tanto que se la puso en el sombrero y ya nunca se la quitó. Por eso, todo el mundo lo llamaba Digitalito.

Cuando Digitalito cumplió los catorce años, su madre le mandó al taller de un cestero, para que aprendiera a hacer cestas. Como tenía las manos ágiles, pronto hizo cestos tan bonitos que todo el mundo quería comprarlos cuando los llevaba al mercado en la ciudad. Digitalito estaba todo el día con su trabajo, hasta muy tarde. Y a veces canturreaba en voz baja:

Trenzo grandes y pequeñas cestas
hasta que el sol por la tarde se acuesta.
El trabajo bien hecho ha de estar
para que la gente se pueda alegrar.

Cuando todas las cestas estaban terminadas, Digitalito las juntaba y se ponía en camino para ir a la ciudad. El camino era largo, y cuando las cestas pesaban demasiado, se buscaba un lugar para descansar.

Una vez volvió tarde del mercado, donde había vendido todas las cestas. Sintió un gran cansancio y se sentó debajo de un árbol, en el musgo, cerca de una colina. Ya había caído la noche, y se le cerraban los ojos. De repente, apareció la luna redonda y brillante, y oyó un canto maravilloso:

Barco plateado de silencio y calma.
Barco plateado de silencio y calma.

Pero como la música sonaba siempre igual, Digitalito terminó cantando la canción a su manera:

Barco plateado de silencio y calma.
¿Dónde están tus remos, cuál es tu alma?

Apenas había terminado la canción, Digitalito oyó el murmullo y el susurrar del viento, y vio cómo, en la luz plateada de la luna, aparecían detrás de la colina los elfos, flotando suavemente. Se le acercaron y exclamaron:

Digitalito, Digitalito,
has conseguido un gran hito.
Nuestra canción ahora está terminada
y es bonita para elfos y hadas.
Ven con nosotros al país encantado
y verás cómo estarás asombrado.

Le tomaron de la mano y, bailando, bajaron por la colina de los elfos.

Digitalito se sentía mareado y, cuando abrió sus ojos, vio un esplendor como jamás había visto. Todo brillaba y refulgía y de todos lados sonaba una música muy, muy suave. Los elfos llevaron a Digitalito ante su reina, y le contaron cómo Digitalito había terminado muy bonita la canción. Luego, los elfos celebraron consejo:

–¿Qué podríamos regalarle?

Formaron corro alrededor de él y exclamaron:

Digitalito, recobra el ánimo,
tu joroba se caerá al suelo.
Que seas feliz y alegre
ahora y para siempre.

Casi no habían terminado de hablar, cuando Digitalito se sintió tan ligero y alegre que tuvo ganas de saltar hasta la luna. Y con la alegría más grande del mundo, vio cómo la joroba de la espalda se le caía al suelo.

Intentó levantar la cabeza y le fue muy fácil. Pudo entonces mirar libremente a su alrededor, y vio todo el brillo y toda la maravilla del reino de los elfos. Luego cayó en un sueño profundo, y aún durmiendo pudo oír el canto de los elfos:

Volamos y nos inclinamos,
en la ronda bailamos.
Tejemos y obramos
en la luz de la luna.

Cuando Digitalito se despertó, era día claro. Brillaba el sol, cantaban los pájaros y él estaba tumbado al pie de la

colina de los elfos. Vacas y ovejas pastaban pacíficamente a su alrededor.

Después de que Digitalito hubo rezado su oración de la mañana, lo primero que hizo fue tocar con su mano la joroba, ¡pero no había ni rastro de ella! Desde la cabeza hasta los pies, estaba vestido con ropas nuevas que le habían regalado los elfos. Entonces se puso en camino y, andando gallardamente, con cada paso saltaba como si en toda la vida no hubiera hecho otra cosa.

Nadie reconoció a Digitalito sin la joroba.

Sólo su madre lo vio venir desde lejos, y le acogió en sus brazos llena de alegría.



La Gallinita Roja y el Grano de Trigo

Cierto día en que la gallinita roja escarbaba en la era de la granja, escarbando, escarbando, encontró un grano de trigo.

–¿Quién sembrará el trigo? –preguntó.

–Yo no –dijo el pato.

–Yo no –dijo el gato.

–Yo no –dijo el perro.

–Muy bien, pues lo sembraré yo –dijo la gallinita.

Y fue y lo sembró.

Al cabo de un tiempo, el trigo creció y maduró.

–¿Quién segará el trigo? –preguntó.

–Yo no –dijo el pato.

–Yo no –dijo el gato.

–Yo no –dijo el perro.

–Muy bien, pues lo segaré yo –repuso la gallinita.

Y lo segó solita.

–Y ahora –dijo– ¿quién trillará el trigo?

–Yo no –dijo el pato.

–Yo no –dijo el gato.

–Yo no –dijo el perro.

–Muy bien, lo trillaré yo.

Cuando lo hubo trillado, la gallinita preguntó:

-¿Quién llevará el trigo al molino para hacer la harina?
-Yo no -dijo el pato.
-Yo no -dijo el gato.
-Yo no -dijo el perro.
-Muy bien, lo llevaré yo.

La gallinita roja tomó el trigo y lo llevó al molino. Cuando estuvo convertido en harina, preguntó:

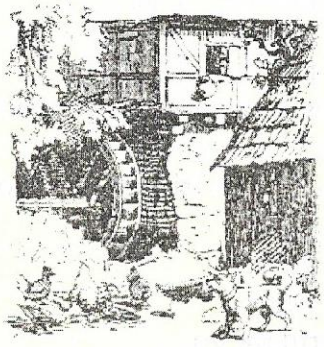
-¿Quién convertirá en pan esta harina?
-Yo no -dijo el pato.
-Yo no -dijo el gato.
-Yo no -dijo el perro.
-Muy bien, la amasaré yo -dijo la gallinita roja.

E hizo con la harina una hermosa hogaza de pan.

Después que la tuvo hecha, preguntó:

-Y ahora, ¿quién se comerá la hogaza de pan?
-¡Yo, yo! -dijo el pato.
-¡Yo, yo! -dijo el gato.
-¡Yo, yo! -dijo el perro.
-Pues no os la comeréis ninguno de vosotros -repuso la gallinita-. Me la comeré yo.

Y llamando a sus pollitos, la compartió con ellos.



El Señor del Bosque y su Mujer

Cuento vasco

Érase una vez un hombre y una mujer que tenían tres hijas. El hombre era comerciante, e iba de mercado. Una de esas veces en que se disponía a salir para el trabajo, le preguntó a su hija mayor:

-¿Qué quieres que te traiga del mercado?
-Tráeme un par de medias de seda -dijo la muchacha.

El hombre le preguntó a su segunda hija:

-¿Qué quieres que te traiga del mercado?
-Tráeme un pañuelo de seda.

Y el padre le preguntó también a la más joven de las hijas:

-¿Qué quieres que te traiga del mercado?
-Querido padre -dijo la pequeña- no necesitas traerme nada, pero cuando cabalgues por el bosque y veas al Señor del Bosque, salúdale de mi parte.

El hombre se extrañó de semejante petición, pero no siguió preocupándose demasiado al respecto, y partió a caballo.

Estando en medio del bosque, vio sentado encima de un árbol a un hombre que vestía un chaleco rojo.

–¡Eh! –le llamó– ¿sois el Señor del Bosque?

–Así es –respondió– ¿qué quieres?

–Debo daros recuerdos de mi hija menor.

–Bien –dijo el hombre, que estaba sentado encima del árbol– toma esta cadena de oro y pregúntale a tu hija si quiere casarse conmigo el año que viene, para San Juan.

–Así lo haré –dijo el comerciante.

Después de vender en el mercado todo lo que llevaba, el hombre cabalgó de vuelta al hogar, trayendo un par de medias de seda para su hija mayor y un pañuelo de seda para la segunda. Y cuando vio a la tercera, ésta le preguntó:

–¿Cumpliste el recado que te pedí?

–Sí, y el Señor del Bosque te envía esta cadena de oro y pregunta si te quieres casar con él el año que viene el día de San Juan.

–Bien –dijo la muchacha– si tú y madre no tenéis nada en contra, quiero casarme con él.

Así pues, un año más tarde el comerciante llevó a su hija menor al bosque, y permaneció allí hasta que se celebró la boda.

La joven esposa vivía en un gran palacio en el medio del bosque, y llevaba una agradable vida. Pero un buen día llegó su marido y le dijo:

–Querida esposa, tu padre ha enfermado y tienes que volver a casa para cuidarle. Toma estas hierbas, haz cada día una infusión con ellas, y pronto se recuperará.

–Querido esposo –dijo la joven– ¿cómo podré llegar a la ciudad, y cómo regresaré?

–Eso ya se hará –respondió el Señor del Bosque.

Y a continuación llamó a todos los animales del bosque, que tenían que servirle. Al instante llegaron osos, lobos, ciervos, renos, liebres, zorros y toda clase de pájaros.

El Señor del Bosque llamó al oso y le preguntó:

–¿Podrías llevar a mi mujer a su casa y traerla de vuelta?

–Pues claro que podría.

–¿Y qué comerías y beberías en el camino?

–Comería hierba y bebería del arroyo.

–No, puede ser que bebieras del arroyo, pero te comerías a mi mujer.

Y el Señor del Bosque llamó al lobo y le preguntó:

¿Podrías llevar a mi mujer a su casa y más tarde traerla de vuelta?

–Pues claro que podría.

–¿Y qué comerías y beberías en el camino?

–Comería hierba o el follaje de los árboles y bebería del arroyo.

–No, tú te comerías a mi joven esposa y te beberías su sangre. ¡Retrocede!

Y el Señor del Bosque llamó al ciervo y le preguntó:

–¿Podrías llevar a mi mujer a su casa, protegerla para que no le ocurra nada y más tarde, cuando haya cumplido con lo que tiene que hacer, traerla de vuelta?

–Sí, yo puedo y quiero.

–¿Y qué comerías y beberías en el camino?

–Lo que siempre como y bebo: hierba de los prados y agua clara del arroyo.

–Sí, te creo. Entonces lleva a mi joven esposa con sus padres. Más tarde te diré cuándo debes regresar con ella.

Entonces el ciervo le dijo a la joven:

–Sube a mi lomo y sujétate fuerte a mi cornamenta.

Y apenas subió la mujer, salió el ciervo disparado como el viento. Pero como el camino por el bosque era largo, después de haber corrido durante dos horas, se detuvo el ciervo y dijo:

–Tengo hambre y sed, he de comer y beber. si no es así, no podré seguir adelante. Súbete a mi cornamenta y trepa desde allí hasta el ramaje del árbol bajo el cual estoy parado.

La joven hizo tal y como le había ordenado, y entonces dijo el ciervo:

–No te dejes engañar por ningún animal y no bajes del árbol hasta que yo vuelva. Podría suponer tu muerte.

Una vez que la joven se lo hubo prometido, el ciervo se encaminó hacia un prado a comer hierba.

Apenas se había marchado el ciervo, llegó el oso, que había caminado a poca distancia detrás de ellos, y le dijo a la joven que estaba subida al árbol:

–Baja, pequeña, vamos a bailar juntos, como hacemos en el jardín de la casa del Señor del Bosque. (Hay que saber que en ese jardín todos los animales tenían que ser pacíficos. Era una ley que todos los animales cumplían).

Pero ella se acordó de la advertencia del ciervo y dijo:

–No tengo ganas de bailar, ¡baila tú solo!

El oso vio que no había nada que hacer, y regresó a su casa. Al cabo de un rato volvió el ciervo y dijo:

–Y bien, baja del árbol hasta mi cornamenta y siéntate sobre mi lomo.

Así lo hizo la joven, y el ciervo siguió corriendo.

Y estaban casi saliendo del bosque, cuando nuevamente el ciervo detuvo su carrera y dijo:

–Trepa a mi cornamenta y desde allí sube a esa roca, pues me siento débil a causa del hambre y la sed.

Así lo hizo la joven, y subió a la roca y el ciervo volvió a decir:

–No te dejes convencer por ningún animal para que bajes de la roca hasta que yo vuelva. Podría suponer tu muerte.

La mujer se lo prometió y el ciervo se fue en busca de hierba. Apenas se había alejado el ciervo, cuando se acercó el lobo que también había seguido al ciervo, pero a una distancia mayor que el oso. Y el lobo se puso a los pies de la roca y dijo:

–Baja, pequeña, y recogeremos flores como lo hacemos en el jardín de casa, pues te quiero trenzar una bonita corona.

Pero la muchacha recordó la advertencia y dijo:

–No, no tengo ganas de recoger flores. Ve tú solo.

El lobo, sin alejarse demasiado, empezó a cantar:

Miles de hermosas flores
hay en el prado silvestre,
todas yo quiero recoger
para mi dulce doncella.

La muchacha oyó cantar al lobo, y se alegró mucho por tan afectuoso canto. Y cuando el lobo hubo recogido un ramillete de flores, volvió con él a la roca, se sentó allí, y trenzó una bonita corona. Cuando esta estuvo lista, comenzó de nuevo a cantar:

Mira qué hermosas flores
reunidas en una corona,
bella, acércate aquí,
tu frente con ellas adorna.

La joven se sintió totalmente conmovida ante tantos halagos y estuvo a punto de bajarse de la roca, pero entonces regresó el ciervo, y el lobo no tuvo más remedio que ponerse la corona en su propia cabeza y hacer como si no hubiera tenido malas intenciones. Al marcharse de allí, siguió cantando, aunque ya no era una bonita canción:

Miles de hermosas flores
debe el diablo buscar,
y al ciervo arrojar,
candente carbón infernal.

Pero no había nada que hacer; el ciervo dejó que la muchacha subiera otra vez a su lomo, y la llevó hasta la casa de sus padres. Estos se alegraron muchísimo cuando volvieron a ver a su hija, y ella preparó enseguida una infusión para su padre con las hierbas que le había dado el Señor del Bosque. Y al cabo de siete días, el padre sanó.

Entonces la muchacha tendría que haber llamado al ciervo para regresar sobre él a casa de su marido. Pero las hermanas no la dejaron y la encerraron, porque querían retenerla con ellas.

Una mañana, mientras la muchacha se estaba peinando, llegó volando hasta la ventana un pájaro y le dijo:

–Buenos días, bella muchacha.

–Buenos días, pajarillo.

–Tu marido te espera, pues sabe que tu padre ya está sano.

–Saluda de mi parte a mi marido y dile que no puedo salir de aquí. Mis hermanas me tienen siempre encerrada en la alcoba.

–Bien, se lo diré.

Y el pajarillo voló hacia el bosque y contó todo lo que le había dicho la joven. Y entonces el Señor del Bosque mandó al ciervo a recoger a su esposa y le mandó llevar con él al ratón y a la liebre. Y mientras el ciervo corría con el ratón en el lomo, la liebre saltaba a su lado.

Llegaron a la casa a medianoche, cuando todos dormían. Saltó el ratón del lomo del ciervo y entró a hurtadillas por

debajo del umbral de la puerta, hasta la alcoba donde dormían las hermanas de la esposa del Señor del Bosque, y con mucho cuidado sacó la llave de debajo de la almohada de la hermana mayor. La tomó entre sus patas y corrió con ella afuera de la casa.

En ese momento entró la liebre en acción. Estirada sobre las patas de atrás, metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró en la alcoba de la más joven.

–Despierta, hemos venido a buscarte.

La joven se despertó y rápidamente saltó sobre el lomo del ciervo, y ¡otra vez ya estaban en el bosque!

Nunca más el Señor del Bosque dejó a su mujer ir a casa de sus padres, pero permitió que su familia le visitara cada año, el día de San Juan.

Y así lo han hecho, desde entonces…



La Cenicienta

Hermanos Grimm

Erase una mujer, casada con un hombre muy rico, que enfermó y, presintiendo su próximo fin, llamó a su única hijita y le dijo:

–Hija mía, sigue siendo siempre buena y piadosa, y el buen Dios no te abandonará. Yo velaré por ti desde el cielo, y me tendrás siempre a tu lado.

Y cerrando los ojos, murió. La muchachita iba todos los días a la tumba de su madre a llorar, y siguió siendo buena y piadosa. Al llegar el invierno, la nieve cubrió de un blanco manto la sepultura, y cuando el sol de primavera la hubo derretido, el padre de la niña contrajo nuevo matrimonio.

La segunda mujer llevó a casa dos hijas, de rostro bello y blanca tez, pero negras y malvadas de corazón. Vinieron entonces días muy duros para la pobrecita huérfana.

–¿Esta estúpida tiene que estar en la sala con nosotras? –decían las recién llegadas–. Si quiere comer pan, que se lo gane. ¡Fuera, a la cocina!. Quitáronle sus hermosos vestidos, pusiéronle una blusa vieja y le dieron un par de zuecos para calzado.

Y burlándose de ella, la llevaron a la cocina. Allí tenía que pasar el día entero ocupada en duros trabajos. Se

levantaba de madrugada, iba por agua, encendía el fuego, preparaba la comida, lavaba la ropa... Y por añadidura, sus hermanastras la sometían a todos las mortificaciones imaginables; se mofaban de ella, le esparcían, entre la ceniza, los guisantes y las lentejas para que tuviera que pasarse horas recogiéndolas. A la noche, rendida como estaba de tanto trabajar, en vez de acostarse en una cama tenía que hacerlo en las cenizas del hogar. Y como por este motivo iba siempre polvorienta y sucia, la llamaban "Cenicienta".

Un día en que el padre se disponía a ir a la feria, preguntó a sus dos hijastras qué deseaban que les trajese.

-Hermosos vestidos -respondió una de ellas.

-Perlas y piedras preciosas -dijo la otra.

-¿Y tú, Cenicienta -preguntó-, qué quieres?

-Padre, cortad la primera ramita que os toque el sombrero cuando regreséis, y traédmela.

Compró el hombre para sus hijastras magníficos vestidos, perlas y piedras preciosas; de vuelta, al atravesar un bosquecillo, un brote de avellano le hizo caer el sombrero, y él lo cortó y se lo llevó consigo. Llegado a casa, dio a sus hijastras lo que habían pedido y a Cenicienta el brote de avellano. La muchacha le dio las gracias, y se fue con la rama a la tumba de su madre; allí la plantó, regándola con sus lágrimas, y el brote creció, convirtiéndose en un hermoso árbol. Cenicienta iba allí tres veces al día, a llorar y rezar, y siempre encontraba un pajarillo blanco posado en una rama; un pajarillo que, cuando la niña le pedía algo, se lo echaba desde arriba.

Sucedió que el Rey organizó unas fiestas, que debían durar tres días y a las que fueron invitadas todas las doncellas bonitas del país, para que el príncipe heredero eligiese entre ellas una esposa. Al enterarse las dos hermanastras

que también ellas figuraban en la lista, pusiéronse muy contentas. Llamaron a Cenicienta. y le dijeron:

-Péinanos, cepíllanos bien los zapatos y abróchanos las hebillas; vamos a la fiesta de palacio.

Cenicienta obedeció, llorando, pues también ella hubiera querido ir al baile; y rogó a su madrastra que se lo permitiese.

-¿Tú, la Cenicienta, cubierta de polvo y porquería, pretendes ir a la fiesta? No tienes vestido ni zapatos, ¿y quieres bailar?

Pero al insistir la muchacha en sus súplicas, la mujer le dijo, finalmente:

-Te he echado un plato de lentejas en la ceniza; si las recoges en dos horas, te dejaré ir.

La muchachita, saliendo por la puerta trasera, se fue al jardín y exclamó :

-Palomitas mansas, tortolillas y avecillas todas del cielo, venid a ayudarme a recoger lentejas:

Las buenas, en el pucherito;
las malas, en el buchecito.

Y acudieron a la ventana de la cocina dos palomitas blancas, luego las tortolillas y, finalmente, comparecieron, bulliciosas y presurosas, todas las avecillas del cielo y se posaron en la ceniza. Y las palomitas, bajando las cabecitas, empezaron: pic, pic, pic, pic; y luego todas las demás las imitaron: pic, pic, pic, pic, y en un santiamén todos los granos buenos estuvieron en la fuente.

No había transcurrido ni una hora cuando, terminado el trabajo, echaron a volar y desaparecieron. La muchacha llevó la fuente a su madrastra, contenta porque creía que le permitirían ir a la fiesta; pero la vieja le dijo:

–No, Cenicienta, no tienes vestidos y no puedes bailar. Todos se burlarían de ti. –Y como la pobre rompiera a llorar– : Si en una hora eres capaz de limpiar dos fuentes llenas de lentejas que echaré en la ceniza, te permitiré que vayas.

Y pensaba: "Jamás podrá hacerlo". Pero cuando las lentejas estuvieron en la ceniza, la doncella salió al jardín por la puerta trasera y gritó:

–Palomitas mansas, tortolillas y avecillas todas del cielo, venid a ayudarme a limpiar lentejas:

Las buenas, en el pucherito;
las malas, en el buchecito.

Y en seguida acudieron a la ventana de la cocina dos palomitas blancas y luego las tortolillas, y finalmente, comparecieron bulliciosas y presurosas todas las avecillas del cielo y se posaron en la ceniza. Y las palomitas, bajando las cabecitas, empezaron: pic, pic, pic, pic; y luego todas las demás las imitaron: pic, pic, pic, pic, echando todos los granos buenos en las fuentes. No había transcurrido aún media hora cuando, terminada ya su tarea, emprendieron todas el vuelo. La muchacha llevó las fuentes a su madrastra, pensando que aquella vez le permitiría ir a la fiesta. Pero la mujer le dijo:

–Todo es inútil; no vendrás, pues no tienes vestidos ni sabes bailar. Serías nuestra vergüenza.

Y, volviéndole la espalda, partió apresuradamente con sus dos orgullosas hijas.

No habiendo ya nadie en casa, Cenicienta se encaminó a la tumba de su madre, bajo el avellano, y suplicó:

¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas,
y échame oro y plata y más cosas!

Y he aquí que el pájaro le echó un vestido bordado en plata y oro, y unas zapatillas con adornos de seda y plata. Se vistió a toda prisa y corrió a palacio, donde su madrastra y hermanastras no la reconocieron y, al verla tan ricamente ataviada, la tomaron por una princesa extranjera. Ni por un momento se les ocurrió pensar en Cenicienta, a quien creían en su cocina, sucia y buscando lentejas en la ceniza. El príncipe salió a recibirla, y tomándola de la mano, bailó con ella. Y es el caso que no quiso bailar con ninguna otra ni la soltó de la mano, y cada vez que se acercaba otra muchacha a invitarlo, se negaba diciendo: "Esta es mi pareja".

Al anochecer, Cenicienta quiso volver a su casa, y el príncipe le dijo:

–Te acompañaré –deseoso de saber de dónde era la bella muchacha. Pero ella se escapó y se encaramó de un salto al palomar. El príncipe aguardó a que llegase su padre, y le dijo que la doncella forastera se había escondido en el palomar. Entonces pensó el viejo: "¿Será la Cenicienta?", y, pidiendo que le trajesen un hacha, se puso a derribar el palomar. Pero en su interior no había nadie. Y cuando todos llegaron a casa, encontraron a Cenicienta entre la ceniza, cubierta con sus sucias ropas, mientras un candil de aceite ardía en la chimenea; pues la muchacha se había dado buena maña en saltar por detrás del palomar y correr hasta el avellano; allí se quitó sus hermosos vestidos, y los depositó sobre la tumba, donde el pajarillo se encargó de recogerlos. Enseguida se volvió a la cocina, vestida con su sucia batita.

Al día siguiente, a la hora de volver a empezar la fiesta, cuando los padres y las hermanastras se hubieron marchado, la muchacha se dirigió al avellano y le dijo:

¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas,
y échame oro y plata y más cosas!.

El pajarillo le envió un vestido mucho más espléndido aún que el de la víspera; y al presentarse ella en palacio tan magníficamente ataviada, todos los presentes se pasmaron ante su belleza. El hijo del Rey, que la había estado aguardando, la tomó inmediatamente de la mano y sólo bailó con ella. A las demás que fueron a solicitarlo, les respondía: "Esta es mi pareja".

Al anochecer, cuando la muchacha quiso retirarse, el príncipe la siguió, empeñado en ver a qué casa se dirigía; pero ella desapareció de un brinco en el jardín de detrás de la suya. Crecía en él un grande y hermoso peral, del que colgaban peras magníficas. Subióse ella a la copa con la ligereza de una ardilla, saltando entre las ramas, y el príncipe la perdió de vista. El joven aguardó la llegada del padre, y le dijo:

–La joven forastera se ha escapado; creo que se subió al peral.

Pensó el padre: "¿Será la Cenicienta?", y, cogiendo un hacha derribó el árbol, pero nadie apareció en la copa. Y cuando entraron en la cocina, allí estaba Cenicienta entre las cenizas, como tenía por costumbre, pues había saltado al suelo por el lado opuesto del árbol. y, después de devolver los hermosos vestidos al pájaro del avellano, volvió a ponerse su batita gris.

El tercer día, en cuanto se hubieron marchado los demás, volvió Cenicienta a la tumba de su madre y le suplicó al arbolillo

¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas,
y échame oro y plata y más cosas!.

Y el pájaro le echó un vestido soberbio y brillante como jamás se viera otro en el mundo, con unos zapatitos de oro

puro. Cuando se presentó a la fiesta, todos los concurrentes se quedaron boquiabiertos de admiración. El hijo del Rey bailó exclusivamente con ella, y a todas las que iban a solicitarlo les respondía: "Esta es mi pareja".

Al anochecer se despidió Cenicienta. El hijo del Rey quiso acompañarla; pero ella se escapó con tanta rapidez, que su admirador no pudo darle alcance.

Pero esta vez recurrió a un ardid: mandó embadurnar con pez las escaleras de palacio, por lo cual, al saltar la muchacha los peldaños, quedósele la zapatilla izquierda adherida a uno de ellos. Recogióla el príncipe, y observó que era diminuta, graciosa, y toda ella de oro.

A la mañana siguiente presentóse en casa del hombre y le dijo:

—Mi esposa será aquella cuyo pie se ajuste a este zapato.

Las dos hermanastras se alegraron, pues ambas tenían los pies muy lindos. La mayor fue a su cuarto para probarse la zapatilla, acompañada de su madre. Pero no había modo de introducir el dedo gordo; y al ver que la zapatilla era demasiado pequeña, la madre, alargándole un cuchillo, le dijo:

–¡Córtate el dedo! Cuando seas reina, no tendrás necesidad de andar a pie.

Hízolo así la muchacha; forzó el pie en el zapato y, reprimiendo el dolor, presentóse al príncipe. Él la hizo montar en su caballo y se marchó con ella. Pero hubieron de pasar por delante de la tumba, y dos palomitas que estaban posadas en el avellano gritaron:

Ruke di guk, ruke di guk;
sangre hay en el zapato.
El zapato no le va,
La novia verdadera en casa está.

Miróle el príncipe el pie y vio que de él fluía sangre. Hizo dar media vuelta al caballo y devolvió la muchacha a su madre, diciendo que no era aquella la que buscaba, y que la otra hermana tenía que probarse el zapato. Subió ésta a su habitación y, aunque los dedos le entraron holgadamente, en cambio no había manera de meter el talón. Le dijo la madre, alargándole un cuchillo:

–Córtate un pedazo del talón. Cuando seas reina no tendrás necesidad de andar a pie.

Cortóse la muchacha un trozo del talón, metió a la fuerza el pie en el zapato y, reprimiendo el dolor, presentóse al hijo del Rey. Montóla éste en su caballo y se marchó con ella. Pero al pasar por delante del avellano, las dos palomitas posadas en una de sus ramas gritaron:

Ruke di guk, ruke di guk;
sangre hay en el zapato.
El zapato no le va,
La novia verdadera en casa ,está.

Miró el príncipe el pie de la muchacha y vio que la sangre manaba del zapato y había enrojecido la blanca media. Volvió grupas y llevó a su casa a la falsa novia.

–Tampoco es ésta la verdadera –dijo–. ¿No tenéis otra hija?

–No –respondió el hombre–, sólo de mi esposa difunta queda una Cenicienta pringosa; pero es imposible que sea la novia.

Mandó el príncipe que la llamasen; pero la madrastra dijo:

–¡Oh, no! ¡Está muy sucia! No me atrevo a presentarla.

Pero como el hijo del Rey insistiera, no hubo más remedio que llamar a Cenicienta. Lavóse ella primero las manos

y la cara y, entrando en la habitación, saludó al príncipe con una reverencia, y él tendió el zapato de oro. Sentóse la muchacha en un escabel, se quitó el pesado zueco y se calzó la chinela: le venía como pintada. Y cuando, al levantarse, el príncipe le miró el rostro, reconoció en el acto a la hermosa doncella que había bailado con él, y exclamó :

–¡Esta sí que es mi verdadera novia!

La madrastra y sus dos hijas palidecieron de rabia ; pero el príncipe ayudó a Cenicienta a montar a caballo y marchó con ella. Y al pasar por delante del avellano, gritaron las dos palomitas blancas:

Ruke di guk, ruke di guk;
no tiene sangre el zapato.
Y pequeño no le está ;
Es la novia verdadera con la que va.

Y dicho esto, bajaron volando las dos palomitas y se posaron una en cada hombro de Cenicienta.

AI llegar el día de la boda, presentáronse las traidoras hermanas, muy zalameras, deseosas de congraciarse con Cenicienta y participar de su dicha. Pero al encaminarse el cortejo a la iglesia, yendo la mayor a la derecha de la novia y la menor a su izquierda, las palomas, de sendos picotazos, les sacaron un ojo a cada una. Luego, al salir, yendo la mayor a la izquierda y la menor a la derecha, las mismas aves les sacaron el otro ojo. Y de este modo quedaron castigadas por su maldad, condenadas a la ceguera para todos los días de su vida.

El Caballito Blanco

En una pequeña casa vivía un campesino con su mujer y con su único hijo, que se llamaba Juan. Llegó el día en que el padre le dijo:

-Es tiempo que nuestro Juan conozca el mundo y encuentre un maestro que le enseñe algo importante.

A Juan le gustó la idea. Conocer el mundo era también su deseo y entró de prisa a la casa, con su madre, para preparar su bolso de viaje. El padre le regaló una pieza de oro.

-Cuídala, te ayudará si alguna vez te encuentras en un apremio.

Así, Juan partió. Al mediodía se sentó a la sombra de un árbol para comer su merienda. En eso, salió del bosque un anciano que le dijo:

-Veo que eres joven, fuerte y valiente, todas la condiciones para poder redimir a la bella hija del rey. El gran hechicero la tiene prisionera en su castillo.

-Ya lo creo que me gustaría salvarla -dijo Juan- pero no sé dónde encontrar el castillo del hechicero.

-Solamente el caballito blanco conoce el camino y puede llevarte -dijo el anciano- él entra al bosque justo por aquí, donde está el viejo roble. Si lo llamas por su nombre se detendrá y podrás subirte a su lomo. El caballito te llevará a través del bosque encantado. Debes sostenerte de sus crines y hacer todo lo que él te diga sin pronunciar palabra alguna.

Al instante de terminar de decir esto, el anciano desapareció en el bosque.

–¡Ah! –pensó Juan– que venga el caballito, y ya me encargaré de apresarlo ¿Para qué quiero saber su nombre? Yo puedo correr muy velozmente.

Juan se ocultó detrás del roble. Llegó el caballito, Juan se acercó de un salto, pero el caballito se alejó como el viento.

–Es más difícil de lo que suponía –dijo Juan– tengo que descubrir su nombre ¿Qué nombre tendrá este caballito?

Y se sentó a pensar. "¿Se llamará Caballo Blanco? No, ese no debe ser su nombre. ¿Se llamará Rápido Como El Viento? No, ese no es su nombre... ¡Ay! ¿Cómo se llamará?" En eso sintió en su bolsillo la pieza de oro que su padre le había regalado.

–Oro, oro, oro, –dijo en voz baja, y entonces su mirada cayó sobre la luminosa estrella que justamente había aparecido en el cielo.

–Oro, oro... Estrella de Oro, –dijo, como en sueños– ese es el nombre.

Cuando el silencio de la noche envolvió la Tierra, Juan se acostó y se durmió. Cuando despertó, el sol ya se encontraba en el cielo. Trepó al roble. Su corazón daba saltitos de alegría, cuando el caballito se aproximó trotando alegremente. Juan se quedó quietito, hasta que el caballito estuvo muy cerca del roble. Luego exclamó:

–¡Estrella de Oro! –el caballito no dio un paso más, y apenas Juan se hubo subido a su lomo, entró trotando al bosque encantado.

Pronto la oscuridad los envolvió y se escuchó el murmullo de las hojas.

–No tengas miedo, –dijo el caballito– no digas nada y no te des vuelta, pase lo que pase.

Juan hizo caso al caballito. Y como el ruido era cada vez más fuerte, llegando a convertirse en un rugido, Juan ocultó su cabeza entre las crines del caballo, que trotaba con paso sereno. De pronto estuvieron frente al castillo del hechicero.

–¡Ahá! –exclamó el hechicero, fingiendo amabilidad– Has venido en busca de la princesa. Ven, entra al castillo, come y bebe. También tengo una buena cama para ti.

Pero el caballito, en voz baja, dijo a Juan:

–No lo hagas, no lo hagas, quédate aquí conmigo en el bosque.

La negativa de Juan enojó muchísimo al hechicero, quien ahora gritó:

–¡Conque esas tenemos! Mañana te haré una pregunta, y si adivinas la respuesta, la princesa será tuya.

El caballito le dijo a Juan:

–Ahora duerme. La mañana es más inteligente que la noche. Yo te despertaré a su debido tiempo.

A la hora de la salida del sol, el caballito lo llamó:

–Levántate, Juan.

Enseguida vino el hechicero, y le dijo:

–Esta es la primera adivinanza:

Muchos animales lo llevan en el lomo, el hombre lo lleva sobre la cabeza, y por la mañana, la madre, con eso, le hace una trenza a su niña. ¿Qué es?

Juan: ayudadme niños, pero en voz muy baja para que el hechicero no lo escuche.

Cuando volvió el hechicero, Juan dijo alegremente:

–¡El pelo!

–Demasiado fácil –dijo el hechicero, sacudiendo su cabeza. Ahora sí te daré una adivinanza mucho más difícil:

Segunda adivinanza:

Por la noche nos metemos dentro, por la mañana salimos y, en su casa, Madre Nieve lo sacude por la ventana. ¿Qué es?

Juan: queridos niños, ayúdenme...

-Señor hechicero, son los plumones.

-Abrakadabra, sigue siendo muy fácil. Pero ya lo sé, esto no lo podrás adivinar jamás:

Tercera adivinanza:

Dos animales hay, ambos con pelo gris; grande uno, chico el otro, y cuando el grande está sentado frente al hoyo, el chiquito no se atreve a salir. ¿Qué es?

Juan: queridos niños ¿alguno de ustedes lo sabe?

-Señor hechicero, son el gato y el ratón.

El hechicero se puso rojo como un tomate por la ira, y exclamó:

-¡Te crees que ya lo tienes! ¡Pero mañana tendrás que pasar por otra prueba más!

Entonces el caballito, dirigiéndose a Juan le dijo:

-Ahora va en serio. Duerme tranquilo.

Y por la mañana, como el día anterior:

-Despierta, Juan -y éste de inmediato se levantó.

Al rato llegó el hechicero.

-Y bien, astuto Juan, presta atención. Te mostraré a mis queridas hijas, y tú me dirás cuál de ellas es la princesa -Levantó una piedra y aparecieron cinco ranas.

-¿Cuál es la que te gusta más? Elige tu princesa -preguntó, mientras giraba como un torbellino.

El caballito se acercó a Juan y le susurró algo al oído.

-Señor hechicero, no es otra que la de ojitos de oro -dijo Juan.

Lentamente, el hechicero murmuró:

-Kata ra braba prada ra kabra... Pero aún no es tuya.

Seguidamente abrió una puerta, y de allí salieron volando palomas blancas como la nieve.

-Elige a la princesa y será tuya.

El caballito volvió a susurrar algo en el oído de Juan, y este contestó:

-Señor hechicero, es la que vuela más alto.

-Te daré una última oportunidad -dijo entonces el hechicero. Ven conmigo al castillo. Llevó a Juan frente a un cuadro donde se veían tres doncellas, todas ellas muy hermosas, y preguntó:

-¿Cuál de ellas es la princesa? Elige bien y es tuya. ¡Pero mañana tendrás que pasar por otra prueba más!

Juan miró, pensó, pero no pudo descubrirlo. Con tristeza miró al caballito. Este, empero, estaba alegre.

-¿Es la de la derecha, es la de la izquierda, es la del medio?

El hechicero se acercó, entonces Juan, girando rápidamente, fue al encuentro del mismo.

-Y bien, Juan, ¿has encontrado a la princesa?

Entonces Juan se aproximó a la doncella que estaba en el medio y dijo:

-¡Esta es!

Hubo entonces un estampido, como un trueno... y el castillo del hechicero desapareció.

Delante del portal dorado estaba la bellísima princesa. Juan la alzó, la puso sobre el caballito, y emprendieron juntos el camino de regreso al hogar de su padre y su madre.

Tararear una canción

Cuando llegaron al pueblo, toda la gente vino a su encuentro exclamando:

Bailemos, brinquemos,
cantemos una canción.
Juan lo ha logrado,
a la princesa ha salvado.



El Ratoncito que Perdió la Colita

Había una vez un ratoncito que vivía en una pequeña cuevita, dentro de una gran cocina. Un día el ratoncito no vio al gato, pero el gato sí vio al ratoncito, y le sacó la colita.

–¡Devolveme mi colita! –dijo el ratoncito.

–Te la daré cuando tú me traigas leche de la vaca blanquinegra.

El ratoncito corrió y corrió y llegó donde estaba la vaca blanquinegra.

–Por favor, señora vaca, ¿me podrías dar leche, así se la llevo al gatito y el gatito me devuelve mi colita?

–Hmm –dijo la vaca– yo te la daré cuando tú me traigas pasto del que tiene el granjero.

El ratoncito corrió y corrió y llegó a la casa del granjero.

–Por favor, señor granjero, ¿me podrías dar pasto para que yo le lleve a la vaca, así la vaca me da leche para llevarle al gatito y entonces el gatito me devuelve mi colita?

–Yo te daré –dijo el granjero– cuando tú me traigas un buen pan del panadero.

El ratoncito corrió y corrió y llegó a casa del panadero.

–Por favor, señor panadero, ¿me podrías dar pan para que yo le lleve al granjero, así él me da pasto para que yo

le lleve a la vaca, así la vaca me da leche para llevarle al gatito y entonces el gatito me devuelve mi colita?

-Yo te daré -dijo el panadero- cuando tú me traigas un buen trozo de carne del carnicero.

El ratoncito corrió y corrió, y corrió y corrió y corrió, y por fin llegó a la casita del carnicero.

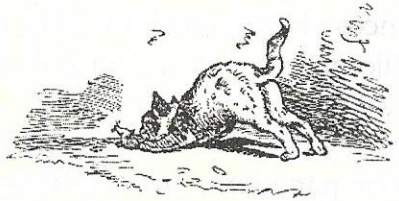
-Por favor, señor carnicero, ¿podrías darme un buen trozo de carne para que yo le lleve al panadero, así él me da pan para que yo le lleve al granjero, así él me da pasto para que yo le lleve a la vaca, así la vaca me da leche para llevarle al gatito y entonces el gatito me devuelve mi colita?

El ratoncito, cansado, casi estaba por llorar, cuando el carnicero dijo:

-¡Sí! -y le dio un buen trozo de carne.

Entonces el ratoncito, contento, corrió y corrió. Llegó a la casa del panadero y éste le dio un buen pan. Corrió y corrió y llegó a la casa del granjero, que le dio un fardo de pasto. Corrió y corrió y lo llevó a la vaca, que Mmm, Mmm, se lo comió y dejó que el ratoncito se llevara la leche. Corrió y corrió y le dio la leche al gatito, que slurp, slurp, se la tomó y le devolvió la colita.

Y una araña chiquitita chiquitita, que era muy amiga del ratoncito, tejió y tejió y tejió toda una noche, hizo una tira larga y fuerte, ató la cola del ratoncito y nunca más la perdió.



La Zanahoria

Un día, un abuelo plantó una zanahoria y le dijo:

-Crece, zanahoria mía, crece y hazte dulce.

¡Crece, zanahoria, crece y hazte fuerte!

Entonces, la zanahoria creció, se hizo dulce, fuerte y grande; muy grande.

Otro día, el abuelo fue a donde estaba la zanahoria y quiso arrancarla. Y tiró y tiró, pero la zanahoria no se movió. Se quedó firme. Entonces:

El abuelo llamó a la abuela.
La abuela agarró al abuelo.
El abuelo agarró la zanahoria.
Y tiraron y tiraron, pero la zanahoria no se movió

Entonces:

La abuela llamó al nietecito.
El nietecito agarró a la abuela.
La abuela agarró al abuelo.
El abuelo agarró la zanahoria.
Y tiraron y tiraron, pero la zanahoria no se movió.
Se quedó firme.

Entonces:

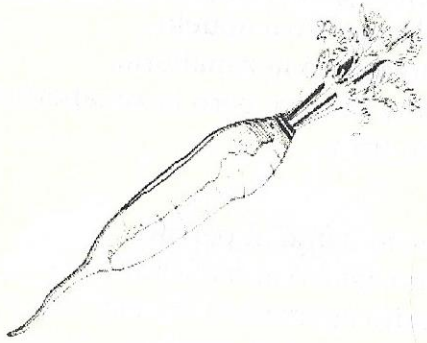
El nietecito llamó al perrito.
El perrito agarró al nietecito.
El nietecito agarró a la abuela.
La abuela agarró al abuelo.

El abuelo agarró la zanahoria.
Y tiraron y tiraron, pero la zanahoria no se movió.
Se quedó firme.
Entonces:

El perrito llamó al gatito.
El gatito agarró al perrito.
El perrito agarró al nietecito.
El nietecito agarró a la abuela.
La abuela agarró al abuelo.
El abuelo agarró la zanahoria.
Y tiraron y tiraron, pero la zanahoria no se movió.
Se quedó firme.
Entonces:

El gatito llamó al ratoncito.
El ratoncito agarró al gatito.
El gatito agarró al perrito.
El perrito agarró al nietecito.
El nietecito agarró a la abuela.
La abuela agarró al abuelo.
El abuelo agarró la zanahoria.

Y tiraron y tiraron, y ¡cataplún!, por fin la zanahoria salió.



Los Tres Cabritillos

Cuento noruego

Eranse una vez tres cabritillos. Eran hermanos y les llamaban los tres cabritillos traviesos. Un día decidieron subir al monte a comer hierba fresca y verde.

Para llegar hasta la cima del monte, tenían que cruzar un pequeño puente de piedra, sobre un revoltoso riachuelo. Debajo de este puente vivía un ogro enorme y feo, con ojos tan grandes como cazuelas y una nariz tan larga como un bastón.

El primero que empezó a cruzar el puente fue el más joven de los cabritillos: "Tripi, tripi, tripi, trip..." resonaban sus pezuñas.

–¿Quién anda ahí? ¿Quién está cruzando por encima de mi puente? –preguntó el ogro.

–Soy yo, el más pequeño de los cabritillos –dijo con su débil voz–. Voy al monte a comer hierba fresca y verde.

–Pues yo soy el ogro glotón y te voy a comer para cenar –respondió el otro.

–¡Oh, no! No me comas –dijo el pequeño–. Soy demasiado joven. Detrás de mí viene mi hermano. El es más grande que yo.

–Está bien, puedes irte –dijo el ogro.

"Tripi, tripi, tripi, trip..." y el primer cabritillo se fue.

Al poco tiempo, el segundo cabritillo llegó al puente.

"Trapa, trapa, trapa, trap..." resonaban sus pezuñas.

-¿Quién anda ahí? ¿Quién está cruzando por encima de mi puente? -gruñó el ogro.

-Soy yo, el mediano de los cabritillos -dijo con su templada voz-. Voy al monte a comer hierba fresca y verde.

-Pues yo soy el ogro glotón y te voy a comer para cenar -respondió el ogro.

-¡Oh, no! No me comas. Detrás de mí viene mi hermano. El es más grande que yo.

-Está bien, puedes irte -dijo el ogro.

"Trapa, trapa, trapa, trap..." y el segundo cabritillo se fue.

Al poco tiempo llegó el tercero de los cabritillos.

"Tropo, tropo, tropo, trop..." resonaban sus pezuñas.

-¿Quién anda ahí? ¿Quién está cruzando por encima de mi puente? -gruñó el ogro.

-Soy yo, el más grande se los cabritillos -dijo con su potente voz-. Voy al monte a comer hierba fresca y verde.

-Pues yo soy el ogro glotón y te voy a comer para cenar -dijo el ogro.

-¡ATREVETE! -contestó el cabritillo-. Tengo dos cuernos fuertes como lanzas, y con mis cuatro pezuñas podría hacerte polvo los huesos. -Y diciendo esto, se abalanzó contra el ogro y éste cayó rodando, rodando, rodando hasta el pie de la montaña.

Y los tres cabritillos, "Tripi, tripi, tripi, trip, trapa, trapa, trapa, trap, tropo, tropo, tropo, trop", subieron al monte a comer hierba fresca y verde, y tanta comieron, que a duras penas pudieron volver caminando a casa.

Madre Nieve

("Frau Holle")

Hermanos Grimm

Cierta viuda tenía dos hijas, una de ellas hermosa y diligente; la otra fea y perezosa. Sin embargo, quería mucho más a esta segunda porque era verdadera hija suya, y cargaba a la otra todas las faenas del hogar, haciendo de ella la cenicienta de la casa. La pobre muchacha tenía que sentarse todos los días junto a un pozo al borde de la carretera, y estarse hilando hasta que le sangraban los dedos. Tan manchado de sangre se le puso un día el huso, que la muchacha quiso lavarlo en el pozo, y he aquí que se le escapó de la mano y se le cayó al fondo. Llorando, se fue a contar lo ocurrido a su madrastra y ésta, que era muy dura de corazón, la riñó ásperamente y le dijo:

-¡Puesto que has dejado caer el huso al pozo, irás a sacarlo!

Volvió la muchacha al pozo sin saber qué hacer y, en su angustia, se arrojó al agua en busca del huso. Perdió el sentido, y al despertarse y volver en sí, encontróse en un bellísimo prado bañado de sol y cubierto de millares de floreci-llas. Caminando por él, llegó a un horno lleno de pan, el cual le gritó:

–¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí, que me quemo! Ya estoy bastante cocido.

Acercóse ella y, con la pala, fue sacando las hogazas. Prosiguiendo su camino, vio un manzano cargado de manzanas, que le gritó, a su vez:

–¡Sacúdeme, sacúdeme! Todas las manzanas estamos ya maduras.

Sacudiendo ella el árbol, comenzó a caer una lluvia de manzanas hasta no quedar ninguna, y después que las hubo reunido en un montón, siguió adelante. Finalmente llegó a una casita, a una de cuyas ventanas estaba asomada una vieja, pero como tenía los dientes muy grandes, la niña echó a correr, asustada. La vieja la llamó:

–¿De qué tienes miedo, hijita? Quédate conmigo. Si quieres cuidar de mi casa, lo pasarás muy bien. Sólo tienes que poner cuidado en sacudir bien mi cama para que vuelen las plumas, pues entonces nieva en la Tierra. Yo soy la Madre Nieve (*).

Al oír a la vieja hablarle en tono tan cariñoso, la muchacha cobró ánimos, y aceptando el ofrecimiento, entró a su servicio. Hacía todas las cosas a plena satisfacción de su ama, sacudiéndole vigorosamente la cama, de modo que las plumas volaban cual copos de nieve. En recompensa disfrutaba de buena vida, no tenía que escuchar ni una palabra dura y todos los días comía cocido y asado.

Cuando ya llevaba una temporada en casa de Madre Nieve, entróle una extraña tristeza que ni ella misma sabía explicarse, hasta que al fin, se dio cuenta de que era nostalgia de su tierra. Aunque estuviera allí mil veces mejor que en su casa, añoraba a los suyos, y así, un día dijo a su ama:

(*) En alemán: *Frau Holle*. Por eso dicen en Alemania, cuando nieva, que Frau Holle se hace la cama.

–Siento nostalgia de casa, y aunque estoy muy bien aquí, no me siento con fuerzas para continuar; tengo que volverme a los míos. Respondió Madre Nieve:

–Me place que sientas deseos de regresar a tu casa, y, puesto que me has servido tan fielmente, yo misma te acompañaré.

Y tomándola de la mano, la condujo hasta un gran portal. El portal estaba abierto, y en el momento de traspasarlo la muchacha, cayóle encima una copiosísima lluvia de oro; y el oro se le quedó adherido a los vestidos, por lo que todo su cuerpo estaba cubierto del precioso metal.

–Esto es para ti, en premio de la diligencia con que me has servido –díjole Madre Nieve, al tiempo que le devolvía el huso que se le había caído al pozo. Cerróse entonces el portal, y la doncella se encontró de nuevo en el mundo, no lejos de la casa de su madre. Y cuando llegó al patio el gallo, que estaba encaramado en el pretil del pozo, gritó:

¡Quiquiriquí,
nuestra doncella de oro
vuelve a estar aquí!.

Entró la muchacha, y tanto su madrastra como la hija de ésta la recibieron muy bien al ver que venía cubierta de oro.

Contóles la muchacha todo lo que le había ocurrido, y al enterarse la madrastra de cómo había adquirido tanta riqueza, quiso procurar la misma fortuna a su hija, la fea y perezosa. Mandóla pues, a hilar junto al pozo, y para que el huso se manchase de sangre, la hizo que se pinchase en un dedo y pusiera la mano en un espino; luego arrojó el huso al pozo, y a continuación saltó ella, llegó, como su hermanastra, al delicioso prado y echó a andar por el mismo sendero. Al pasar junto al horno, volvió el pan a exclamar:

–¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí, que me quemo! Ya estoy bastante cocido.

Pero le replicó la holgazana: –¿Crees que tengo ganas de ensuciarme? y pasó de largo.

No tardó en encontrar el manzano, el cual le gritó:

–¡Sacúdeme, sacúdeme! Todas las manzanas estamos ya maduras.

Replicóle ella: –¡Me guardaré muy bien! ¿Y si me cayese una en la cabeza? –y siguió adelante.

Al llegar frente a la casa de Madre Nieve, no se asustó de sus dientes porque ya tenía noticia de ellos, y se quedó a su servicio. El primer día se dominó y trabajó con aplicación, obedeciendo puntualmente a su ama, pues pensaba en el oro que iba a regalarle. Pero al segundo día empezó ya a haraganear; el tercero se hizo la remolona al levantarse por la mañana, y así, cada día peor. Tampoco hacía la cama según las indicaciones de Madre Nieve, ni la sacudía de manera que volasen las plumas.

Al fin, la señora se cansó y la despidió con gran satisfacción de la holgazana, pues creía llegada la hora de la lluvia de oro. Madre Nieve la condujo también al portal; pero en vez de oro vertieron sobre ella un gran caldero de pez.

–Esto es el pago de tus servicios –le dijo su ama, cerrando el portal.

Y así se presentó la perezosa en su casa, con el cuerpo cubierto de pez, y el gallo del pozo al verla, se puso a gritar:

Quiquiriquí.
nuestra sucia doncella
vuelve a estar aquí".

La pez le quedó adherida, y en todo el resto de su vida no se la pudo quitar del cuerpo.

Los Músicos de Bremen

Hermanos Grimm

Tenía un hombre un asno que durante largos años había transportado incansablemente los sacos al molino; pero al cabo vinieron a faltarle las fuerzas, y cada día se iba haciendo más inútil para el trabajo. El amo pensó en deshacerse de él; pero el burro, dándose cuenta de que soplaban malos vientos, escapó y tomó el camino de la ciudad de Brema, pensando que tal vez podría encontrar trabajo como músico municipal. Después de andar un buen trecho, se encontró con un perro cazador que, echado en el camino, jadeaba, al parecer cansado de una larga carrera.

–Pareces muy fatigado, amigo –le dijo el asno.

–¡Ay! –exclamó el perro–, como ya soy viejo y estoy más débil cada día que pasa y ya no sirvo para cazar, mi amo quiso matarme, y yo he puesto tierra por medio. Pero, ¿cómo voy a ganarme el pan?

–¿Sabes qué? –dijo el asno–. Yo voy a Bremen, a ver si puedo encontrar trabajo como músico de la ciudad. Vente conmigo y entra también en la banda. Yo tocaré el laúd, y tú puedes tocar los timbales. Parecióle bien al can la proposición, y prosiguieron juntos la ruta. No había transcurrido mucho rato cuando encontraron un gato con cara de tres días sin pan:

-Y, pues, ¿qué contratiempo has sufrido, bigotazos? -preguntóle el asno.

-No está uno para poner cara de Pascua cuando le va la piel -respondió el gato-. Porque me hago viejo, se me embotan los dientes y me siento más a gusto al lado del fuego que corriendo tras los ratones, mi ama ha tratado de ahogarme. Cierto que he logrado escapar, pero mi situación es apurada: ¿adónde iré ahora?

-Vente a Bremen con nosotros. Eres un perito en música nocturna y podrás entrar también en la banda.

El gato estimó bueno el consejo y se agregó a los otros dos.

Más tarde llegaron los tres fugitivos a un cortijo donde, encaramado en lo alto del portal, un gallo gritaba con todos sus pulmones.

-Tu voz se nos mete en los sesos -dijo el asno-. ¿Qué te pasa?

-He estado profetizando buen tiempo -respondió el gallo-, porque es el día en que la Virgen María ha lavado la camiseta del Niño Jesús y quiere ponerla a secar. Pero como resulta que mañana es domingo y vienen invitados, mi ama, que no tiene compasión, ha mandado a la cocinera que me eche al puchero; y así, esta noche va a cortarme el cuello. Por eso grito ahora con toda la fuerza de mis pulmones, mientras me quedan aún algunas horas.

-¡Bah, cresta roja! -dijo el asno- . Mejor harás viniéndote con nosotros. Mira, nos vamos a Bremen; algo mejor que la muerte en cualquier parte lo encontrarás. Tienes buena voz, y si todos juntos armamos una banda, ya saldremos del apuro.

Al gallo le pareció interesante la oferta, y los cuatro emprendieron el camino de Bremen

Pero no pudieron llegar a la ciudad aquel mismo día, y al anochecer resolvieron pasar la noche en un bosque que encontraron. El asno y el perro se tendieron bajo un alto árbol; el gato y el gallo subiéronse a las ramas, aunque el gallo se encaramó de un vuelo hasta la cima, creyéndose allí más seguro. Antes de dormirse, echó una mirada a los cuatro vientos, y en la lejanía divisó una chispa de luz, por lo que gritó a sus compañeros que no muy lejos debía de haber una casa. Dijo entonces el asno:

-Mejor será que levantemos el campamento y vayamos a verlo, pues aquí estamos muy mal alojados.

Pensó el perro que unos huesos y un poquitín de carne no vendrían mal, y así se pusieron todos en camino en dirección de la luz; ésta iba aumentando en claridad a medida que se acercaban, hasta que llegaron a una guarida de ladrones, profusamente iluminada. El asno, que era el mayor, acercóse a la ventana, para echar un vistazo al interior.

-¿Qué ves, rucio? -preguntó el gallo.

-¿Qué veo? -replicó el asno-. Una mesa puesta con comida y bebida, y unos bandidos que se están dando el gran atracón.

-¡Tan bien como nos vendría a nosotros! -dijo el gallo.

-¡Y que lo digas! -añadió el asno-. ¡Quién pudiera estar allí!

Los animales deliberaron entonces acerca de la manera de expulsar a los bandoleros, y al fin, dieron con una solución. El asno se colocó con las patas delanteras sobre la ventana; el perro montó sobre la espalda del asno, el gato trepó sobre el perro, y finalmente, el gallo se subió de un vuelo sobre la cabeza del gato. Colocados ya en posición correcta, a una señal convenida prorrumpieron a la una en su horrísona música: el asno, rebuznando; el perro, ladrando; el gato,

maullando, y cantando el gallo. Y acto seguido se precipitaron por la ventana en el interior de la sala, con gran estrépito de cristales. Levantáronse de un salto los bandidos ante aquel estruendo, pensando que tal vez se trataría de algún fantasma, y, presa de espanto, tomaron las de Villadiego en dirección al bosque. Los cuatro socios se sentaron a la mesa y, con las sobras de sus antecesores, se hartaron como si los esperasen cuatro semanas de ayuno.

Cuando los cuatro músicos hubieron terminado el banquete, apagaron la luz y se buscaron cada uno una yacija apropiada a su naturaleza y gusto. El asno se echó sobre el estiércol; el perro, detrás de la puerta; el gato, sobre las cenizas calientes del hogar, y el gallo se posó en una viga; y como todos estaban rendidos de su larga caminata, no tardaron en dormirse.

A medianoche, observando desde lejos los ladrones que no había luz en la casa y que todo parecía tranquilo, dijo el capitán

–No debíamos habernos asustado tan fácilmente –y envió a uno de los de la cuadrilla a explorar el terreno.

El mensajero lo encontró todo quieto y silencioso, y entró en la cocina para encender luz. Tomando los brillantes ojos del gato por brasas encendidas, aplicó a ellos un fósforo, para que prendiese. Pero el gato no estaba para bromas y, saltándole al rostro, se puso a soplarle y arañarle. Asustado el hombre, echó a correr hacia la puerta trasera; pero el perro, que dormía allí, se levantó de un brinco y le hincó los dientes en la pierna; y cuando el bandolero, en su huída, atravesó la era por encima del estercolero, el asno le propinó una recia coz, mientras el gallo, despertado por todo aquel alboroto y, ya muy animado, gritaba desde su viga: "¡Kikirikí!".

El ladrón, corriendo como alma que lleva el diablo, llegó hasta donde estaba el capitán, y le dijo:

–¡Uf!, en la casa hay una horrible bruja que me ha soplado y arañado la cara con sus largas uñas. Y en la puerta hay un hombre armado de un cuchillo y me lo ha clavado en la pierna. En la era, un monstruo negro me ha aporreado con un enorme mazo, y en la cima del tejado, el juez venga gritar: "¡Traedme el bribón aquí!". Menos mal que pude escapar.

Los bandoleros ya no se atrevieron a volver a la casa, y los músicos de Bremen se encontraron en ella tan a gusto, que ya no la abandonaron. Y quien no quiera creerlo, que vaya a verlo.



Las Bodas del Tío Perico

Cuento español

Erase una vez el gallo Quirico que iba a la boda de su tío Perico. Aseado y bien vestido, iba tan pimpante el gallo Quirico, cuando se encontró una gran boñiga de buey cargadita de granos de trigo, y entonces se dijo:

–¿Pico o no pico? Si pico me mancharé el pico y no podré ir a la boda de mi tío Perico. Pero mucha hambre pasaré si no pico.

Después de darle muchas vueltas, el gallo Quirico picó. ¡Vaya si picó! ¡Como que todo el pico se le manchó!

Anda que te andarás, muy preocupado, pues no podía ir a la boda de su tío Perico, el gallo Quirico llegó hasta un prado. Allí vio una malva y le dijo:

–Malva, malvita, límpiame el pico que voy a la boda de mi tío Perico.

Y dijo la malva:

–No quiero.

El gallo Quirico siguió su camino y anda que te andarás, muy preocupado, se encontró con la oveja que estaba pastando.

–Oveja, ovejita, cómete a la malva que no quiso limpiarme el pico y voy a la boda de mi tío Perico.

Y dijo la oveja:

–No quiero.

El gallo Quirico no tuvo más remedio que seguir su camino y anda que te andarás, muy preocupado, se encontró con un lobo famélico y flaco.

–Lobo, lobito, cómete a la oveja que no quiso comerse a la malva, que no quiso limpiarme el pico y voy a la boda de mi tío Perico.

Y el lobo dijo:

–No quiero.

Y anda que te andarás, muy preocupado, se encontró con un perro guardando ganado.

–Perro, perrito, muerde al lobo que no quiso comerse a la oveja, que no quiso comerse a la malva, que no quiso limpiarme el pico y voy a la boda de mi tío Perico.

Y dijo el perro:

–No quiero.

El gallo Quirico siguió su camino y anda que te andarás, preocupado, se encontró con un palo en el suelo tirado.

–Palo, palito, pega al perro que no quiso morder al lobo, que no quiso comerse a la oveja, que no quiso comerse a la malva, que no quiso limpiarme el pico y voy a la boda de mi tío Perico.

Y dijo el palo:

–No quiero.

El gallo Quirico siguió su camino y anda que te andarás, muy preocupado, se encontró con el fuego en la hierba alumbrando.

–Fuego, fueguito, quema el palo, que no quiso pegar al perro, que no quiso morder al lobo, que no quiso comerse a la oveja, que no quiso comerse a la malva, que no quiso limpiarme el pico y voy a la boda de mi tío Perico.

Y dijo el fuego:

–No quiero.

El gallo Quirico siguió su camino y anda que te andarás, muy preocupado, se encontró con el río al pasar un vado.

–Río, riíto, apaga el fuego que no quiso quemar el palo, que no quiso pegar al perro, que no quiso morder al lobo, que no quiso comerse a la oveja, que no quiso comerse a la malva, que no quiso limpiarme el pico y voy a la boda de mi tío Perico.

Y dijo el río:

–No quiero.

El gallo Quirico siguió su camino y anda que te andarás, muy preocupado, se encontró con la vaca pastando en un prado.

–Vaca, vaquita, bébete el río, que no quiso apagar el fuego, que no quiso quemar el palo, que no quiso pegar al perro, que no quiso morder al lobo, que no quiso comerse a la oveja, que no quiso comerse a la malva, que no quiso limpiarme el pico y voy a la boda de mi tío Perico.

Y dijo la vaca:

–No quiero.

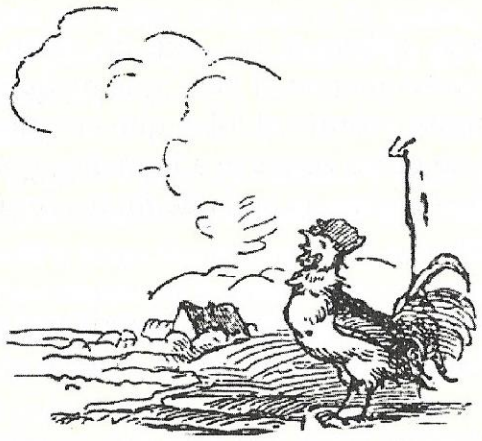
El gallo Quirico siguió su camino y anda que te andarás, muy preocupado, se encontró con el caballo en la hierba acostado.

–Caballo, caballito, cocea a la vaca que no quiso beberse el río, que no quiso apagar el fuego, que no quiso quemar el palo, que no quiso pegar al perro, no quiso morder al lobo, que no quiso comerse a la oveja, que no quiso comerse a la malva, que no quiso limpiarme el pico y voy a la boda de mi tío Perico.

Y dijo el caballo:

–Pero gallo Quirico, ¡límpiate el pico con la punta de mi rabico, y podrás ir a la boda de tu tío Perico!

Y el gallo Quirico invitó al caballo, y el caballo invitó a la vaca, y la vaca invitó al río, y el río invitó al fuego, y el fuego invitó al palo, y el palo invitó al perro, y el perro invitó al lobo, y el lobo invitó a la oveja, y la oveja invitó a la malva y todos juntos se fueron, y a la boda del tío Perico asistieron.



El Lobo y las Siete Cabritas

Hermanos Grimm

Erase una vez una vieja cabra que tenía siete cabritas, a las que quería tan tiernamente como una madre puede querer a sus hijos. Un día quiso salir al bosque a buscar comida y llamó a sus pequeñuelas.

–Hijas mías –les dijo–, me voy al bosque; mucho ojo con el lobo, pues si entra en la casa os devorará a todas sin dejar ni un pelo. El muy bribón suele disfrazarse, pero lo conoceréis en seguida por su bronca voz y sus negras patas.

Las cabritas respondieron:

–Tendremos mucho cuidado, madrecita. Podéis marcharos tranquila.

Despidióse la vieja con un balido y, confiada, emprendió su camino. No había transcurrido mucho tiempo cuando llamaron a la puerta y una voz dijo:

–Abrid, hijitas. Soy vuestra madre, que estoy de vuelta y os traigo algo para cada una.

Pero las cabritas comprendieron, por lo rudo de la voz, que era el lobo.

–No te abriremos –exclamaron. No eres nuestra madre. Ella tiene una voz suave y cariñosa, y la tuya es ronca: eres el lobo.

Fuese éste a la tienda y se compró un buen trozo de yeso. Se lo comió para suavizarse la voz y volvió a la casita. Llamando nuevamente a la puerta:

–Abrid hijitas –dijo–. Os traigo algo a cada una.

Pero el lobo había puesto una negra pata en la ventana, y al verla las cabritas, exclamaron:

No, no te abriremos; nuestra madre no tiene las patas negras como tú. ¡Eres el lobo!

Corrió entonces el muy bribón a un tahonero y le dijo:

–Me he lastimado un pie; úntamelo con un poco de pasta.

Untada que tuvo la pata, fue al encuentro del molinero:

–Echame harina blanca en el pie –díjole. El molinero, comprendiendo que el lobo tramaba alguna tropelía, negóse al principio; pero la fiera lo amenazó:

–Si no lo haces, te devoro–. El hombre, asustado, le blanqueó la pata. Sí, así es la gente.

Volvió el rufián por tercera vez y, llamando, dijo:

–Abrid, pequeñas; es vuestra madrecita querida. Que está de regreso y os trae buenas cosas del bosque–. Las cabritas replicaron:

–Enséñanos la pata; queremos asegurarnos de que eres nuestra madre.

La fiera puso la pata en la ventana, y, al ver ellas que era blanca, creyeron que eran verdad sus palabras y se apresuraron a abrir. Pero fue el lobo quien entró. ¡Qué sobresalto, Dios mío! ¡Y qué prisas por esconderse todas! Metióse una debajo de la mesa; la otra, en la cama; la tercera, en el horno; la cuarta, en la cocina; la quinta, en el armario; la sexta, debajo de la fregadera, y la más pequeña, en la caja del reloj. Pero el lobo fue descubriéndolas una tras otra y, sin gastar cumplidos, se las engulló a todas menos a la más

pequeñita que, oculta en la caja del reloj, pudo escapar a sus pesquisas. Ya ahíto y satisfecho, el lobo se alejó a un trote ligero y, llegado a un verde prado, tumbóse a dormir a la sombra de un árbol.

AI cabo de poco regresó a casa la vieja cabra. ¡Santo Dios, lo que vio! La puerta, abierta de par en par; la mesa, las sillas y bancos, todo volcado y revuelto; la jofaina, rota en mil pedazos; las mantas y almohadas, por el suelo. Buscó a sus hijitas, pero no aparecieron por ninguna parte; llamólas a todas por sus nombres, pero ninguna contestó. Hasta que llególe la vez a la última, la cual, con vocecita queda, dijo:

–Madre querida, estoy en la caja del reloj.

Sacóla la cabra, y entonces la pequeña le explicó que había venido el lobo y se había comido a las demás. ¡Imaginad con qué desconsuelo lloraba la madre la pérdida de sus hijitas!

Cuando ya no le quedaban más lágrimas, salió al campo en compañía de su pequeña, y, al llegar al prado, vio al lobo dormido debajo del árbol, roncando tan fuertemente que hacía temblar las ramas. Al observarlo de cerca, parecióle que algo se movía y agitaba en su abultada barriga.

–¡Válgame Dios! –pensó–. –¿Si serán mis pobres hijitas, que se las ha merendado y que están vivas aún?

Y envió a la pequeña a casa, a toda prisa en busca de tijeras, aguja e hilo. Abrió la panza al monstruo, y apenas había empezado a cortar cuando una de las cabritas asomó la cabeza. Al seguir cortando saltaron las seis afuera, una tras otra, todas vivitas y sin daño alguno, pues la bestia, en su glotonería, las había engullido enteras. ¡Allí era de ver su regocijo! ¡Con cuánto cariño abrazaron a su mamaíta, brincando como sastre en bodas! Pero la cabra dijo:

–Traedme ahora piedras; llenaremos con ellas la panza de esta condenada bestia, aprovechando que duerme.

Las siete cabritas corrieron en busca de piedras y las metieron en la barriga, hasta que ya no cupieron más. La madre cosió la piel con tanta presteza y suavidad, que la fiera no se dio cuenta de nada ni hizo el menor movimiento.

Terminada ya su siesta, el lobo se levantó, y, como los guijarros que le llenaban el estómago le diesen mucha sed, encaminóse a un pozo para beber. Mientras andaba, moviéndose de un lado a otro, los guijarros de su panza chocaban entre sí con gran ruido, por lo que exclamó:

¿Qué será este ruido
que suena en mi barriga?
Creí que eran seis cabritas.
Mas ahora me parecen chinitas.

Al llegar al pozo e inclinarse sobre el brocal, el peso de las piedras lo arrastró y lo hizo caer al fondo, donde se ahogó miserablemente. Viéndolo las cabritas, acudieron corriendo y gritando jubilosas:

–¡Muerto está el lobo! ¡Muerto está el lobo!

Y con su madre, pusiéronse a bailar en torno al pozo.



El Rey Rana o el Fiel Enrique

Hermanos Grimm

En aquellos remotos tiempos, en que bastaba desear una cosa para tenerla, vivía un rey que tenía unas hijas lindísimas, especialmente la menor, la cual era tan hermosa que hasta el Sol, que tantas cosas había visto, se maravillaba cada vez que sus rayos se posaban en el rostro de la muchacha.

Junto al palacio real extendíase un bosque grande y oscuro, y en él, bajo un viejo tilo, fluía un manantial. En las horas de más calor, la princesita solía ir al bosque y sentarse a la orilla de la fuente. Cuando se aburría, poníase a jugar con una pelota de oro, arrojándola al aire y recogiéndola, con la mano, al caer; era su juguete favorito.

Ocurrió una vez que la pelota, en lugar de caer en la manita que la niña tenía levantada, hízolo en el suelo y. rodando, fue a parar dentro del agua. La princesita la siguió con la mirada, pero la pelota desapareció, pues el manantial era tan profundo, tan profundo, que no se podía ver su fondo. La niña se echó a llorar; y lo hacía cada vez más fuerte, sin poder consolarse, cuando, en medio de sus lamentaciones, oyó una voz que decía:

—¿Qué te ocurre, princesita? ¡Lloras como para ablandar las piedras!

La niña miró en torno suyo buscando la procedencia de aquella voz, y descubrió una rana que asomaba su gruesa y fea cabezota por la superficie del agua.

—¡Ah!, ¿eres tú, viejo chapoteador? —dijo—. Pues lloro por mi pelota de oro, que se me cayó en la fuente.

—Cálmate y no llores más —replicó la rana—. Yo puedo arreglarlo. Pero, ¿qué me darás si te devuelvo tu juguete?

—Lo que quieras, mi buena rana —respondió la niña— mis vestidos, mis perlas y piedras preciosas; hasta la corona de oro que llevo.

Mas la rana contestó:

—No me interesan tus vestidos, ni tus perlas y piedras preciosas, ni tu corona de oro ; pero si estás dispuesta a quererme, si me aceptas por tu amiga y compañera de juegos; si dejas que me siente a la mesa a tu lado y coma de tu platito de oro y beba de tu vasito y duerma en tu camita; si me prometes todo esto, bajaré al fondo y te traeré la pelota de oro.

—¡Oh, sí ! —exclamó ella—. Te prometo cuanto quieras con tal que me devuelvas la pelota. —Mas pensaba para sus adentros:

—¡Qué tonterías se le ocurren a este animalejo! Tiene que estarse en el agua con sus semejantes, croa que te croa. ¿Cómo puede ser compañera de las personas?

Obtenida la promesa, la rana se zambulló en el agua, y al poco rato volvió a salir, nadando a grandes zancadas, con la pelota en la boca. Soltóla en la hierba, y la princesita, loca de alegría al ver nuevamente su hermoso juguete, lo recogió y echó a correr con él.

—¡Aguarda, aguarda! —gritóle la rana—. Llévame contigo; no puedo alcanzarte; no puedo correr tanto como tú!

Pero de nada le sirvió desgañitarse y gritar "cro cro" con todas sus fuerzas. La niña, sin atender a sus gritos, seguía corriendo hacia el palacio, y no tardó en olvidarse de la pobre rana, la cual no tuvo más remedio que volver a zambullirse en su charca.

Al día siguiente, estando la princesita a la mesa junto con el Rey y todos los cortesanos, comiendo en su platito de oro, he aquí que plis, plas, plis, plas se oyó que algo subía fatigosamente las escaleras de mármol de palacio y, una vez arriba, llamaba a la puerta :

—¡Princesita, la menor de las princesitas, ábreme!

Ella corrió a la puerta para ver quién llamaba y, al abrir, encontróse con la rana allí plantada. Cerró de un portazo y volvióse a la mesa, llena de zozobra. Al observar el Rey cómo le latía el corazón, le dijo:

—Hija mía, ¿de qué tienes miedo? ¿Acaso hay a la puerta algún gigante que quiere llevarte?

—No —respondió ella—, no es un gigante, sino una rana asquerosa.

—Y ¿qué quiere de ti esa rana?

—¡Ay, padre querido! Ayer estaba en el bosque jugando junto a la fuente, y se me cayó al agua la pelota de oro. Y mientras yo lloraba, la rana me la trajo. Yo le prometí, pues me lo exigió, que sería mi compañera; pero jamás pensé que pudiese alejarse de su charca. Ahora está ahí afuera y quiere entrar.

Entretanto, llamaron por segunda vez y se oyó una voz que decía:

¡Princesita, la más niña, ábreme!
¿No sabes lo que ayer me dijiste
junto a la fresca fuente?
¡Princesita, la más niña, ábreme!

Dijo entonces el Rey :

—Lo que prometiste debes cumplirlo. Ve y ábrele la puerta.

La niña fue a abrir, y la rana saltó dentro y la siguió hasta su silla. Al sentarse la princesa, la rana se plantó ante sus pies y le gritó :

—¡Súbeme a tu silla!—. La princesita vacilaba, pero el Rey le ordenó que lo hiciese. De la silla, el animalito quiso pasar a la mesa, y, ya acomodado en ella, dijo:

—Ahora acércame tu platito de oro para que podamos comer juntas.

La niña la complació, pero veíase a las claras que obedecía a regañadientes. La rana engullía muy a gusto, mientras a la princesa se le atragantaban todos los bocados. Finalmente, dijo la bestezuela:

—¡Ay! Estoy ahíta y me siento cansada; llévame a tu cuartito y arregla tu camita de seda: dormiremos juntas.

La princesita se echó a llorar ; le repugnaba aquel bicho frío, que ni siquiera se atrevía a tocar; y he aquí que ahora se empeñaba en dormir en su cama. Pero el Rey, enojado, dijo.

—No debes despreciar a quien te ayudó cuando te encontrabas necesitada.

Cogióla, pues, con dos dedos, llevóla arriba y la depositó en un rincón. Mas cuando ya se había acostado, acercóse la rana a saltitos y exclamó:

—Estoy cansada y quiero dormir tan bien como tú; conque súbeme a tu cama, o se lo diré a tu padre.

La princesita acabó la paciencia; cogió a la rana del suelo y. con toda su fuerza, la arrojó contra la pared :

—¡Ahora descansarás, asquerosa!

Pero en cuanto la rana cayó al suelo, dejó de ser rana, y convirtióse en un príncipe, un apuesto príncipe de bellos

ojos y dulce mirada. Y el Rey lo aceptó como compañero y esposo de su hija. Contóle entonces que una bruja malvada lo había encantado, y que nadie sino ella podía desencantarlo y sacarlo de la charca; díjole que al día siguiente se marcharían a su reino. Durmiéronse, y a la mañana, al despertarlos el sol, llegó una carroza tirada por ocho caballos blancos, adornados con penachos de blancas plumas de avestruz y cadenas de oro. Detrás iba, de pie, el criado del joven Rey, el fiel Enrique. Este leal servidor había sentido tal pena al ver a su señor transformado en rana, que se mandó colocar tres aros de hierro en torno al corazón para evitar que le estallase de dolor y de tristeza.

La carroza debía conducir al joven Rey a su reino. El fiel Enrique acomodó en ella a la pareja y volvió a montar en el pescante posterior; no cabía en sí de gozo por la liberación de su señor. Cuando ya habían recorrido una parte del camino, oyó el príncipe un estallido a su espalda. como si algo se rompiese. Volviéndose, dijo:

¡Enrique, que el coche estalla!
—No, no es el coche lo que falla,
es un aro de mi corazón.
que ha estado lleno de aflicción
mientras viviste en la fontana
convertido en rana.

Por segunda y tercera vez oyóse aquel chasquido durante el camino, y siempre creyó el príncipe que la carroza se rompía; pero no eran sino los aros que saltaban del corazón del fiel Enrique al ver a su amo redimido y feliz.

Terioska

Eranse unos abuelos que estaban muy solitos. Habían vivido un siglo y no tenían hijos. Decidieron hacer un muñeco de madera, lo envolvieron en pañales y empezaron a mecerlo y cantarle:

Duérmete, hijito mío,
duerme, Terioska.
Duermen las golondrinas
y las palomas.
Ya duermen las ardillas
y hasta las zorras.
¡Duerme, Terioska!

Tanto lo mecieron y cantaron que el muñeco de madera se convirtió en un lindo niño.

Terioska fue creciendo y haciéndose inteligente. El anciano le hizo al niño una lancha y dos remos; la lancha la pintó de blanco y los remos de rojo. Terioska se embarcó en ella y susurró:

Lancha, lanchita, llévame lejos.
Lancha, lanchita, llévame lejos.

Y la barca lo llevó lejos, muy lejos.

Terioska se dedicaba a pescar y la anciana le traía leche y requesón. Llegaba a la orilla y llamaba:

Terioska, hijito mío,
acércate a la orillita.
Te traigo la comidita.

Terioska oía desde lejos la voz de su madre y se acercaba a la orilla. La madre recogía pescados, daba de comer y beber a Terioska, le mudaba la camisa y el cinturón y le dejaba ir a pescar de nuevo. Una bruja, que se enteró de esto, se acercó un día a la orilla y comenzó a llamar con voz terrible:

Terioska, hijito mío,
acércate a la orillita.
Te traigo la comidita.

Terioska conoció que no era la voz de su madre, y murmuró:

Llévame lejos, lancha, lanchita.
Esa que llama no es mi mamita.

La bruja corrió entonces a la herrería, y ordenó al herrero que le forjara de nuevo la garganta, para que su voz se pareciera a la de la madre de Terioska. El herrero le forjó de nuevo la garganta, y la bruja volvió a la orilla y cantó con voz igual a la de la madre:

Terioska, hijito mío,
acércate a la orillita.
Te traigo la comidita.

Terioska creyó que era su madre y se acercó a la orilla. La bruja lo agarró, lo metió en un saco y echó a correr. Llevó al niño a su casita sobre patas de gallina y ordenó a su hija Alionka que calentara bien el horno y asara a Terioska. Mientras tanto, se fue a buscar un nuevo botín.

Alionka calentó bien el horno y dijo a Terioska:

-Echate en la pala.

Terioska se sentó en la pala, extendió la piernas y los brazos, de modo que no entraba por la boca del horno. Entonces ella le dijo:

-Te has echado mal.

-Yo no sé cómo hay que echarse, enséñame -dijo Terioska.

-Echate como duermen los gatos y los perros -dijo ella, y Terioska repitió:

-Echate tú y enséñame.

Alionka se tumbó en la pala y Terioska la empujó al horno y lo cerró. Escapó corriendo de la casita y se subió a un roble muy alto.

Cuando regresó la bruja, abrió el horno, sacó a su hija Alionka y se la comió; y hasta chupó los huesos. Luego salió al patio, se revolcó y gritó:

-¡Ay, qué bien! ¡Me he comido a Terioska!

Y Terioska le contestó desde el roble:

-Diviértete y revuélcate, que te has comido a Alionka.

-¿Serán las hojas que susurran? -murmuró la bruja, y continuó -¡Ay, qué bien! ¡Me he comido a Terioska!

Y Terioska volvió a decir:

-Diviértete y revuélcate, que te has comido a Alionka.

La bruja miró hacia arriba, lo vio en lo alto del roble, se abalanzó al árbol y empezó a roer el tronco. Roe que te roe, se rompió los dientes de arriba y corrió a la herrería.

-¡Herrero, herrero, fórjame dos dientes de acero!

El herrero le forjó los dos dientes. La bruja volvió y continuó royendo. Roe que te roe, se rompió dos dientes de abajo y corrió de nuevo a la herrería

-¡Herrero, herrero, hazme otros dos dientes de acero!

El herrero le puso otros dos dientes. La bruja volvió al roble y siguió royendo hasta sacar astillas. El roble crujió y se tambaleó. ¿Qué se podía hacer? Terioska vio que pasaba una bandada de gansos, y les pidió:

–Gansos míos, gansos blancos. Levantadme en vuestras alas y llevadme con mis padres.

Y los gansos le respondieron:

Ga, ga, otros más hambrientos vuelan detrás.
Ellos te alzarán y te llevarán.

La bruja seguía roe que te roe. Miró a Terioska, se relamió y continuó royendo. Apareció otra bandada de gansos y Terioska les rogó:

–Gansitos míos, gansos blancos, levantadme en vuestras alas y llevadme con mis padres.

Y los gansos le contestaron:

Ga, ga, detrás vuela un gansito picoteado.
El te tomará y te llevará.

A la bruja ya le quedaba poco para derribar el roble. El gansito picoteado apareció, y Terioska le pidió:

–Gansito mío, gansito blanco, levántame en tus alas y llévame con mis padres.

El gansito picoteado se apiadó de él, le sentó sobre sus alas, se sacudió y emprendió el vuelo. Llegaron volando a la casa de Terioska y se posaron sobre la hierba. La anciana, que había hecho unas tortitas en memoria de Terioska, le dijo al abuelo:

–Viejito, esta tortita para ti y esta otra para mí.

–¿Y para mí? –preguntó Terioska bajo la ventana.

La anciana lo oyó y dijo:

–¡Mira a ver, viejito, quién pide tortitas!

Salió el viejito a la calle, vio a Terioska, se lo llevó a la vieja y comenzaron los abrazos. Al gansito picoteado le dieron de comer y de beber hasta que engordó y creció, lo dejaron en libertad y, desde entonces, vuela a la cabeza de la bandada y recuerda siempre a Terioska.



La Pulguita y el Piojito

Cuento francés

Un día Pulguita le dijo a Piojito: -Piojito, voy a llevar el trigo al molino; ten cuidado de no caerte en la olla de la sopa.

-Ja, ja, ja -se rió el pequeño piojo- no temas, no me caeré en la olla de la sopa.

Entonces la pulguita se fue. Piojito empezó a barrer la casa, a fregar los platos, a limpiar la olla y a encender la lumbre.

Por fin la olla con la sopa estuvo lista. Tanto trabajo había cansado al pequeño piojo, así que decidió irse al jardín. Se tumbó debajo del rosal y se quedó profundamente dormido.

Después de un rato volvió la pulguita a casa. Cuando vio la puerta abierta se asustó terriblemente.

-Piojito, piojito, ¿dónde estás? -llamó. Pero no consiguió respuesta, porque el pequeño piojo estaba profundamente dormido debajo del rosal y no podía oír a la pulguita.

Pulguita buscó por aquí, buscó por allá, pero no encontró a Piojito. Sin embargo, en la olla estaba hirviendo la sopa.

-Vaya tristeza -pensó la pulguita-. Seguro que Piojito se cayó a la olla y se quemó. Yo no quiero quedarme aquí, me marcho a ver mundo.

Cuando había dado unos pasos, le preguntó la mesa:

-Pulguita, ¿por qué estás llorando?

-¿No debía llorar? Piojito se cayó a la olla y se quemó, ya no quiero estar sola en casa.

Dijo la mesa:

-Si tú te marchas yo me voy contigo -elevó sus patas, y traqueteando se fue detrás de la pulguita.

Pasaron al lado de la artesa y ésta preguntó:

-Pulguita, ¿por qué estás llorando?

-¿No debía llorar? Piojito se cayó a la olla y se quemó, ya no quiero estar sola en casa, también viene la mesa conmigo.

Dijo la artesa:

-Si se va la mesa contigo, yo tampoco quiero quedarme.

Se enderezó, y traqueteando se fue detrás de la mesa.

Cuando llegaron a la puerta, ésta preguntó:

-Pulguita, ¿por qué estás llorando?

-¿No debía llorar? Piojito se cayó a la olla y se quemó, ya no quiero estar sola en casa, la mesa y la artesa se vienen conmigo.

Dijo la puerta:

-Si se van contigo la mesa y la artesa, yo tampoco me quedo aquí.

La puerta se elevó de sus goznes y traqueteando se fue detrás de la artesa.

Llegaron al nogal y éste preguntó:

-Pulguita, ¿por qué estás llorando?

-¿No debía llorar? Piojito se cayó a la olla y se quemó, ya no quiero estar sola en casa, la mesa, la artesa y la puerta se vienen conmigo.

El nogal susurró:

-Si se van la mesa, la artesa y la puerta contigo, yo tampoco me quedo aquí.

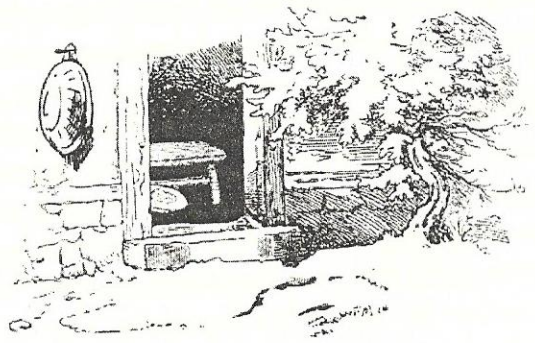
Retiró sus narices de la tierra y traqueteando se fue detrás de la puerta.

Todos juntos llegaron al rosal. En ese instante se despertó el piojito. ¡No se sorprendió poco al ver aquel triste cortejo! Pero tampoco la pulguita, la mesa, la artesa, la puerta y el nogal sabían cómo reaccionar, viendo al piojito vivo y alegre en el jardín.

Primero se rió el piojito.
Luego se rió la pulguita.
Luego se rió la mesa.
Luego se rió la artesa.
Luego se rió la puerta.
Luego se rió el nogal.

-Ja, ja, ja.

Todos volvieron alegremente a casa. El nogal enterró sus raíces de nuevo en la tierra, la puerta saltó a sus goznes, la artesa se colocó en su rincón, la mesa se puso en el centro, la pulguita se sentó a la mesa, el piojito trajo la sopa, y los dos comieron juntos alegremente.



Llega un Cisne Volando

Felicitas Mücke

Cuento de cumpleaños

Erase una vez un rey y una reina que ardientemente deseaban tener un hijo. Pero su deseo no se cumplía. Después de esperar muchos años, un buen día entró un anciano en el Salón Real. Su cabello blanco ondeaba por su manto azul y sus ojos miraban al rey y a la reina, hasta el fondo de sus corazones.

Yo sé de vuestra pena, pero tened fe. Se os concederá lo que deseáis -dijo el extraño prestad atención a lo que os voy a decir. Cuando veáis que se forma un arco iris por encima de vuestra casa y que un cisne blanco lo cruza volando por debajo, para posarse en el estanque del palacio, será entonces cuando se cumplirá el tiempo y llegará el momento que tantos años habéis esperado.

Y con estas palabras, el anciano abandonó el Salón Real, dejando al rey y a la reina con su ilusión y su esperanza.
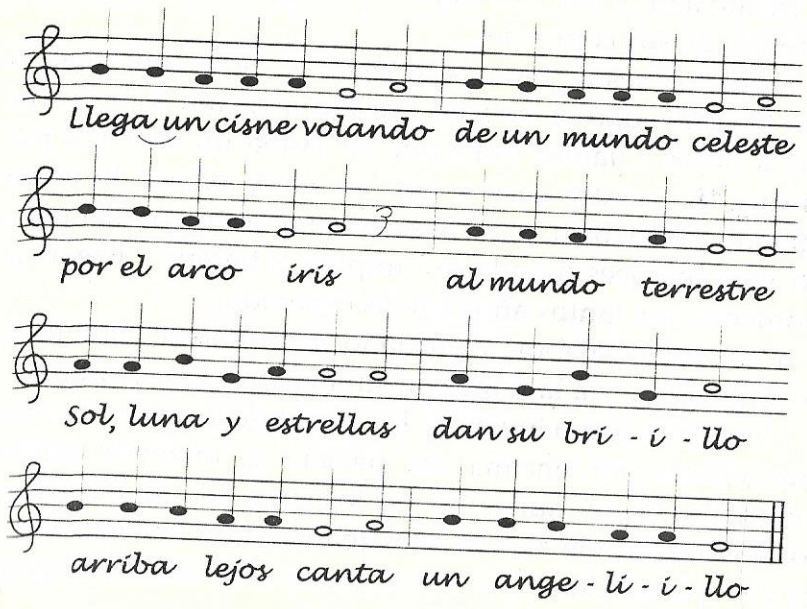
Un día, en pleno invierno, la reina descubrió un arco iris maravilloso por encima del palacio y, mientras estaba mirando, oyó un murmullo por los aires. con un majestuoso movimiento de alas se acercaba volando un cisne blanco y resplandeciente por el coloreado arco celeste. Se posó

suavemente en el estanque del jardín real, cuyas aguas estaban casi totalmente heladas. Fue como si hubiera traído consigo todo un mundo de alegría. El rey y la reina, llenos de felicidad hicieron construir dentro del estanque, una casita de cisne. Ellos mismos le daban de comer y cuidaban de él.

No había pasado mucho tiempo, cuando la reina dio a luz al niño que tanto había deseado. A partir de entonces la felicidad reinó en el palacio.

Al rey y la reina no se les olvidaba pensar con gratitud en el extraño huésped que había llegado en el momento oportuno. En el corazón de la reina empezaba a sonar una canción, que cantaba al infante todos los días. La canción decía:

Llega un cisne volando de un mundo celeste
por el arco iris al mundo terrestre.
Sol, luna y estrellas dan su brillo
arriba, lejos, canta un angelito.



El Viaje a la Tierra del Pequeño Angel

Hilda Herklotz

Cuento de cumpleaños

Erase una vez un pequeño ángel que ya conocía todas las cosas que había en el cielo. Miraba a través de las nubes para ver si descubría algo nuevo que mirar.

-¡Oh! -gritó de repente- ¿qué es lo que veo allí abajo, tan grande y oscuro?

-Aquello tan grande y oscuro es la Tierra.

-¿Es posible bajar allí? -preguntó el pequeño ángel.

-Sí se puede -dijo el mayor- pero, ¿qué quieres hacer allí? La Tierra todavía está oscura y vacía. Te encontrarás totalmente solo.

-¡Oh, mira! -exclamó el pequeño ángel- ¡la Tierra se está poniendo cada vez más bonita! En este momento tiene un rojo encendido y por fuera el amarillo llamea de forma muy divertida. ¿Puedo bajar ahora? -preguntó.

Pero el ángel mayor dijo:

-Espera todavía un poco, aún es demasiado pronto.

El pequeño ángel veía también cómo el azul penetraba en la Tierra. Y al unirse al amarillo daba origen al mar. Dentro

de él había conchas, medusas y calamares. Al mismo tiempo el rojo se convertía en una concha especialmente grande y bonita, y en ella había sitio para el mar entero.

-¿Puedo bajar ahora? -preguntó el pequeño ángel.

Pero el ángel mayor dijo:

-Espera un poco, aún es demasiado pronto.

Ahora el pequeño ángel veía transformarse el rojo en un gran pájaro. Volaba sobre la Tierra a través del amarillo y sobre el agua azul, donde nadaban ahora grandes peces.

-¿Puedo bajar ahora? -preguntó el pequeño ángel.

Pero el ángel mayor dijo:

-Espera todavía un poco, aún es demasiado pronto.

Ahora el pequeño ángel veía que cada vez más pájaros llegaban a la Tierra, y jugando, volaban por el aire más y más alto, en dirección al sol. ¡Con qué placer el pequeño ángel hubiera jugado con ellos! Preguntó de nuevo:

-¿Puedo bajar ahora?

Pero el ángel mayor dijo:

-Espera todavía un poco, aún es demasiado pronto.

Más y más pájaros llegaban a la Tierra. Dentro del agua jugaban los peces, el cisne nadaba, la garza estaba de pie junto a la orilla y la rana croaba en el prado verde. Cada uno de ellos y el mundo entero lucían hermosísimos colores.

-¿Puedo bajar ahora? -preguntó el pequeño ángel.

Pero el ángel mayor dijo:

-Espera todavía un poco, aún es demasiado pronto.

Al pequeño ángel se le agotaba la paciencia. De pronto vio que todos los colores que había sobre la Tierra formaban un arco muy grande, debajo del cual crecían árboles y flores.

Las mariposas volaban, los escarabajos corrían por la hierba de un lado para otro.

-¿Puedo bajar ahora? -preguntó el pequeño ángel.

-Esta vez sí -dijo el ángel mayor- ahora puedes bajar. Pero no puedes seguir siendo un ángel, tienes que ser un niño si quieres bajar a la Tierra. Dame tus alas, te las guardaré hasta que vuelvas.

-Pero ¿cómo podré bajar sin alas?, exclamó el pequeño ángel.

-Mira el arco iris -dijo el ángel mayor- podrás bajar por él, es el mejor puente entre el cielo y la Tierra. ¡Adiós, pequeño ángel, y no te olvides de volver!

Y entonces el pequeño ángel caminó por el puente de colores hacia la Tierra. En aquel tiempo la Tierra se había endurecido y se acercó un elefante.

-¿Quién eres? -preguntó perplejo a un lagarto que tomaba el sol sobre una piedra.

-Alguien que tiene muchos más años que tú -susurró- y sé que en la Tierra ocurrirá un milagro -y diciendo esto, desapareció.

El elefante balanceó la cabeza a un lado y otro y continuó su camino calmosamente.

En un lugar de la Tierra había un desierto donde se encontraba un león solitario.

Un gran pájaro multicolor voló sobre él cantando:

Detrás de mí has de correr, si un gran milagro quieres ver.

Enseguida el león se puso en camino, siguiendo al pájaro.

En una pradera, una vaca estaba sacudiéndose las moscas con el rabo. Pero las moscas machaconas siempre volvían, zumbando en las orejas de la vaca, y le decían:

Detrás de nosotras has de correr, si un milagro quieres ver.

La vaca pensó: "No será tan importante", y siguió rumiando hasta saciarse. Luego, despacio, se puso en marcha.

En un claro del bosque estaba sentado un corzo. Un ciervo se hallaba bajo un abeto y al otro lado se deslizaba un zorro. El ciervo gritaba a todo el que veía:

Detrás de mi habéis de correr, si un gran milagro queréis ver.

Saltó y brincó, adelantándose, y los demás le siguieron.

Por la pradera galopaba un caballo al amanecer, raudo como la centella, y el viento le susurraba al oído:

Detrás de mí has de correr, si un gran milagro quieres ver.

Al anochecer todos los animales se encontraban en el bosque. Vino el oso gruñendo de contento, el ciervo esperaba atento, el corzo se acercó sigilosamente, las liebres se aproximaron brincando, la ardilla saltaba de rama en rama, mientras el pájaro gorgojeaba:

Detrás de mí tenéis que correr, si un gran milagro queréis ver.

De todas parte llegaban: el elefante y el león, el caballo, el oso, el corzo, el cisne, la rana, el lagarto, los pájaros y los peces.

Por fin todos vieron el gran milagro: el niño había bajado por el puente luminoso. Todos le rodearon llenos de alegría y agradecimiento, porque ¡sólo ahora la Tierra estaba completa!



Historia de un Cumpleaños

Cuento de cumpleaños

Había una vez un gran Angel y un pequeño Angel. El gran Angel llevó al Angelito de casa en casa. El Angelito pasó por la casa del Sol, por la casa de la Luna y por las casa de muchas estrellas. Cuando hubo terminado su camino, el Angelito llevaba consigo un don especial. Un día el Angelito dijo:

-Yo quiero ir a la Tierra.

-Sí -dijo el gran Angel-. Ha llegado el momento en que debes ir a la Tierra. Yo guardaré tus alas hasta que regreses al cielo, porque ahora serás un niño en la Tierra.

El gran Angel tomó los dones del Sol, de la Luna y de las Estrellas y los transformó en puros tonos musicales.

-Cuando estés en la Tierra -dijo el gran Angel- escucha la música de estos dones que llevas en tu nombre y eso te dará fuerza en las tareas que te propongas hacer allí.

-Adiós Angelito.

-Adiós gran Angel.

Y cuando los dones del Sol, de la Luna y de las Estrellas resonaron en él, bajó a la Tierra por el Arco Iris. Llegó al hogar donde le esperaban sus padres y allí emprendió su camino. El padre y la madre estaban encantados de que el niño viniera y necesitara sus cuidados, y entonces dijeron:

-Su nombre es.....

Los Gnomitos

Debajo de un pino con ramas siempre verdes, tapado por las raíces en la profundidad del bosque, allí viven los gnomitos. Están contentos y seguros. Tienen gorritos colorados con puntos blancos. El papá, que es fuerte y tiene mucho coraje, lleva un sombrero de piña. La mamá cuida a todos. Es buena y dulce.

Alrededor crecen hongos, bayas y también nueces. Y siempre hay animalitos dispuestos a jugar con ellos. Cuando llueve y hay tormenta, que llenan de fuerzas el mundo, no les preocupa a los gnomitos que aquí viven felices, pues los pinos altos los protegen de los vientos mojados. Además en el bosque hay paragüitas preciosos donde es fácil guarecerse.

Si aparece gente o se presenta un animal salvaje, los gnomitos se acurrucan. Así parecen honguitos venenosos, rojos y blancos, en el musgo. Están quietecitos y se sonríen. Los vecinos más próximos viven arriba en las ramas.

¡Qué lindo es subirse allí y jugar a la escondida con las ardillas y comer ricas nueces!

A veces todos van a la tranquila laguna para aprender a saltar con las ranitas. Al hermanito más pequeño le gustan las más grandes. Y si se golpea, la rana tiene que consolarlo.

Al atardecer vuela por aquí el viejo murciélago. Es muy amable, aunque no muy lindo. Deja subir sobre él a la niña más pequeña y, asombrados, la ven pasearse por el aire.

A veces el papá se coloca su coraza de piña. Agarra su jabalina y así se va al bosque a luchar. Los niños lo siguen llenos de miedo, y vean, ya lucha el padre con una culebra mala. Escondidos detrás de un tronco, los niños se quedan quietos hasta que triunfa el padre. Después van corriendo, gritan, pelean, y todos quieren ayudar a llevar la serpiente.

La llevan al erizo y le dicen:

-Ven rápido. Tenemos algo bueno para ti, tío pinche.

Primero el erizo se asusta, pero después se lame la boca, porque ahora va a comer un buen bocado. Los muchachos grandes piensan:

-Pronto también lucharemos nosotros contra animales salvajes.

Y hacen peleas con las hormigas para ver cómo es. Pero son tantos enemigos que su pelea no lleva a nada.

Vive un viejo gigante en el monte de al lado. Lo mejor es pasar muy rápido, pues a veces mira de pronto por un agujero y grita horriblemente:

-¡Buu-uh!, -y todos corren a casa, tropiezan con las piedras. Se apuran, corren, caen y se levantan y llegan llenos de rasguños a casa. El gigante se ríe:

-A mí me gusta eso, ¡qué gracioso!, me parto de tanto reír.

En el verano se está muy bien y nadie tiene preocupaciones. Los niños pueden jugar, divertirse y juntar flores. Pero cuando se acerca el otoño, hay pequeñas obligaciones. Se buscan bayas y hongos. Eso es muy difícil para los gnomitos.

El papá enseña a los niños a reconocer los diferentes hongos. Unos son para comer, a otros hay que temer porque el que los come puede morir. Y si el niño no se cuida, a veces también recibe un chas-chas. Entonces todos los hongos se enhebran para secarlos. Esto dura su tiempo. Mamá llena la alacena. Ella hace cuentas y dice:

-Para este invierno alcanza; ahora hay que recoger pasto de lana.

Mamá lo trabaja en su rueca. Eso lo sabe hacer muy bien. Con esto llena sus colchones. Teje pulóveres para los niños y en su telar hace mantas para los niños. Si no, tendrían frío en invierno.

Ya oscurece más temprano. La Luna alumbra con su claridad. ¡Cómo mira a los niños! Y los niños la miran también, hasta que su mamá los lleva a la cama. Los mece hasta que se duermen. Allí atrás viven las sílfides cerca de las piedras llenas de musgo. De noche salen a veces a la luz de la Luna.

Los gnomitos creen que no hay nada más bello que su preciosa danza. ¡Qué poco pesan las sílfides! ¡Quién habría pensado esto! Dos niños y las sílfides quieren hamacarse pero es imposible ya que las sílfides son demasiado livianas.

Hoy los gnomitos visitan al búho que vive en un roble. Mamá conoce a búho, que es inteligente y sabio. Ella dice a sus hijos:

-Cuando el búho les enseñe algo, presten atención tiene que ser obedecido y respetado.

Ahora están con el búho. Mamá saluda amablemente y dice: "Aquí traigo a mis pequeños. Son muy buenos pero un poco ignorantes todavía. Si les enseñas estaré contenta. Todos aprenden cosas útiles e importantes de ti".

Los gnomitos tienen miedo y no miran cuando el búho los observa. Pero él dice:

-Muy bien. -Entonces la mamá se va tranquilamente y deja a los niños allí.

El colegio del búho es sorprendentemente grande. No sólo están los gnomitos, vienen también muchos animalitos. El pájaro carpintero está sentado al lado del zorzal; el conejo al lado de las ranas, esperando silenciosamente.

El búho sabe tantas cosas, enseña el grito de la corneja, el canto del carbonillo. Y explica cómo vuela el azor y sabe reconocer los ruidos del bosque y nombrarlos.

Puede reconocer a tiempo los cazadores, zorros y trampas. Entiende el canto de los pájaros fácilmente y conoce los cien nombres de las plantas, pantanos y lagos. Los caminos y caminitos le son conocidos. Los alumnos aprenden todo lo que hay alrededor en el lugar.

Cuando aparece el invierno se acaba la escuela. Papá coloca una puerta fuerte a la casa. Las ardillas se resguardan en su nido. Los conejos cambian su pelaje. La nieve empieza a caer ¡qué blanco está todo el bosque! El cielo está cubierto. Uno se da cuenta que ya viene el frío.

-¡Traigan la leña al cuarto! ¡Cerremos la casa! Vamos juntos alrededor del fuego.

Los niños suspiran tristes:

-¡Si fuera verano! ¡Jamás terminará seguramente el oscuro invierno! -Pero al fin acaba su pena y se duermen tranquilamente.

Y cuando despiertan, alumbra una nueva mañana. ¡Cómo brilla el Sol! Así se olvidan las penas. Cada uno se pone un pulóver y un gorro. Y entonces los niños se divierten alegremente en la nieve. Miren, agarran una liebre. La amarran delante de su trineo y viajan bien lejos. El liviano trineo vuela. Es luminoso el manto blanco tendido en la tierra.

Mientras tanto, el papá en casa le dice a la mamá:

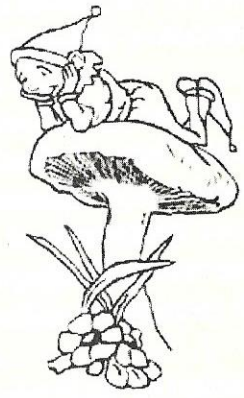
-Los animales afuera tienen hambre, el invierno es tan duro... Toma un cesto y llénalo de cosas buenas. Queremos dar a nuestros amigos algo para comer.

Por la tarde todos están contentos juntos escuchando cuentos de hadas. El fuego calienta la casa. Escuchan el

cuento de un gigante que vive detrás de la montaña. Asustados, la pequeña se abraza contra su mamá.

Pero al final llega la primavera. La nieve empieza a derretirse. Los pájaros vuelven para hacer nidos. Es la vieja maravilla, que siempre sucede de nuevo. El mundo se cubre de colores ¡Escucha! La canción de un zorzal. En el bosque todo se mueve. Saltan, vuelan animales por todas partes. Los gnomitos están contentos, locos de alegría. La vida nueva los llena de felicidad. Juegan en arroyos, construyen castillos. ¡Qué hermoso sentir las gotas de agua sobre la piel! Ellos caminan en el agua, aunque no tendrían que hacerlo pero papá no los riñe.

Ahora los días son más y más calurosos y de pronto en cada nido hay pajaritos chiquititos. Imagínate, los padres gnomos también reciben un hijito. Es el quinto ¡Qué contentos están! Viven felices en el bosque año tras año. Trabajan, estudian, juegan y viven muy bien. ¿Cómo seguirá? Trata de imaginártelo, entonces los gnomitos vivirán mucho, mucho tiempo más.



Plumita

(Featherlight)

Había una vez un niño que era muy pequeño y delicado. Sólo creció un poquito. Esto les preocupaba a su padre y a su madre, por lo que lo llevaron al campo, donde el cielo era azul y el sol siempre estaba sonriendo. Allí la abuela tenía un jardín donde el niño se sentía feliz y protegido. Ella le llamaba "Plumita", por lo pequeño y liviano que era. Todos los pájaros venían al jardín, desde lejos y desde cerca, porque en él había muchos girasoles que crecían finos y altos como un bosque.

A Plumita le gustaba recoger las semillas de girasol para alimentar a sus amigos alados cuando llegara el invierno. Al que más amaba de todos, era al pájaro más pequeño de plumas doradas, porque era bastante dócil y cantaba las más lindas canciones.

A veces la abuela se sentaba en el banco del jardín, al sol. Contaba cuentos de hace mucho tiempo, cuando era niña, o cómo solía ir al mercado con el abuelo, a vender flores y semillas. A Plumita le encantaba escuchar. Solía sentarse sobre una rodilla y el pájaro dorado se posaba sobre la otra. Se repartían las semillas de girasol del cesto que tenía la abuela en su regazo.

Por la noche, cuando el sol se había puesto y la luna estaba en lo alto del cielo, Plumita y el Pájaro Dorado, se acosta-

ban cómodamente en el nido calentito y tranquilo del Pájaro Dorado. Durante la noche, Plumita soñaría que el Pájaro Dorado era un niño también, y correrían juntos por el jardín, jugando al escondite en el bosque de los girasoles.

Plumita estaba feliz y contento. Sólo por la mañana, cuando el Pájaro Dorado volaba alto hacia el cielo y desaparecía en la distancia, Plumita se ponía cada vez más triste, y suspiraba:

-¡Oh! ¿por qué el Pájaro Dorado siempre va volando hacia el mundo vacío... vacío...? -Qué largo se le hacía hasta que volvía...

Tan pronto como el Pájaro Dorado volvía a casa, le contaba sus aventuras. Descubría alegremente al granjero en el campo, al pescador en el río, las coloreadas y brillantes frutillas en el bosque, y cómo había conseguido escapar de un gato peligroso.

-Ven conmigo mañana -cantó el Pájaro Dorado- Eres tan liviano como una pluma, te llevaré sobre mi espalda y te mostraré el mundo. Pero Plumita tenía miedo y dijo que prefería quedarse en casa.

Pero un día, el Pájaro Dorado no volvió. Plumita esperaba y esperaba. Ya estaba el sol muy bajo en el cielo y estaba muy ansioso. Trepó al girasol más alto para buscarlo. Podía ver hasta muy lejos el jardín de la abuela, pero no podía encontrar al Pájaro Dorado en ningún sitio.

Justo cuando estaba empezando a perder la esperanza y correr hacia la abuela, vio una paloma a gran distancia.

La paloma se acercaba cada vez más, hasta que por fin se posó a su lado.

-Croo, croo, -cantó la paloma- vengo de la ciudad. El Pájaro Dorado me ha enviado. Está en un gran peligro y necesita tu ayuda. Sólo tú puedes salvarlo.

Plumita miró desesperado.

-¿Dónde está el Pájaro Dorado? -gritó- ¿Cómo puedo ayudarle? ¡Llévame hacia allá, rápido!

Corrió a buscar el cesto de las semillas, por si acaso el Pájaro Dorado tenía hambre, y entonces se subió sobre la espalda de la paloma. No podía parar de pensar en el Pájaro Dorado y qué podía estar ocurriéndole.

Enseguida se podían ver las torres de la ciudad. La paloma voló hasta el borde de una ventana. Plumita bajó de su espalda, se deslizó adentro de la ventana abierta y se escondió detrás de la cortina. Cautelosamente se asomó, y casi se para su corazón. ¡Allí estaba el Pájaro Dorado, encerrado en una jaula! Un hombre triste y gris sostenía la jaula bien fuerte, diciendo:

-No, no te dejaré salir de nuevo. Ahora, por fin, no estaré más tiempo solo. Tú tendrás que cantar para mí. ¿Por qué no cantas, ¡pájaro estúpido!?

El viejo dejó la jaula y salió de la habitación con los ojos tristes y bajando los hombros.

Entonces Plumita descolgó la jaula y abrió rápidamente la puerta. Ileso, el Pájaro Dorado saltó afuera. Inmediatamente se transformó en una niña de cabellos dorados. Detrás dejó, en el suelo de la jaula, una sola pluma dorada. El amor y el valor de Plumita habían roto el encanto que había sobre la niña.

Afuera la paloma estaba esperando. Velozmente llevó a los niños de vuelta al jardín de la abuela.

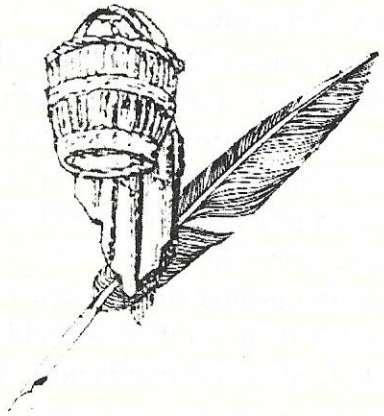
Pero con toda la alegría y excitación, se habían olvidado completamente del cesto con las semillas. Se quedó en la ventana.

A partir de ese día, los dos niños juntaban semillas y cuidaban del jardín juntos. Los girasoles se movían suave-

mente siguiendo al sol, y Plumita y Pájaro Dorado crecieron y se hicieron más grandes y más fuertes cada día. Al poco tiempo pudieron llevar flores y semillas al mercado ellos mismos, y también ayudaban y cuidaban a la abuela. Se había hecho viejecita y ya no podía andar todo el camino hacia la ciudad.

Cada mañana, un hombre viejo venía al mercado a comprar un cesto lleno de semillas de girasol a los niños. El ya no era triste y gris, sino que les ofreció una sonrisa amistosa. En su ojal llevaba una pluma dorada.

A menudo él les contaba de sus amigos, los pájaros, que cantaban las canciones más hermosas porque cada día esparcía semillas para ellos en el borde de su ventana.



Hace Mucho Tiempo en Belén

¿Quiénes son los dos que caminan tan solitarios en la noche oscura? Son María y José de Nazareth. Tienen un camino largo por delante.

El emperador Augusto dio la orden de hacer el censo a los habitantes de su reino, y por eso todos deben dirigirse a la ciudad de la cual provienen.

Los dos están apurados, porque María espera su primer hijo. Ella está cansada, su espalda está dolorida, pero el asno la lleva a través del desierto y José, con esmero, lo guía de las riendas.

Finalmente llegan a Belén. Ellos caminan por la vieja ciudad. En las ventanas se ven las luces encendidas, la gente está cenando.

Aquí en esta ciudad llegará esta noche el Niño Jesús al mundo. El traerá a todos los hombres gran alegría. Pero en la ciudad aún nadie sabe nada de esto.

José va golpeando de una puerta a la otra, pero en todos lados reciben la misma respuesta:

-No hay lugar... no hay lugar. ¡Busquen en otro lado!

Ya caminaron por todo el lugar, y José está triste por no haber encontrado un sitio para María y el niñito que espera.

Pero de pronto se encuentran delante de un establo. Sobre éste brillan las estrellas con especial claridad. Allí

duermen vacas, hay heno fresco amontonado, y María y José entran. El cansado asno los sigue y todos están conformes con el humilde albergue.

No lejos de allí hay pastores en el campo, con sus rebaños. Las mismas estrellas brillan con claridad sobre ellos. La noche es muy fría y ellos se envuelven en sus abrigos de lana. Las ovejas duermen acostadas una cerca de la otra. Pero los pastores permanecen despiertos para que no se les pierda ninguna oveja.

En Belén todo está en silencio. Las luces se apagaron, y allí a medianoche, en el establo de Belén, llega el Hijo de Dios al mundo.

De pronto el cielo resplandece de luz y de todos lados suenan cánticos. Es la más hermosa canción de los ángeles, quienes anuncian el nacimiento de Jesús y alaban a Dios. Es la noticia de que Dios ha enviado a su Hijo, para demostrarles su amor a los hombres.

Los pastores escuchan llenos de asombro lo que los ángeles cantan. Y se apuran para llegar al establo.

Ellos quieren ver al Hijo de Dios que acaba de nacer. Ellos desean arrodillarse ante el pesebre. Ellos desean orarle. Es por eso que se apuran, y las ovejas los siguen.

En el pesebre los pastores cantan una canción por la gloria del niño. Cantan con tanta belleza, y tan alto, que las vacas y los asnos se despiertan, agregando a la canción sus propios tonos.

Los pastores ya regresaron a la pradera con sus ovejas, y en el pesebre hay silencio. Pero José sonríe feliz. María escuchó con atención, y piensa sobre todo lo que vivenció. No lo olvidará en toda su vida.

Por haber nacido Jesucristo en ese día, nosotros festejamos hasta hoy la Navidad.

Familia de Patos Salvajes

Acababa de bajar el sol, cuando mamá y papá patos dieron un paseo por el pequeño lago. -Ya es hora que nos hagamos un nido -dijo el papá pato, y la mamá dijo:

-Sí, mañana comenzaremos.

Al otro día, muy entusiasmados, juntaron ramas y juncos y construyeron su nido bien escondido debajo del sauce.

Cuando terminaron su trabajo, el papá pato se sacó con el pico un par de sus plumitas y las puso en el nido para que la mamá pudiera sentarse sobre algo blando. Al anochecer, nadaron otra vez juntos por el lago, se zambulleron en busca de comida y luego mamá pata se sentó en su nido blando. El papá se acomodó cerca de ella y se durmieron.

En un día soleado de primavera, en que los avellanos florecían, las abejas zumbaban y el viento cantaba su dulce canción, aparecieron en el nido tres huevos marrones moteados.

¡Cómo se alegró el papá pato! Abrió sus alas y hasta se atrevió a dar un bailecito.

Todos los días la mamá pata se contoneaba por un rato en el lago, nadaba, se zambullía, se limpiaba y regresaba a su nido. Así transcurrió un largo tiempo, y un día la mamá oyó en un huevo un fugaz "tic-tic-tic".

No pasó mucho tiempo, y del huevo salió un pequeño patito mojado. La mamá lo colocó debajo de sus alas y lo calentó. Más tarde salieron de sus huevos tac-tac-tac y tuc-tuc-tuc, y a todos la mamá los calentó debajo de sus plumas.

Cuando tic-tic-tic, tac-tac-tac y tuc-tuc-tuc estuvieron bien calentitos y sus vestidos de plumas espumosos y secos, saludaron a su papá con un estridente cuac-cuac. El se fue al lago, se zambulló y buscó comida para su querida familia. El sol brillaba claro y cálido, los pájaros cantaban sus canciones de primavera y las abejas juntaban miel.

Mamá y papá patos fueron con tic-tic-tic, tac-tac-tac y tuc-tuc-tuc al pequeño lago.

– Vengan nadando detrás de mí –dijo la mamá, y se deslizó al agua.

La siguieron los pequeños, y detrás de todos nadaba el papá pato. La mamá les enseñó a zambullirse y el papá cuidaba que todos se mantuvieran juntos. Recién cuando comenzó a bajar el sol, la familia pato regresó a su nido.

Tic-tic-tic, tac-tac-tac y tuc-tuc-tuc estaban cansados por el primer paseo. Se echaron en el nido y pronto se durmieron. Ya brillaban las estrellas en el cielo, y papá y mamá patos seguían hablando aún de sus pequeños y del hermoso día que habían pasado. Hasta que, de pronto, la buena luna les envió un sueño profundo.



Pedro Guillermo Soplo de Mantequilla

y otros pobladores diminutos

C. J. Moore

Aquí hay un pequeño tipo escalador,
luchando por subir al margen del río;
caminando con firmeza y esperanza,
desafiando la garúa y la roca filosa.

El que va primero es Baldigrando;
el líder de esta compañía
con la linterna en su mano.
Y luego viene Paterpaudo;
quien es, realmente, fortachón,
mas se la pasa trastabillando.
Detrás de él, el dulce Gazampita
está esperando a su minúsculo amigo del alma,
el joven Pedro Guillermo Soplo de Mantequilla
quien es lento, lentón.

Es duro y difícil.
Con tesón avanzan tramo a tramo.
¡Ah! Pero cuando lleguen a la cima,

¡hay que ver lo que se divierten,
al bajar corriendo,
saltando y jugando!

Tan calladitos se quedan hora tras hora,
en los bosques escuchando...
¿Qué escucharán? Dime susurro,
¿qué hay para escuchar durante el día?

Escuchan el roer de los ratones y cobayos
escurriéndose por sus cuevas;
escuchan el murmurar de las abejas
tomando néctar de las flores más frescas;
escuchan el golpetear cual tambor
de pájaros carpinteros;
escuchan el zorro
que suavemente se agazapa;
y el tin-tineo de una mamá pájaro.

Y al llegar la suave brisa de la noche
se mezcla a la apacible tranquilidad
el sonido de los pies
de gnomos hambrientos,
que salen de sus casas
buscando alimento.

Trip-trap, Trip, trop,
aquí viene un amiguito
caminando por la senda
con su saco a la espalda.
En la desvaneciente luz del atardecer.
Trip-trap, Trip-trop.

El cucú lo llama: "Cucuú-cu-cuú".
Las ardillas parlanchinas
se esconden de su mirada;
al igual que el cervatillo,
asustado y tímido.
Pero miren, el pequeño ratón
espiándolo desde su diminuta casa
para ver quién pasa.

Trip-trap, Trip-trop,
aquí viene un amiguito
caminando por el bosque
con su saco a la espalda
bajo la luz del atardecer.
Trip-trap, Trip-trop

El viejo Trastitraut
vive detrás del horno,
y cada noche sale
de su cálida alcoba.

Una vez que ha cerrado
la puerta de la cocina,
limpia la mesa, barre los pisos,
corta los maderos,
junta los carbones del suelo,
seca la loza, los platos y las fuentes.

Trabajando tan callado como puede,
aviva el fuego y enciende las hornallas
y tarareando para adentro,
limpia la estantería.

Al final, cuando todo está en su lugar,
llega el momento de la recompensa usual:
nueces con miel y, por supuesto,
leche con granola y un juguito de manzana.

Luego... una probadita de queso
lo pone contento junto con una gran tajada
de torta de almendras
que a la mamá de la familia
le encanta preparar.

Y después de tantos "¡Mmmm!" y
"¡Ay, que ricura doña Luna!"
lamiéndose los labios
y frotándose la barriga,
el viejo gnomo
bien se acurruca en su cuna
y pronto, prontito
se queda dormidito.

Bajo el abrasante sol del verano
¿qué puede ser más divertido
que ir a buscar frutas por el campo?

Qué rápido se pasa el día
con tanta cacería entre los pastizales.
Toma tu jarra, pote o taza,
¡Y no pares hasta rebalsarla!

Y ¿por qué pasamos tantas horas hermosas?
buscando entre los prados en flor?
Para encontrar las frutillas más salvajes,

jugosas y rojas
como nunca antes habéis visto en vuestras vidas,
para comerlas por la noche con leche tibia.

Hay noches en las que,
si uno está atento,
arriba por las escaleras,
extraños sonidos
se mezclan con los ronquidos.
Se pueden escuchar:
unas pantuflitas ligeritas
que van flipiti-flip-flop-flipa;
o unas manitas que van aplaudiendo;
una campana que va sonando y
una suave vocecita que va cantando.

¿Quién es el que deambula por nuestra casa
cuando descansamos?
¿Es un niñito sonámbulo?
¿Es un pícaro ratón?
¿Quién es el que deambula por nuestra casa
cuando descansamos?
Yo no lo dudo
¡Se trata de un gnomito barbudo!

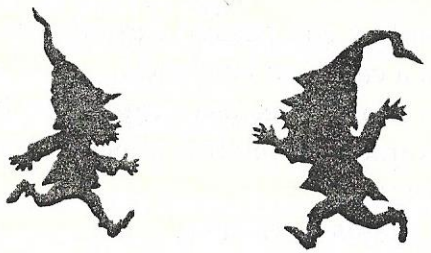
A paso lento y con pesado cargamento,
de vuelta a casa van enfilando,
cada uno con su preciosa carga sobre la espalda,
las cestas traen las piedras más hermosas,
las más raras:
cuarzos, ágatas y cristales
y joyas para cada gusto;

pepitas de los yacimientos,
polvo de oro del río,
plata del corazón de la montaña
¡el sueño de todo hombre pobre!

Toda esta riqueza y abundancia
será guardada en secreto
donde nadie nunca pueda encontrar
¡la cámara secreta de los gnomos!

Toda la noche en la montaña
los gnomos juegan y bailan.
Bajo las estrellas circundantes silenciosas,
a partir del primer rayo
que se desvanece por la tarde,
hasta el primer brillo del nuevo día.

Ronda, redonda y redondo, redondel
van ellos en alegre manifestación.
Y abajo, en la ciudad de la ladera,
los sueños de un niño o una niña que duermen
pueden hacerse eco con su canción lejana y débil.



El Libro de las Buenas Noches

¡Mamá!, déjame jugar todavía
un poquito con mis amigos.
Hoy yo soy su rey, y ellos
quieren ser mis criados.
¡Mira aquí!, lo que ellos me traen:
pan y queso, rábano y queso de untar.
Con todas estas buenas cosas
me pondré grande y fuerte una vez.

¡Cómo corren!, como van a la sala
que es clara como oro. Van por
el vestíbulo y las escaleras.
Ya se fueron... aquí están otra vez.
Pero ahora es tiempo de dormir,
pequeño príncipe. ¡Díselo a ellos!
Todos los que estuvieron en el
castillo, pueden ayudar a desvestirte.

Uno te saca la corona de la cabeza.
Otro te despoja de la capa purpúrea
de armiño. Otro, peina y despeina
tus cabellos ¡Ven!, muéstrales tu carita de rey.
¡Rápido!, entra en el vestido nuevo,
el camisón gordito y florido.
¡Inclínate! y sé alegre, y deja ya a todos tus amigos.

Saluda todavía con la mano.
Ya se fueron ellos en esta noche
llena de estrellas. Y cada uno
encontró su casa. Se queda en vela
en la profundidad de la oscura tierra.

Duérmete niño, duérmete,
la luna con suave esplendor
mira a través de la ventana,
ahuyentando a los espíritus de la noche.

Duérmete niño, duerme en paz,
la buena luna ya te ve.
En sus rayos plateados van
las fuentes de sueños hacia Dios.

Duérmete niño con suavidad,
en el país del sueño estarás.
Y a tus amigos encontrarás,
allí te cantarán dulces melodías,
y ahora... buenas noches.

Mira, aquí duerme el pequeño,
respira contento y profundo
envuelto en su colcha.
No lo vamos a despertar,
porque los sueños lo llevan
hacia sus amiguitos.

En el claro prado de las sílfides
tocan ellas canciones para el baile.
Cortan flores y hacen con ellas
una corona coloreada.
Se la colocan con manos suaves
en el pelo tan clarito,
y le muestran el lugar
cerca del manantial.

Abajo, donde crecen las raíces
es el lugar de los gnomos.
Donde ellos pican y siegan,
enseguida todo empieza a crecer.
Lombrices en paredes de tierra,
gusano y caracol.
Construyen debajo de sus manos
cada uno su lugar.

Huecos y cuevas tienen ellos,
el topo tiene su hoyo.
Aún en invierno, nunca

hace frío en su habitación.
Larvas de moscas, cría de mosquitos
no nos gustan a nosotros.
Pero ellos hacen falta a la tierra
y ella cuida de ambos.

Encima del manantial, en la copa
del árbol, viven las ondinas.
"Pescadito, muchacho alegre
no te debes escapar."
Pero si te agarro, ya te fuiste nadando.

Bailamos una ronda,
cantan canciones las sílfides,
ellas bailan entre arroyo y pasto.
Sílfides en círculo.
Plateado, tibio y oloroso
es su carita, y su vestido
vuela, blanco y aireado.
Ellas están llenas de luz.

Pero ya termina nuestro juego,
se alejan de nosotros.
¿Sí? ¿Qué levantan tan apurados
del pasto? Pinceles, ollas,
vasos de colores buscan...
Gotean manchas de colores
en el pasto para ver si están bien.

Rápido suben el cáliz
y... ya pasó...
pintan flores de rojo
y algunos se ven liláceos.

Sí, el durmiente sonríe suavemente,
y se alegra de los prados.
Sobre flores rojas y azules
todavía va el canto de las sílfides.

Pero aún sigue el viaje...

Búho con las alas abiertas
viene volando.
Lo quiere llevar a las estrellas,
con pescuezo bajo
se asienta en el pasto.
¡Niño, súbete!
y extendiendo sus alas
va hacia el cielo.

Abajo queda la oscuridad de la tierra
quedan allá ciudad y casa;
hacia arriba al lejano iluminar
de las estrellas van ellos.

Duérmete, duerme sueñito,
en el cielo pastan ovejas,

las ama el buen pastor
cuando una se extravía
él la busca en todas partes
y ninguna jamás se perdió...

Duérmete, duerme sueñito
en el cielo están las ovejas
y escuchan nuestro cantar
y quieren contigo brincar.
Por eso duerme, duérmete niño
y rápido las encontrarás.

Duérmete, duerme niño
en el cielo pastan ovejas,
bien mastican su pan del cielo
y lo quieren contigo compartir
allá arriba en el cielo estrellado.

Estás en Dios guardado,
niño duérmete ya,
que alegre en la mañana
te despierte el rayo del sol.

Mil ángeles están flotando
a través del cielo inmenso
dan amor y dan la vida
a nosotros en esta Tierra.

Mira, tu ángel extiende
en tu derredor su paz,
y contigo guardado en amor
te lleva al país de Dios.

OTROS CUENTOS

- Cuentos para chiquitines
- Cuentos infantiles
- Todos los cuentos de los her. Grimm
- Merlín y Arturo

INTERPRETACIÓN DE CUENTOS

- La sabiduría de los cuentos de hadas

OBRAS DE PEDAGÍA WALDORF

- Jardín de Infantes
- La educación basada en la naturaleza humana
- La educación como problema social
- Des-cifrar- la matemática en la escuela
- Pedagogía Waldorf
- Educación Waldorf, ideas en práctica

Para los niños más pequeños no es aconsejable narrar demasiados cuentos diferentes. Cuanto más pequeño es el niño, con tanta mayor profundidad vive en las imágenes del cuento. Por eso a los más pequeños les producimos un mayor desasosiego si los hartamos de cuentos. Así, para los niños de tres años y menores de esa edad, es bueno escoger cuentos simples y cortos.

Para los niños entre cuatro y seis años es importante que tengan un desenlace feliz, dada la gran identificación con el cuento. Para esas edades, las imágenes de los cuentos deben ser tan grandes en su sencillez, tan verídicas en su mensaje, que sea una llamada a las regiones profundas del alma, regiones en las que tiene su origen la voluntad.

ISBN 987-9066-95-2

9 789879 066959

ANTROPOSOFICA